



Ideal Sketch according to the action of P.M. de la Costa. It shows the city of Granada which shows the facility with which a communication might be made between the Pacific & Atlantic Oceans by the Port & River of Amaguá, the Pacific Ocean, and crossing the country easily to be passed near the town of Amaguá to the Lake Nicaragua, the distance being about 5 or 6 leagues & at present passable for Carriages. NB. The actual distance is 11 Leagues.

Chart
to accompany
THOMPSON'S OFFICIAL VISIT
TO
GUATEMALA:
Showing the
DIVISIONS OF THE FIVE STATES
and the original
Junction of the Two Seas
1829

NARRACION DE UNA VISITA OFICIAL A CENTROAMERICA EN 1825

Por **G. A. THOMPSON, Esq.**

COMISIONADO PARA INFORMAR
AL GOBIERNO BRITANICO SOBRE
EL ESTADO DE LA REPUBLICA
CENTRAL.

TRADUCCION DE
RICARDO FERNANDEZ GUARDIA
(COSTARRICENSE)

A SU EXCELENTISIMA MAJESTAD EL REY

Señor:

He sido el primer súbdito de Vuestra Majestad enviado por el Gobierno a visitar Guatemala, país interesantísimo desde todo punto de vista político y económico, y mi gratitud es infinita por haberseme permitido dedicaros esta humilde exposición de mis estudios y observaciones acerca de él.

A la sombra del excelso y venerado nombre de Vuestra Majestad, asociado a un asunto que verdaderamente merece Su Real consideración, mi breve relato adquiere una dignidad y una importancia que le hacen mucha falta y que —así me lo temo— merece muy poco.

Con la profunda e imborrable impresión que me causa el distinguido honor conferido a mis modestos esfuerzos, soy Señor, de Vuestra Majestad, el súbdito más fiel, agradecido y respetuoso.

OBSERVACIONES PRELIMINARES

La publicación de un nuevo diario de viaje relativo a la América del Sur, en momentos en que la sola mención de su nombre provoca la desconfianza, es algo que al parecer necesita de disculpa. Ha dicho un sabio de la antigüedad que nadie debería escribir una historia sin ponerle un prefacio acerca de sí mismo. La general indiferencia que ahora reina tocante al asunto de que voy a tratar y lo poco que merezco la atención del público, me servirán de excusa para decir algo sobre las humildes pretensiones de no pasar inadvertidas que pudieran tener las siguientes páginas.

Algunos de mis lectores no ignorarán tal vez que he traducido el Diccionario de América y de las Indias Occidentales de Alcedo; que mi obra se publicó en 1814 en cinco tomos en cuarto y que ésta comprende además de la traducción, todos los datos auténticos conocidos hasta esa fecha, o que fue posible obtener de las fuentes más autorizadas. Séame permitido añadir que fui Secretario de la Comisión mexicana de que era Jefe Mr. Lionel Hervey, en 1823, y que tuve la oportunidad de ser testigo y de enterarme confidencialmente de las difíciles y delicadas circunstancias en que algunas veces se encontró colocada esa Comisión, circunstancias que el fino tacto y la energía resuelta de su Jefe contribuyeron a contrarrestar o a hacer cambiar de modo favorable, no sólo para dicha República, sino también para el país cuyos intereses tenía más inmediatamente a su cargo. Tuve también el gusto de servir allí a las órdenes de Mr. Morier (1)—de cuyo talento diplomático sería de mi parte tan impropio como inútil hablar—cuando este caballero recopiló los datos y escribió su informe sobre la situación de México, trabajo para el cual obtuvo en todas partes—como puedo decirlo—los materiales más auténticos, gracias a su urbanidad y al infinito respeto que a todos inspiraba y, finalmente, que permanecí con la Comisión hasta que se celebró el tratado que Mr. Morier y Mr. Ward (2) tenían instrucciones de negociar en calidad de plenipotenciarios de Su Majestad Británica. Al referirme a estos puntos, como lo hago, con modesta satisfacción, abrigo la confianza de no lastimar la delicadeza de las personas aludidas, y, en lo que a mí se refiere, espero que la mención que de ellas hago no será juzgada impropia por el público. Por lo tanto éste me perdonará tal vez que le ofrezca estas páginas.

Después de la firma del tratado, se me ordenó partir de México y trasladarme a Guatemala para informar al Gobierno británico sobre la situación de esta República, y no escatimé esfuerzo alguno en mi empeño de obtener los datos más auténticos sobre la AMERICA CENTRAL, especialmente porque en Europa no se había recibido acerca de ella, hasta aquel entonces, un informe exacto y tan extenso como se requiere.

No obstante haber estado diez y ocho meses en México, me he abstenido de mencionar toda particularidad relativa a ese país, por haber ya tratado de él otras personas de manera tan amplia; pero no puedo prescindir de manifestar que las ideas que el público tiene sobre ésta y la mayor parte de las antiguas colonias españolas son todavía muy confusas y—así me lo temo—menos satisfactorias que las que podría justificar una consideración estricta e imparcial de sus respectivas condiciones. Al publicar esta NARRACION voy a hacer lo que nunca estuvo en mi ánimo hasta ahora. Ciertamente es que tomé notas breves sobre los incidentes más notables que me ocurrieron, especialmente por placer; me han inducido a publicarlas, porque suministran alguna luz y datos sobre uno de los países aludidos: el que los europeos conocen y han visitado menos. He consignado mis notas con el sentimiento sincero, o, para decir mejor, con la sencillez con que las escribí en mi diario desde el primer instante, sabiendo que el relato ingenioso de incidentes, por insignificantes que parezcan en abstracto, constituye a menudo la mejor visión íntima de las costumbres y de la manera de sentir de un país. Los que tienen ideas sociales restringidas por hábitos inveterados y fórmulas de civilización, estimarán quizás que estos incidentes son extravagantes y baladíes; pero otras personas, dotadas de mentalidad más amplia, podrían encontrar en ellos instrucción y esparcimiento, como sucede a los más grandes botánicos, aún con las malas yerbas.

El informe HISTORICO y ESTADISTICO de Guatemala, inserto en forma de suplemento, contiene—no tengo inconveniente en decirlo—mucho de original y, así lo espero, muchos datos útiles. De todas las colonias de la Vieja España ninguna es tan poco conocida, repito, como la América Central. Situada en el Istmo que separa los dos continentes, su posición es la más favorable para el comercio. Al revés de lo que erróneamente se ha creído, fue antes una capitania general sin sujeción al Virreinato de México y siempre independiente de éste. Habiéndose emancipado en calidad de Estado libre, reconocido por la mencionada República, ha mantenido hasta aquí su integridad con sus propios recursos, no pasando de la renta que percibe su Gobierno en un año el monto del capital que representa el auxilio pecuniario que le han prestado países extranjeros.

El mapa que figura frente a la portada de este libro, representa los cinco Estados de la Federación con sus respectivos distritos, de acuerdo con las recientes divisiones establecidas por el Congreso.

(1) James Justinian Morier, escritor y diplomático inglés (1780-1849). N. del T.

(2) Sir Henry George Ward, diplomático y político inglés (1798-1860). N. del T.

CAPITULO I

SALGO DE LA CAPITAL PARA LA COSTA DE ACAPULCO. — LLEGO A LA HACIENDA DE CERMINA. — DESASTRES OCURRIDOS EN EL VIAJE.

21 de abril de 1825.—Terminada la negociación del tratado con México por los plenipotenciarios Mr. Morier y Mr. Ward, salí con destino a la nueva República de Guatemala para informar sobre el estado del país. El Gobierno mexicano, que se había mostrado tan celoso de Guatemala, acababa de llegar con ella a un acuerdo amigable, debido principalmente a la habilidad y perseverancia de mi estimado amigo D. Juan de Dios Mayorga, Ministro de la República Central en México. De suerte que el señor Alamán (1) me dijo, al pedirle yo mi pasaporte, que debía salir una embajada para Guatemala dentro de algunas semanas, insinuándome que tal vez valdría más esperar un poco para que yo pudiese hacer el viaje con ella. Sabiendo que la fragata Tartar, Capitán Brown, estaba en Acapulco, resolví no seguir el consejo del señor Alamán y se le pidió al Capitán que me llevase a uno de los puertos de Guatemala. Contestó que iba para San Blás, debiendo tocar en Acapulco a mediados de abril, donde me tomaría en su barco si me encontraba allí; pero que sus instrucciones no le permitían detenerse en este puerto. Después de algunas consultas se convino en enviar otra carta al Capitán Brown con un correo expreso, haciéndole ver la urgencia del caso. Sin aguardar su respuesta hice todos mis preparativos para partir inmediatamente y el jueves 21 de abril salí de San Cosme a las cinco de la tarde.

Mi tren se compañía de diez mulas de carga, dos de sillas para mis criados, otra para mí y tres caballos, con una escolta de diez soldados. Algunos días antes estuve informándome de si alguien debía emprender el mismo viaje que yo y supe con agrado que D. Mateo O., un mercader que solía comerciar entre México, Guatemala y Colombia, estaba en vísperas de salir para Acapulco. Llegó a reunirse conmigo en el momento preciso de mi partida y, poniendo en mis manos dos rollos de ochenta doblones de oro cada uno, me pidió que se los guardase en mi cartapacio para mayor seguridad, según dijo. Como no cupieron en él, los puso con mi anuencia en un saco de cañamazo, única pieza del equipaje que no habían cargado aún. Este saco y el dinero que tomé para mis gastos los envolvió uno de los arrieros en una estera (2) del país. Acababa yo de montar y ya me disponía a salir cuando llegó a despedirse de mí el señor Mayorga, Ministro de Guatemala, y me dijo que deseaba acompañarme durante una parte del camino y que para esto había enviado su equipaje. Subí por supuesto al coche que él trajo, una gran máquina tosca tirada por ocho mulas. En ella encontré también a mi buen amigo D. Domingo Saviñón, Secretario de la Legación de Colombia en México.

Cuando ya habíamos dejado atrás la garita (3) o puerta de la ciudad, se notó que el equipaje del señor Mayorga no había pasado por ella y nos devolvimos para ver si había salido por otra que también conduce a San Agustín, lugar donde teníamos el propósito de dormir aquella noche. Después de aguardar un rato en la puerta, sentados en el coche, el señor Mayorga se fue en uno de mis caballos para averiguar si su equipaje había pasado por otro camino. Transcurrida una hora larga sin que lo volviésemos a ver, D. Domingo Saviñón y yo empezamos a temer que le hubiese ocurrido algún contratiempo. Nuestras conjeturas resultaron demasiado justificadas. Cerca de las siete y media supimos que a su paso por los suburbios, el señor Mayorga había sido atacado por dos ladrones armados, el uno a caballo y el otro a pie, que le quitaron mi caballo con todos sus arreos, despojándole no sólo de su dinero sino también de la mayor parte de la ropa que llevaba puesta. Se convino entonces en que regresase para equiparse de nuevo, por ser esto indispensable. El señor Mayorga, hombre de muy buena índole, tomó la cosa con mucho buen humor; pero no pudimos prescindir de reírnos a carcajadas de un suceso tan ridículo. Era ya de noche. El señor Saviñón tuvo la bondad de ir a comprarme otra silla y los demás arreos que yo había perdido de aquella manera y salimos de la garita cerca de las diez, con otra escolta de diez hombres que me procuré para el peligroso viaje. La primera se había marchado con las cargas.

Llegamos a San Agustín hacia la una de la mañana. La noche estaba muy oscura y bajamos en la puerta de un mesón viejo, convertido momentáneamente en cuartel; el patio estaba atestado de soldados que dormían al aire libre envueltos en sus mantas y con sus armas. Nos fuimos a una casa más pequeña en que si bien el espacio era menor, había menos huéspedes para compartirlo. Subí por una escalera a un cuarto donde encontré a mis criados profundamente dormidos. Yo no había comido nada desde las cuatro de la tarde y estaba muy cansado y desfallecido por las zozobras que tuve; sin embargo, se me esperaban mayores molestias aún. Mientras nos alistaban las camas en la pequeña habitación de que disponía la casa, me comí la pata de un pollo fiambre que el criado del señor Mayorga había traído y tomé un poco de aguardiente con agua, único licor que se pudo conseguir.

(1) El Ministro de Relaciones Exteriores de México. N. del A.

(2) En español en el texto.

(3) En castellano en el texto.

El saco en que se guardaron los doblones estaba debajo de la cabeza de Ignacio, mi ayuda de cámara, un mozo despierto, activo y tan honrado, así lo creo, como la mayor parte de los criados mexicanos. Este saco tenía una cerradura de resorte que cerraba con sólo apretarla; pero no se podía abrir sin la llave. Abrí el saco, Ignacio extrajo de él mi camisa y mi gorro de dormir, cayendo casualmente uno de los rollos de oro en el piso. El otro, que valía cerca de £300, no pareció a pesar de lo mucho que lo buscamos y nunca pude averiguar lo que fue de él. El asunto me causó profundo disgusto; pero como yo me había opuesto mucho a tomar el dinero en mi equipaje y tan sólo consentí en ello después de intimar a mi infortunado compañero que no lo perdiese de vista, no me creí de ninguna manera obligado a resacirlo de la pérdida que él sufrió—así debo decirlo—con gran entereza y resignación. Era un compañero tan jocoso y agradable como instruído; pero a rato el recuerdo de su desventura no dejó de causarnos gran pesar durante el viaje que de modo tan desasistido empezaba.

A la mañana siguiente, 22 de abril, el tiempo estaba despejado y bueno. Salimos a las ocho e inmediatamente comenzamos a subir desde la planicie de México. A lo largo de unas cinco leguas el camino era muy escabroso, siempre por la falda de la montaña de Ajusco, que ofrece una vista tan hermosa mirándola desde San Cosme. Pasamos por los restos de una buena carretera que conduce a la Hacienda (1) del finado D. Miguel de Borda, que fue uno de los magnates de México a principios de la época de mayor prosperidad de este país. Era sumamente rico; murió hace unos cincuenta años y no pude recordar si en la capital oí hablar de algunos vástagos de su familia. El camino, que se va deteriorando rápidamente a causa de los torrentes de la montaña, hará que se conserve su memoria mientras quede algo de él. A no ser por sus restos, ni yo ni mis lectores hubiésemos sabido nada del que en un tiempo fue el opulento y grandioso D. Miguel de Borda.

Llegamos a Cuernavaca hacia las seis de la tarde habiendo pasado durante las tres últimas leguas por una de las regiones más hermosas que es posible imaginar. A esa distancia de la ciudad estaba amenazada una recua de 140 mulas que llevaban mercaderías de la China procedentes del Mar del Sur. Es difícil imaginar la belleza y esplendor de esos artículos que en su mayor parte consistían en burates, los más ricos terciopelos de seda de los modelos más extraordinarios y hermosos muselinas bordadas de oro y plata y sobre camas de seda labradas. En Europa no he visto nunca tales cosas traídas del mercado chino. Obtienen un buen precio en México; pero es necesario regatear con los mercaderes, porque me enteré de que se forman con la tercera parte de lo que suele pedir por ellas. La ciudad de Cuernavaca podría ser una residencia agradable, tiene unas 10,000 almas, buenas arboledas y buenas aguas; las casas son limpias y de aspecto confortables, es algo así como la aldea de Carylton, cerca de Londres. Las casas están echadas a estilo inglés. El Comandante vino a visitarme en la posada para ofrecerme sus servicios. Lo invitó a cenar con D. Juan de Mayorga. Mi compañero D. Mateo y la hija de la dueña de la casa, una niña de ocho años, nos acompañaron también.

Antes de salir de México había hecho preparar muy de prisa una cantinita especialmente surtida de objetos de hojalata y de latón, comprados en los almacenes de los mercaderes europeos. Pregunté a la niña qué metal era la hojalata y, como yo lo esperaba, contestó que plata (2). En seguida, mostrándole una cacerola de latón, le pregunté de qué era; respondió que de oro (3). A pesar del concepto que mi amiguita tenía de la elegancia y del esplendor de la vida, no había nada en casa de su madre que correspondiese a la magnificencia de sus ideas. Todo el ajuar de la habitación consistía en una mesa de madera, larga y roñosa, tan alta que se podía comer sentado sin necesidad de levantar la mano o de inclinar el cuerpo, y en un banco que hacía juego con ella.

Dos o tres platos bien guisados a la española, algunas frutas excelentes y una botella de vino de Oporto inglés nos hicieron pasar muy agradablemente unas horas de la noche, hasta que la mesa y el banco fueron desocupados para convertirlos en camas.

Después del desayuno me despedí de D. Juan de Dios de Mayorga, el cual regresó a México por Toluca. Se fue sumamente alegre por la perspectiva de los *big* varias cartas de recomendación para sus amigos y podría dar sobre su situación política, y me entreficios que iba a reportar a su país del informe que particulares y el Gobierno de Guatemala, el cual no ha tenido un Ministro más entusiasta ni más consagrado a sus intereses que ese hombre excelente.

Por muy hermoso que sea el camino que recorrimos ayer, el de hoy, 23 de abril, lo supera grandemente en todo lo que pueda hacerlo encantador. El país es ondulado y pintoresco. Hacia el mediodía pasamos al borde de una barranca prodigiosa, en cuyo fondo había una corriente de agua abundante de límpida pureza, y dos leguas más allá llegamos a una plantación de caña de azúcar que pertenece a la familia de los

- (1) En castellano en el texto.
- (2) En castellano en el texto.
- (3) En castellano en el texto.

Yermos. Las cañas habían alcanzado diferentes grados de madurez y algunas acababan de ser cortadas y acarreadas con gran esmero y diligencia. La irrigación, efectuada por medio de acequias procedentes de la corriente de agua susodicha, la cual movía también un molino poderoso, estaba conveniente y eficazmente dispuesta. Nos hallábamos en los linderos de la Tierra Caliente (1) y allí no se encontraba el agave con su bebida refrescante, el pulque; en cambio, la caña de azúcar brotaba exuberante del suelo húmedo en la cálida atmósfera.

Lo primero que me hizo notar el cambio de clima fue el efecto que causó a nuestras pobres bestias. Mi mula se agitaba un poco y creo que era muy vieja; dado unas veinte millas. Estaban, como dicen en el pararse hacia las tres de la tarde, después de haber andado con todo, era un buen animal y me sorprendió verla pausada, asoleada (2) o enferma de insolación. Nos detuvimos unas dos leguas más allá. Uno de los soldados me propuso sangrarla, y habiendo cogido del suelo un pedazo de palo le hizo una punta aguda con la espada y punzó la nariz del pobre animal. El resultado fue una sangría moderada como de medio cuartillo. Tomó después la cuarta parte de un cuartillo de aguardiente, vaciándolo en la oreja de la mula que pareció sumamente complacida o angustiada. No puedo decir cuál de las dos cosas. Luego le soltó la cabeza y el animal la agachó sacudiéndola violentamente. El soldado me dijo entonces: Está buena (3), y se dispuso a volverla a poner la brida y la silla; pero yo no lo permití, dejando en aquella sitio la mula para que siguiese con el equipaje que venía atrás, a corta distancia. Durante el resto del viaje no volvió a tener ninguna molestia. La lanceta empleada en esta ocasión parece ser tan eficaz como lo requieren las contingencias que ocurren a los viajeros en un país tan poco poblado. La aplicación del aguardiente en la oreja me causó menos extrañeza, porque en México lo emplean constantemente como específico para los más violentos dolores en la cabeza, sobre todo los que provienen de los dientes. En estos casos lo introducen con una jeringa y con más frecuencia por medio de la boca del operador en la oreja opuesta al lado doliente de la cara y se le deja adentro hasta que desaparezca el dolor, lo cual se consigue al cabo de tres o cuatro minutos, como siempre lo observé. Este resultado lo produce sin duda lo que llaman reacción.

Temprano de la tarde llegué a un ingenio de azúcar movido por fuerza hidráulica, una de las haciendas (4) más grandes de México. La formó hace cosa de medio siglo D. Carlos Cermina. En ella fabrican semanalmente 2,000 arrobas de melaza de 25 libras cada una, que venden a razón de 15 pesos la carga de 18 arrobas, y 2,000 arrobas de azúcar, además de 15 barriles de aguardiente. Podía haber allí unos mil operarios; pero el ingenio no trabajaba con toda su capacidad. Pertenece a los mismos dueños del de San Gabriel, por el cual pasé al mediodía. El mayordomo o administrador tenía, al parecer, casa abierta para los viajeros. Nos sirvieron inmediatamente una comida provisional y más tarde una muy buena cena, con asistencia de la familia, en una de las habitaciones del piso alto. Había muchos cuartos desocupados; me alistaron la cama lejos de la parte más habitada, al final de una larga serie de piezas, y a mis criados los acomodaron a corta distancia de allí; pero a causa de las dudas y perplejidades en que me hallaba después de la sustracción de los doblones, estaba lejos de saber si su compañía me prestaba mayor seguridad. El segundo de mis criados había sido uno de los palafrenos en San Cosme, un mozo atlético y bien parecido, pero sumamente formal y casi estúpido. Tantas veces y con tal empeño rogó al mayordomo que le dejase venir conmigo, que al fin consentí en ello. Al recogerme aquella noche me pareció ver en él cierta insolencia. Se me acercó sin la menor señal del respeto que suelen tener los criados, sobre todo en aquel país, respeto de que él acostumbraba dar pruebas que rayaban en repugnante obsequiosidad. Lo reprendí severamente por su conducta, y después de revisar el cabo de mis pistolas, las coloqué debajo de la almohada mientras él me observaba. Como teníamos que hacer una larga caminata al siguiente día, nos levantamos muy temprano; pero, como yo me lo temía, la escolta no estaba lista. Mi cama se hallaba junto a una ventana que caía al patio de la hacienda. Dormí bastante mal, tanto por la desconfianza que me inspiraban mis criados, como por el ruido constante que hasta después de la medianoche metieron los soldados con sus gritos y exclamaciones. La luna estaba muy hermosa y tuve la curiosidad de llegarme a la ventana para saber lo que ocurría. No fue poca mi sorpresa al ver que la escolta, la cual se había quejado durante el día de la larga jornada se estaba reponiendo del exceso de fatiga con aquella algazara y jugando al monte (un juego de pares o nones), durante toda la noche. Se jugaba al parecer mucho dinero. También se bebía, y las sombras que caían sobre las caras y las actitudes de aquellos hombres sentados y entregados con ardor a sus embriagantes esparcimientos, combinadas con los suaves rayos de la luna, presentaban un cuadro digno del pincel de Salvador Rosa.

(1) En español en el texto.

(2) En castellano en el texto.

(3) En castellano en el texto.

(4) En castellano en el texto.

CAPITULO 2

LOS CANDOROSOS HABITANTES DE AMATES. — ALOJAMIENTO EN TEPECOAJUILCO. — SOLDADOS QUE SE DIGIREN A LA COSTA. —LOS INDIOS PINTOJOS DEL ISTOLA

Estaba enteramente oscuro cuando salinos del patio en la madrugada del domingo 24. El camino era más montañoso. Pasamos después por una región que parecía un parque y a eso de las 7 me desayuné cogiendo de paso y desde la silla algunas cerezas silvestres en un árbol que tenía todo el aspecto de un roble, pero sin una sola hoja. Pronto llegamos a un pueblecito de media docena de chozas; pero no vimos más habitantes que una chica de unos diez y seis años que volvía de misa. Conseguimos entrar en una de las casas tocando fuertemente la puerta. Resultó ser la taberna de la localidad; sin embargo, no había en ella más licor que un aguardiente ordinario del que bebí un poco con agua, porque estaba desfallecido y cansado; pero mi compañero D. Mateo me aseguró que era malsano tomarlo en esa forma; que siempre debía beberse puro, como él lo acostumbraba, no obstante ser muy sobrio. En todos aquellos países reina la preocupación, aún entre las señoras; pero a pesar de todas sus recomendaciones nunca pude seguir semejante costumbre, ni siquiera en obsequio de ellas, por ser dicho licor puro alcohol. Al medio día llegamos a la aldea de Los Amates y siendo mucho el calor nos detuvimos para tomar algún alimento. Mientras hacíamos planes a este respecto, el marido de nuestra hostelera, una india hermosa, de unos diez y ocho años de edad que tenía tres o cuatro niños bonitos, regresó a su casa trayendo un venadillo que acababa de matar con el fusil. Compré inmediatamente el animal por un peso, suma tres veces mayor que la que probablemente habría aceptado el hombre, y nos comimos una pierna medianamente asada. Después de la comida dormimos la SIESTA (1), sobre nuestros pellones extendidos en el suelo; pero lo que sucedía en aquella morada más que patriarcal era lo que más me llamaba la atención. De vez en cuando entraba corriendo un niño a beber agua, lo que hacía tomando una pequeña jícara, primorosamente pintada de rojo, con ornamentos de plata y oro, y sumiéndola en una tinaja, ordinaria de barro; luego volvía a colocar la jícara en la boca de la tinaja para que no penetrasen en ella ni el polvo ni el aire. Las aves de corral picoteaban con afán las migajas de la comida y una marrana vieja y robusta se disputaba un hueso con uno de los perros cruzados de nuestro cazador, que defendía con más coraje que eficacia su derecho a los desperdicios del venado. Dí un peso a cada uno de los niños mayores que habían estado espantando desafortunadamente estos animales para librarme de las molestias que me causaban. No tardé en comprender que mi generosidad había sido un irreflexivo despilfarro. Pocos minutos después vi salir niños en tropel de todas las chozas del pueblo, acompañados de sus padres, madres, abuelos y abuelas. Algunos de éstas eran sumamente dábiles y viejos y tuve que poner oídos a una larga serie de los males "que son la herencia de la carne humana".

Los pobres indios del país creen que todo inglés es médico ex officio (2). Me dí a pensar que yo era uno de los que añaden a sus anuncios el de que "Se receta gratuitamente a los pobres los domingos"; pero aún así no podía practicar, a menos de ser más generoso todavía, porque mis pacientes no sólo no pagaban ningunos honorarios, sino que pretendían recibirlos por la molestia que se tomaban viniendo a consultarme. Uno o dos pesos que cambié por monedas de medio real—lo que a la inversa de lo que dice el proverbio fue gastar dinero malo después del bueno— salvaron mi reputación y mi paciencia. Esta estaba ya casi agotada, pero la primera siguió creciendo tan de prisa que al montar a caballo y salir andando despacio, vi caras cuyos ojos miraban con pesar mi partida y escuché ahogados suspiros de gratitud y desilusión, que me convencieron de cuán grata habría sido allí mi permanencia durante más largo tiempo. El indio que me vendió el venadito estaba muy deseoso de obtener un poco de pólvora; pero no llevando yo más de la que pudiera necesitar y habiéndose devuelto la escolta por la mañana, tan sólo pude darle unas pocas cargas. Al parecer, el indio daba a cada una el valor de un venado. De aquí saqué la consecuencia de que debía de tener una puntería muy certera.

Temprano de la noche llegué al regular pueblo de Tepecoaquilco y puse una carta de presentación en manos del Alcalde D. Miguel Arazave, el cual tiene allí la tienda más grande, una de las mejores casas y vende toda clase de tejidos. Mi compañero D. Mateo me dijo que había encontrado una posada y por lo tanto rehusé el ofrecimiento que me hizo D. Manuel de hospedarme en su casa. Yo estaba muy fatigado y extenuado cuando me senté en la plaza para ver las gentes que se paseaban en ella, luciendo sus trajes de los días de fiesta aquella noche preciosa, pero de un calor sofocante. Vinieron a preguntarme qué quería cenar y contesté medio displicente: "No veo aquí nada que pudiera gustarme, como no fuese un cubo de hielo", "Ahí está, señor (3), me contestaron señalándome un hombre que lo vendía en la esquina de la placa. Sorprendido de una cosa tan singular e inesperada, me levanté del asiento para cerciorarme del hecho. Era bastante cierto. El cubo del hombre estaba por la mitad; pero a causa de las constantes solicitudes parecía a punto de agotarse. No había tiempo que perder; por lo visto el trato se iba a disolver antes de hacerse. Hice una oferta por lo que quedaba. Lo compré por siete reales y medio y se lo lleva-

(1) En castellano en el texto.

(2) En latín en el texto.

(3) En castellano en el texto.

ron a mi posada en medio del regocijo de los que habían realizado sus compras y del chasco de los que aguardaban sedientos; éstos tuvieron sin embargo la discreción o el buen humor de echarse a reír también.

Mi posada era muy triste. Una puerta semejante a las que tenemos en nuestros cortijos ingleses nos dio acceso a un corral junto a una callejuela en las afueras de la ciudad. La casa tenía una pared lisa del lado del camino; la parte de frente y un costado estaban enteramente abiertos, sin paredes de ninguna clase, excepto una de tres pies de altura. Aquello era en realidad un tinglado que habría servido admirablemente para vacas, por estar protegido del sol por el Sur y tener abundante pasto al frente. Nos tomamos el hielo con deleite y tan sólo nos pesó no habernoslo bebido todo, porque lo poco que guardamos para hacer boca por la mañana se derritió a pesar de todas las precauciones que se tomaron.

Lunes 25.—Salimos hacia las siete de la mañana. Le pasamos adelante a una tropa de infantería, compuesta de unos 100 hombres que iban para las guarniciones de la costa. A unas doce millas de Istola, mientras preparábamos el almuerzo, nos dio alcance la tropa. Las mulas habían sido descargadas y el equipaje estaba en desorden frente a la puerta del ventorrillo en que nos habíamos hospedado. Don Mateo, que sabía cuán necesario era precaverse por la pérdida sufrida de modo tan inexplicable, estaba dando órdenes a nuestros peones para que arreglasen las cargas en forma más segura y compacta, cuando el Oficial que mandaba la tropa se acercó, oyendo por casualidad sus observaciones, que consideró dirigidas directamente contra sus subalternos. Repelió inmediatamente el ataque con los mayores insultos, acompañados de los ademanes más amenazadores. Siguió el alboroto, el Oficial había desenvainado la espada y Don Mateo se le acercó para decirle dos o tres frases al oído, de las cuales pude percibir las palabras: Su Majestad Británica (1). El Oficial se aquietó súbitamente y llegándose a mí con respeto me dijo que estaba lejos de querer agraviarme, ni tampoco a mi compañero; pero que nunca permitiría que se pusiese en duda la reputación de sus subalternos, tan honrados como los que más lo fuesen en México. Le contesté que yo era enteramente de su misma opinión. Habiéndose acercado D. Mateo, aseguró que así lo creía él también, por lo que nos encontramos todos de acuerdo y nos hicimos tan amigos que yo le dije a D. Mateo que le invitase a almorzar; pero el Oficial no quiso aceptar.

Poco después vi con sorpresa a mi compañero muy atareado en medio de los arrieros que estaban aparejando los pobres animales antes de que hubiesen tenido tiempo de acabar de comer. Mi caballo estaba listo y habiéndome indicado D. Manuel con un movimiento de la cabeza que montase, eché a andar por el camino en que brillaba el sol con todo el deslustrante y aflictivo esplendor del medio día. A unas cuatro millas de allí había un árbol magnífico de que no pude saber el nombre, pero muy semejante al roble inglés y tan grande como el mayor de los de su especie.

—Tenemos que sestar aquí—dijo D. Mateo, y contra lo que yo deseaba nos echamos a descansar sobre nuestros pellones extendidos en el suelo, debajo de aquel dosel natural.

Don Mateo, cuya siesta era generalmente, en cuanto a la duración, de una puntualidad capaz de regular el curso del sol, pero que estaba en realidad influenciada por éste, parecía haber dormido más de prisa que de costumbre. Volvimos a montar en seguimiento de nuestro equipaje, el cual me dijo había enviado adelante para que pudiéramos alcanzarlo. Noté que miraba constantemente hacia atrás, no obstante que metía prisa a su caballo para que anduviese para adelante. Estaba deseoso de reunirse con su equipaje y de alejarse de los soldados, encontrándose bajo la doble influencia de la atracción y de la repulsión, como una aguja colocada entre los polos opuestos de dos imanes.

Instola es un verdadero pueblo de indios. El Alcalde y todas las autoridades son indios de pura sangre; tienen la cara y el cuerpo cubiertos de grandes manchas negras que se contagian por contacto o haciendo uso de sus muebles o utensilios. Como tienen los pómulos salientes y pequeños ojos negros, hacen pensar en los naturales tatuados de las Islas del Mar del Sur. La primera autoridad del lugar vino a saludarme. Vestía pantalones azules de algodón, de la peor calidad, una chaqueta del mismo color y de la misma tela y traía en la mano la vara de su oficio. Se señaló para mi alojamiento una casa que parecía una jaula de pájaros, de quince pies de largo por seis de ancho, dividida en dos cuartos por un tabique más endeble todavía; pero conociendo el peligro de una infección, me fuí a un corral donde estaban descargando las mulas y me dejé caer sobre el equipaje para descansar mientras me preparaban la cena. Nos habíamos provisto de carne, aves y otras cosas substanciosas en Tepecoaquilco, el último lugar donde paramos, por creer que no las conseguiríamos en este otro; pero antes de que pudiesen guisarlas fueron robadas por algunos de los pobres desdichados que rondaban por allí, cosa que se me comunicó con el encogimiento de hombros de costumbre y la simple frase de: No parecen (2). Tenía por lo visto que acostarme sin cenar y me dispuse a dormir después de haber tomado un pedacito de pan y un poco de Oporto, del cual, por creerlo yo necesario, acostumbraban dejarme una botella a un lado de la cama, junto con un vaso de agua;

(1) En castellano en el texto.

(2) En castellano en el texto.

porque solía entrarme unas veces un escalofrío y otras una ligera calentura, generalmente seguida de un copioso sudor, y según fuera el caso le ponía agua al vino. Habían preparado algo que se parecía a una cena y cuando me lo trajeron, estando yo medio dormido, dije que me lo dejasen por allí cerca. Hasta las tres de la madrugada me desperté con muchísima hambre, encontrando que por desgracia mi cena había sufrido un no parece (1). Los cerdos que llenaban el patio se la habían comido a mi salud. De nuevo me hizo despertar algo que me olfateaba y me dio un resoplido en la oreja. Era una de las mulas, la cual, al incorporarme yo, se volvió de sopetón, plantándome casi los cascos en la cara al salir galopando. Los dos nos quedamos igualmente asombrados de habernos visto.

Los indios de aquella aldea, a quienes llaman Pintos, no son una excepción. Se les encuentra en otras muchas partes de México y a menudo los ví en la capital.

Istola puede tener unas mil almas. No hay allí más que una iglesia, en donde apenas cabe la grey; pero existen las ruinas de otra que antaño fue hermosa y cómoda. No se pensaba en repararla por la mucha pobreza del pueblo y a duras penas se podía obtener que un Sacerdote viniese a decir misa, aunque sólo fuera una vez cada quince días.

Maríes, 26.—Salinos antes de rayar el día. Pasamos por un extenso bosque y perdimos el camino por haber tomado equivocadamente una vereda que corre a la par de unas profundas barrancas y conduce a un abrevadero. Este rodeo nos mortificó, porque nos hizo perder la ventaja de nuestra salida en hora temprana, habiendo andado una legua fuera de nuestro camino. Llegamos sin embargo a Zopilote al medio día.

Zopilote es el nombre de un buitre. Vimos unas dos mil de estas aves encaramadas en los árboles, como si fuesen una especie de vanguardia de aquel lugar que lleva su nombre con tanta propiedad, ya que son los únicos seres que se ven en él. A semejanza de todos los guardianes, la mayor parte dormían profundamente. Las puertas de las dos casitas de que se componía el pueblo estaban cerradas, lo que denotaba que sus moradores dormían también la siesta. Seguimos adelante para dormir la nuestra en Zumpango, un pueblo de indios de regular aspecto, donde nos recibieron bien y encontramos un piso limpio en una casa muy parecida a un granero inglés y situada en el patio de una granja bien surtida de toda clase de cosas. El agua era también particularmente fresca y excelente. Dos leguas antes de llegar allí topé al extraordinario (1) o correo que se había enviado a Acapulco, antes de salir yo de México, para informar al Capitán Brown de mi proyectado viaje a la costa. Me dijo que hasta las siete de la noche del domingo no había llegado la Tartar de San Blas. Y encontrándome ya tan cerca del término de mi viaje, me sentí seguro y feliz, teniendo la certeza de poder aprovechar la fragata para trasladarme a Guatemala.

CAPITULO 3

EL BONITO PUEBLO DE CHILPANTZINGO. — LA VENTA DE ACAQUISOTLA. — UNA VIUDA Y SUS HIJOS EN DOS CAMINOS. — UNA FAMILIA CON BOCIO EN TIERRA COLORADA. — UNA FAMILIA DE ARRIEROS EN ALTO CAMERON. — UN HOSTELERO INSTRUIDO EN DOS ARROYOS. LLEGO A ACAPULCO.

Mr. Barcaistegie, Cónsul británico en el Puerto de Acapulco, me envió una carta con el correo pidiéndome que le diese noticias mías desde Dos Arroyos, lugar situado a diez y seis leguas del Puerto, para venir a mi encuentro y llevarme a una casa que me tenía preparada. Seguí mi viaje sumamente contento hasta Chilpantzingo, donde me hospedé en una casita limpia que parecía una quinta. Nos atendió una mujer decente y maternal, auxiliada por su hijo, mozo estimable de unos diez y ocho años. Chilpantzingo es un bonito pueblo de unos 1,200 habitantes, que tiene una buena iglesia parroquial y algunas capillas. No es de ningún modo un lugar desagradable ni malsano para vivir, y en el centro del pueblo cortado por una barranca profunda en la cual corre un riachuelo, hay muchos sitios en que se podrían edificar con gran ventaja algunas casitas de campo.

Habiendo salido a las 7 de la mañana del 27, llegamos a una aldea llamada Acaquisotla hacia las tres de la tarde y paramos en una venta (2) con más aspecto de serlo que todas las que encontramos en nuestro viaje desde la capital. Estaban en ella tres o cuatro pasajeros que venían de la costa y se dirigían a México. Del otro lado del camino, frente a la venta, había un pequeño trapiche movido por dos mulas. Según pude entender trabaja constantemente desde tiempo inmemorial. Sirvieron la comida en algunos platos antiguos de hermosa porcelana de la China de diferentes tamaños y formas. Formaron parte probablemente de las primeras importaciones de Pekin y estaban destinados a algunos de los magnates de México; pero por algún motivo, ahora inexplicable, los metieron una noche en aquella venta hace dos o tres siglos y nunca pasaron de allí. Estando ya ocupado por los otros viajeros el cobertizo que había en el frente de la casa, mi equipaje se puso en dos filas paralelas en el camino y entre ellas colocaron mi cama

(1) En castellano en el texto.

(2) En castellano en el texto.

en un extremo; en el otro estaban acostados dos de los arrieros. Mis criados se acomodaron como quisieron, porque yo dudaba tanto de su honradez que me creía tan seguro con su protección como sin ella. Encontrándome en aquella situación peligrosa, me precaví colocando mi espada en la cama, además de las pistolas, y la desenvainé para no alondrarme en momentos en que no conviene hacerlo.

El jueves 28, hacia las diez de la mañana, habíamos caminado seis leguas y nos sirvieron un buen almuerzo a la española en Dos Caminos y en casa de una viuda que tenía dos hijas hermosas de diez y ocho a diez y nueve años. Nos dieron chocolate, pollo asado, frijoles (1) estofados y unas tajadas exquisitas de un cerdo que acababan de matar. Don Mateo, que solía hacer viajes por aquellas partes, gozaba con las damiselas, a lo que parecía, de todos los pequeños favores y familiaridades que puede reclamar un viajero indiscutiblemente de las buenas mozas que sirven en las tabernas del camino que conduce de St. Mary Axe a Birmingham. A una de ellas le dio un golpecito debajo de la barba se puso a valsar con la otra, a las dos les soltaba sus chascarrillos, y viéndolo sentado sobre la mesa, balanceando las piernas y fumando su puro (2), parecía olvidar a cada bocanada de humo, las onzas de oro que le habían robado y no ser un mal trasunto del hombre dispuesto a tomar la vida como viene.

Después de caminar seis leguas por una región pintoresca y la mayor parte sobre un bonito césped, llegamos a un pueblo de indios llamado Tierra Colrada. La casa en que paramos hacía lúgubre contraste con la otra en que estuvimos por la mañana. La madre, sucia y decrepita, dos o tres niñas miserables y deformes, todas con bocio, y otra que era idiota y muda, habitaban aquella vivienda calamitosa. No sé por qué, pero la menor de ellas, una chiquilla de cinco años, fué la única que pude mirar o cuyos servicios me fue posible aceptar. Ella notó mi preferencia y puso en juego todas sus fuerzas para justificar mi parcialidad. Yo le daba a entender por señar lo que quería, remunerándola con moneditas a medida que mis encargos se cumplían. Algunas veces se quedaba un momento perpleja, tratando de adivinar, y luego, en obediencia de mis órdenes, salía corriendo con un celo y una energía superiores a sus pocos años.

Hacia las once de la mañana siguiente habíamos llegado a un punto que llaman Alto Camerón, donde hay una casa solitaria en la falda de un cerro cónico y escarpado. Tenía un cuarto de buen tamaño fabricado con cañas y dos más, aparte, que servían el uno de cocina y el otro de alcoba. La familia era muy numerosa y se componía de dos hijos y cinco hijas. Una de ellas estaba recién casada y las otras cuatro, todas casaderas, iban a seguir el ejemplo, al parecer, porque eran muy agraciadas y todas tenían novio. En el cuarto del frente había dos hamacas, una de estera y la otra de red. Como estar acostado es la postura más apetecida y la hamaca permite la circulación del aire por todas partes, apenas hay una choza, por muy humilde que sea, donde no haya una. La ocupan generalmente las personas mayores de la familia; pero como no hay asientos de ninguna clase, siempre están en ella algunos de los habitantes de la casa. La manera de gozar de este favor, cuando se llega a una de aquellas viviendas hospitalarias, es quitarse las polainas de cuero labrado del país y, por regla general, la chaqueta de lana o de algodón, encender un cigarro y mecerse y fumar hasta quedarse profundamente dormido. En aquella ocasión yo había hecho ya todo esto, excepto lo último. Mientras preparaban las mozas el almuerzo, D. Mateo mantenía los privilegios del viajero. Parecía tener entrada libre en la cocina y daba pruebas de su buena índole ayudando a las faenas culinarias, lo que las chicas agradecían con grandes risas. Lo cierto es que a mis oídos llegaban a ratos tales carcajadas que me era imposible dormir.

Don Mateo era hombre guapo y de buen cuerpo; tenía unos cuarenta y dos años y cinco pies de altura; sus ojos eran negros y muy penetrantes, su tez cetrina, la nariz aguileña, la barba y los cabellos negros y ensortijados con algunos hilos de plata. Estaba ya en el otoño de la vida, pero tenía todo el brío de la primavera en sus costumbres y modo de ser. De aquí que procurase agradar tanto al bello sexo, el cual generalmente, prefiere un hombre maduro, placentero y jovial, a un joven insípido. El almuerzo resultó tan bueno como el de la víspera en Dos Caminos.

Antes de que partiésemos llegó el padre de aquella familia feliz con uno de sus hijos. Ejercía el oficio de capataz de arrieros y era tenido por bastante rico. Muchos de los criollos mexicanos acaudalados y respetables tienen el mismo origen; y es lo cierto que apenas hay en aquel país un oficio que sea más seguro o que proporcione ganancias más positivas, especialmente cuando el propietario lo dirige en persona, como en el caso de que se trata.

La familia del General Guerrero, a las hazañas militares del cual se debe tal vez, más que a las de ningún otro hombre, la independencia de México, es deudora de sus riquezas a las grandes recuas (3) de mulas que empleaba en los transportes.

En Dos Arroyos paramos en caso de un peón (4) o jornalero agrícola. Acababa de volver a su hogar

- (1) En castellano en el texto.
- (2) En español en el texto.
- (3) En español en el texto.
- (4) En español en el texto.

para compartir los regalos domésticos que le habían preparado una esposa pulera y sus tres niñitos. Siendo mi humilde hotelero lo invité a convertirse en mi huésped y amigo. Sus ideas sobre economía política y el gobierno monárquico eran de una estrechez sorprendente. Con respecto a la primera, todo lo que sabía era que bajo el antiguo régimen pagaba ocho pesos la camisa que ahora sólo le costaba dos, y que ya no tenía que pagar la mita o capitación; pero cuando le dije que había reyes más poderosos que el de España, movió la cabeza con expresión de duda. Ciertamente era que últimamente había oído decir algo de los ingleses; que estos eran muy inteligentes y podían encontrar oro y plata en las mismas que los españoles habían abandonado por creerlas agotadas; pero luego dijo: "¡Qué lástima que todos sean judíos!"

Salí del domicilio de mi hostelero instruido, a las cuatro de la mañana del siguiente día 30, de abril, porque deseaba llegar temprano a Acapulco para evitar la obsequiosa recepción que según tenía entendido me preparaba el Cónsul Mr. Barcaistegie. El camino era un descenso rápido hacia la costa; por todos lados florecían los plátanos con el vigor peculiar que tienen en aquel clima; el maíz alcanzaba un tamaño gigantesco y el aspecto del país era tan distinto del que yo había contemplado durante los tres o cuatro días anteriores, como el que podría resultar de un cambio brusco de decoración en el escenario de un teatro. A las doce del día nos detuvimos en Venta Vieja, una aldea regular que tuvo en otros tiempos gran importancia, cuando llegaban a Acapulco los galeones españoles, por ser el primer lugar en que paraban los cargamentos destinados a la capital.

Teniendo Don Mateo que hacer un negocio con un comerciante de la localidad, me fuí con un amigo de éste que se ofreció a acompañarme hasta el Puerto. No recuerdo si pude echar una ojeada al océano durante aquellas ocho millas. Estaba ansioso de ver las aguas que podían llevarme a Inglaterra, aunque estuviesen situadas a espaldas del continente europeo, y la primera noticia que tuve de que me iba acercando a ellas, fue el rugido lejano de las olas en la playa de Acapulco. Hínqué las espuelas a mi caballo al bajar por una cuesta escarpada y empedrada, y la mula de mi compañero, ya fuese porque éste la espoleara también, o por seguirme a mí, tropezó infortunadamente, derribando al jinete. Regresé de prisa y me alegré de ver que éste no se había hecho daño. Por complacerlo a él, pero muy a mi pesar, seguí caminando a paso lento hasta que llegamos a nuestro destino.

CAPITULO 4

MI OPINION SOBRE ACAPULCO. — CARACTER DE SU GUARNICION. — EL BARCO "TARTAR" DE SU MAJESTAD A LA VISTA. — UN BAILE EN LA CALLE.

No me parece que Acapulco sea de ningún modo un lugar tan infeliz como generalmente lo pintan. La brisa fresca del mar y la hermosa expansión de las aguas en la bahía, tan bella como la que lo sea más en el mundo, contrastan agradablemente con la vida monótona que se lleva en el valle de México. Las montañas que circundan este valle dan la idea de los muros de una prisión de la que sólo es posible escapar con dificultad y paciencia. Parece que se estuviera viviendo en un nido de cuervos, fuera del alcance y del trato del resto del mundo. ¡Cuán diferente la situación del que estando lejos de la patria y de la familia vive a orillas del mar! Con poner los pies en el agua toca el gran eslabón del Universo, que también parece enlazarlo moralmente con las sociedades de todo el globo terráqueo. Estos sentimientos, avivados por las atenciones de Mr. Barcaistegie, el cual me alojó en su casa, me tenían sumamente alegre y feliz. No soy muy aficionado al pescado, pero no podía pensar en comer otra cosa. En los lagos de México sólo hay un pez muy fofo e insípido del tamaño y del sabor de un pequeño merlán de mediana calidad. Considerado desde el punto de vista de la extensión de los lagos de México, comparada con la de los lagos en general, se le podría llamar con acierto el minnow mexicano. Ese pescado, que goza de bastante buena reputación entre la mayor parte de mis compatriotas y no es menos estimado de los mexicanos, me disgustaba sin embargo, desde hacía largo tiempo. La mesa de mi amigo estaba bien provista de varias clases de los mejores del lugar; eran excelentes y distintos de todos los que yo había probado hasta aquel momento.

Todos los que hayan leído el viaje de Anson (1) recordarán la alegría que sintieron sus pobres marinos cuando al fin lograron poner los pies en tierra. Se dice que revivían a cada paso que daban. Esa alegría no puede haber sido mayor que la que experimenté al dejar la tierra para sumergirme en el mar. Nunca he gozado tanto bañándome; pero tuve accidentalmente una molestia que no podía prever. En la playa había colgado mi camisa de un nopal en flor, cuyos capullos soltaban millares de púas diminutas que se trasladaron todas a mi cuerpo. Mi angustia, añadida al calor intenso, era agudísima; inútil resultaba tratar de quitarlas, porque hubiese tenido la paciencia de hacerlo era imposible, toda vez que estaban lo bastante adheridas para resistir y a la menor tentativa de arrancarlas se rompían en la superficie de la piel. Este incidente, por insignificante que parezca, me tuvo en extremo afligido durante aquella noche de calor excesivo y lo mismo el siguiente día.

(1) George Anson, barón de Soberton, ilustre almirante inglés que rizo un viaje alrededor del mundo en los años 1740-1744. N. del T.

Cuando me estaba paseando por la playa, al anochecer entablé una conversación con un hombre respetable y entrado en años, un español que a pesar de lo mal que andaban los negocios seguía con su comercio en aquel Puerto relativamente abandonado. De imponente estatura y bastante robusto, llevaba el cabello peinado hacia atrás y empolvado, con una coleta; vestía calzones parduzcos de casimir sin botonar en las rodillas, medias de seda con motas blancas y negras y grandes zapatos con pequeñas hebillas de diamantes. Una camisa de la más fina batista, primorosamente aplanchada y con el cuello desabrochado, completaba su traje. Me invitó a ir a su casa, y como acerté a conocer a muchos de sus íntimos amigos de México, fui con gusto para charlar un rato con él. Era muy aficionado al agua fresca y a los cigarros; sus dos hamacas estaban colgadas en medio de corrientes de aire, escupía en todo el piso de piedra y usaba media docena de tenedores de plata limpios para comer. El caballero de quien hablo se llama Don Juan M. es, repito, un verdadero español, porque sabe mirar las nuevas instituciones con burlona indiferencia y las anticuadas con indiferencia burlona. Bastante astuto para mostrarse moderado y teniendo moderación suficiente para ocultar su astucia, posee un corazón ardoroso con un soplo frío de prevenciones, como si Don Juan fuese un compendio de su puro (1) y de su eau sucrée (2). En otros tiempos había ejercido la profesión de médico y todavía atiende el Hospital y gratuitamente a los pobres que necesitan de sus servicios.

Mr. Barcaistegie acudió al juez de letras para ver si era posible sonsacar alguna cosa a mis criados sobre el robo; pero, como yo lo sospechaba, no resultó nada que permitiese entablar contra ellos una acusación, no obstante haberlos interrogado separadamente.

En el Puerto estaba fondeado el Carmen, Capitán Proudfoot, barco que hacía el comercio con la India y que venía de China. Fuimos a bordo. Dos semanas antes de llegar había sufrido horriblemente a causa de un temporal, perdió el palo de mesana y hacía tanta agua que tan sólo pudieron salvarlo poniendo una vela debajo de la quilla, lo que afortunadamente produjo el resultado apetecido. Traía un cargamento de artículos chinos, cuyos derechos de aduana habían sido valiosos para el Gobierno, caso de poderlos hacer efectivos; pero con el sistema establecido me pareció muy dudoso que se lograse obtener algo que correspondiese a lo que la República tenía el derecho de esperar a este respecto.

Al anochecer se pasó revista a unos 200 soldados en la plaza. En un costado de ésta había un cobertizo en que algunas de las autoridades y especialmente el Comisario general estaban sentados, desempeñando su papel con solemnidad e importancia. Me enteré de que el Comisario era Don José Barazo, sintiéndome un poco avergonzado de no haber sabido antes su nombre o de no haberle puesto cuidado, porque era la mismísima persona que me acompañó hasta Acapulco. Supe con satisfacción que sufrió poco a consecuencia de su caída.

Los soldados que forman la guarnición proceden de la parte más viciosa del pueblo mexicano, la mayoría de los que encontramos en el camino el Oficial salió de modo tan enérgico en defensa de su honra, eran presidiarios que venían a reforzar las filas de la tropa llena de esperanzas que figuraba en la parada. Se me dijo que apenas habría uno que no hubiese cometido crímenes merecedores de la pena de muerte. Me señalaron especialmente uno de ellos, blanco, rubio, pequeño de cuerpo y que podía tener unos veintitrés años, conocido como uno de los mayores bandidos de humana forma. Dicen que se jacta de haber cometido trece homicidios y asesinatos, figurando supadre entre las víctimas. Son elementos peligrosos para dar garantías a una ciudad, confiándoles su guarnición y todos los puntos fuertes.

Martes, 3 de mayo.—Estábamos almorzando, a las diez de la mañana, cuando nos trajeron la noticia de que la bandera estaba izada en el fuerte y la Tartar a la vista. Monté inmediatamente en mi caballo, acompañando a Mr. Barcaistegie, y subí por la falda del cerro llamado La Quebrada para ver el interesante objeto. Antes de las doce saltó a tierra el Teniente Morgan para averiguar si yo había llegado, y pocas horas después desembarcó también el Capitán Brown. Me alegré mucho de saber que no lo había retrasado, y como tenía mucha prisa de aparejar, se convino en que yo fuese a bordo al otro día.

La calle en que habitaba mi hospedadero, el Cónsul, no era ancha, pero una de las mejores y en ella estaban las casas más respetables del pueblo. Al anochecer se formó un grupo de vecinos frente a la casa, entablando un baile al aire libre. La música se componía de guitarras tocadas con buen compás y los espectadores lo marcaban, mucho de ellos golpeando con los dedos los bancos o cualquier otra cosa igualmente buena para el objeto. Dos o tres, armados de guitarras y que no sabían tañerlas o ignoraban tal vez la tonada que estaban tocando, desplegaban la maravillosa destreza de sus dedos rascando el reverso del instrumento con tal corrección que expresaban el acento y el sentimiento de la música del modo más

(2) En castellano en el texto.

(3) En francés en el texto. Agua de azúcar.

perfecto, sin la entonación y cadencia de las noías. Los danzantes y los músicos se relevaban; de suerte que la diversión duró dos o tres horas sin intermedios. Durante todo el tiempo se bailó el bolero español, en su forma original y sin método. Cada pareja bailaba con entera independencia de las demás y cuando se encontraba muy cansada cedía el lugar a otra. Empezaban los danzantes a bailar con timidez, acercándose el uno al otro, en proporción, recíprocamente; uno de ellos hacía después un gesto de fingido desdén, golpeando el suelo con el pie, y el otro lo repetía; después venía una insinuación más suave... pero todos saben lo que es un bolero español y no necesito seguirlo describiendo. Tan sólo añadiré que nunca lo he visto bailar con tanta decencia ni de modo tan inocente —así lo creo— como en aquella ocasión. Cuando entró la noche alumbraron la calle con grandes teas de pino que ardían furiosamente y como eran muchas despedían una luz deslumbrante. A eso de las diez los danzantes estaban cansados, y junto con los espectadores, los cuales habían fumado el debido número de cigarros, se fueron a meter debajo de unas mantas que con sólo mirarlas habrían causado la quiebra de un fabricante de Witney. (1).

CAPITULO 5

LOS CRIADOS ABSUELTOS POR FALTA DE PRUEBA. — TOMO UN NUEVO SIRVIENTE EN EL HOSPITAL. — ME EMBARCO EN LA "TARTAR". — LLEGO A ACAJUTLA.

Ignacio, mi ayuda de cámara, uno de los jóvenes criollos más guapos que he visto, tenía unos amores en México. Se había echado a llorar amargamente cuando a mi salida de allí le dije que tenía que llevarme a Inglaterra. Después de haber sido interrogado y absuelto por el Juez estaba muy contento. Me pidió que le diese un certificado para la Comisión y también una yegua que yo había comprado en Jalapa al llegar al país. Como no tenía pruebas positivas contra el pobre chico, le di ambas cosas. Para reemplazarlo había acudido al viejo comerciante español, Don Juan M., quien me dijo que conocía un hombre de cuya honradez podía responder. Era el barbero y sangrador del Hospital en que el anciano caballero prestaban gratuitamente sus servicios. Por lo tanto lo tomé.

Resultó ser un chino de unos sesenta y cinco años de edad, que durante cuarenta había servido de ayuda de cámara a los mercaderes que viajaban entre la China y Acapulco, oscilando como un péndulo a lo largo de noventa y seis grados de longitud. Tenía seis pies y dos pulgadas de estatura y lo que había ganado en longitud lo había perdido en latitud, porque era el hombre más flaco que he visto en mi vida. Respondía generalmente al apodo de Don Quijote con que lo bauticé, no obstante ser Enrique su verdadero nombre. Como yo estaba obligado a suministrar una bestia a mi otro criado, a quien no deseaba llevarme, le dije que podía regresar en mi mula; pero que juzgando que sus servicios no merecían semejante recompensa, quería que la entregase al caballero que me sucedió en mi puesto en México.

El 4 de mayo, a las once del día, me embarqué en la Tartar. No hubo mucha dificultad para cargar mi equipaje; pero el caballito violento e irascible que había comprado en la ciudad de México al domador de un regimiento de dragones, medio mató a uno de la tripulación que lo estaba entabando para embarcarlo; era evidente que no quería servir en la armada; sin embargo, mostró después mucha disciplina y bastante buen genio con los marineros que le hacían rueda.

Mis dos criados mexicanos estaban ansiosos de ir a bordo y les permití acompañarme. Se quedaron atónitos y mudos de admiración al ver una casa tan grande, con todas sus comodidades y refinamientos, que podía flotar en el agua. No habían visto nunca una embarcación que fuese más grande que un barquichuelo mexicano de fondo plano, exactamente igual en la forma, pero de la mitad del largo de los que contribuyen a los esparcimientos piscatorios de los caballeros que esgrimen sus cañas entre Battersa y Staines.

Levamos anclas inmediatamente y salimos de la bahía. El 6 se calculó que habíamos hecho la mitad del viaje al Puerto de Sonsonate, (2) que era nuestro destino.

A las cuatro de la mañana del 7 el gran volcán de Guatemala estaba a la vista; en aquel momento nos encontrábamos a diez y ocho leguas de tierra. La costa no está muy correctamente trazada en los mapas; al menos había una diferencia entre éstos y la estima del barco en este corto viaje de setenta millas. Conseguí con Mr. James, un guardia marina, copia de un mapa mejorado que él había hecho de la costa desde Acapulco hasta Sonsonate (3). Recorrimos la distancia en cinco días justos, habiendo tenido buen viento durante todo el viaje.

- (1) Ciudad de Inglaterra donde se fabrican mantas y otros artículos de lana desde hace muchos siglos. N. del T.
- (2) Antiguamente solían dar el nombre de Sonsonate al puerto de Acajutla; pero en realidad la primera de estas poblaciones está situada a 20 kilómetros tierra adentro de la segunda. N. del T.
- (3) El mapa trazado para este libro lo ha sido de acuerdo con las mejores cartas comparadas con esta mejora. N. del A.

Hacia las doce del día del 9 anclamos en el Puerto, o por mejor decir, en la rada abierta de Acajutla. A las ocho de la mañana siguiente el Teniente Morgan fue a tierra con una parte de mi equipaje. Sucedió que mucha gente de la capital estaba reunida allí para celebrar la fiesta de la Santa Cruz. Olvidé decir que al anclar hizo la fragata un saludo que fue contestado por los dos cañones del fuerte con igual número de descargas. Esto llamó la atención de todo el pueblo, vecinos o forasteros. La mañana estaba muy hermosa y pudimos observar con los anteojos de larga vista que en la playa se agolpaban las gentes endomingadas que con sus chales, tocas y sombrillas tenían un aspecto muy europeo. A la verdad, un pintor bien podía trasladar aquel grupo al cuadro en que representase las playas de Ramsgate o de Brighton. El Capitán Brown, cuya cortesía y afabilidad me habían hecho el viaje agradable en todos sentidos, envió un bote a tierra con la esperanza de que la concurrencia aprovecharse la ocasión para venir a bordo de la fragata, probablemente, el único barco de su clase que había anclado en aquel Puerto.

Los ventarrones que periódicamente molestan a los marinos en Veracruz soplan también de este otro lado del continente. Hacia el medio día hay por lo general una gran creciente o marejada sobre la costa. Había empezado en el momento mismo en que el bote regresaba de tierra y con tal violencia que las señoras tuvieron que renunciar a su propósito con gran pesar.

Deseando el Capitán Brown apresurar lo más que fuera posible su viaje al Sur y no queriendo yo demorarlo, propuse irme a tierra no obstante el tiempo que hacía; de suerte que a las doce me llevaron en un bote. A un cuarto de milla de la costa me trasbordaron a otro con la parte de mi equipaje que no había sido desembarcado todavía. Este bote era el mismo en que el Teniente Morgan había ido a tierra por la mañana y lo creían mejor para el caso. Sin embargo, nos mojamos lastimosamente. Las olas eran tan grandes que anegaban por completo la embarcación cada vez que llegaba la tercera, y si no hubiéramos sabido nadar nuestras vidas habrían corrido peligro. Si se me permite dar mi opinión, la mejor manera y la más segura de salir a tierra en aquellas costas es con la proa a la playa hasta embarrancar el bote en ella, y caso de tener que echar un anclote para hallarlo, el cable debe ser bastante largo, porque de lo contrario quedaría expuesto el bote a los embates de las olas. Creo que estoy en lo cierto, porque esta opinión mía fue inmediatamente confirmada por las observaciones espontáneas de los que estaban en la playa, entre los cuales había dos o tres mercaderes ingleses residentes en Sonsonate. Uno de ellos me mostró los tripulantes de un bote que desembarcaron inmediatamente después de nosotros, procedentes de un barco mercante fondeado en la rada, y que conociendo la fuerza tremenda de aquel oleaje, que no permite a las embarcaciones mantenerse a flote cerca de la playa, habían conseguido llegar a tierra perfectamente secos.

La fragata hizo otro saludo, que fue contestado por el fuerte con tanta regularidad como lo permitían sus dos cañones. Por fortuna una parte de mi equipaje había sido enviado a tierra por la mañana; de lo contrario no habría tenido ropa seca para mudarme.

Don Miguel Espinosa de los Monteros, Administrador de la Aduana del Puerto, es un hombre atento e inteligente. Me llevó a dar una vuelta por el pueblo, y como mi deplorable desembarco dominaba en nuestros pensamientos, era natural que esto le recordase un asunto que lo traía preocupado desde hacía largo tiempo: la formación de un Puerto. Me indicó la manera de hacerlo, y la cosa me pareció tan factible que no dudo de que un ingeniero inglés podría realizarla con un gasto inferior a £20,000.

Con motivo de las fiestas que se celebran en el Puerto, la casa de Don Miguel estaba por supuesto abierta para todos. La sala se veía llena de gentes de toda clase. En el antepecho de la ventana y fumando cigarros estaba sentada su bonita hija con otras tres señoritas de Sonsonate, morenas como zarzamoras y alegres como grillos. De las orejas les colgaban grandes aretes planos de oro puro; algunas de ellas tenían una profusión de cadenas de oro al cuello y otras collares de perlas sin pulir, que más parecían dientes que los de sus dueñas perlas, aunque no en la mayor parte de los casos. La mujer de Don Miguel había tomado posesión, ex officio (1), de una de las hamacas y la otra la desocupó para mí un petrimetre guatemalteco. Aún cuando éste pertenece al género del mexicano, constituye una variedad de la especie. Usa el poncho o capote mexicano y a veces las polainas de cuero labrado; pero todo su traje es más sencillo. Rara vez tiene bordados de oro o plata; la chaqueta suele ser de algodón sin adornos y cuando se viste de lana lleva generalmente una levita de corte inglés. El sombrero es también inglés, excepto cuando viaja, reemplazándole entonces con uno grande y gacho de paja o de alguna otra cosa liviana, que resulta mejor para librarse de los rayos del sol. En la mesa larga y pesada que ocupaba la mayor parte de la sala colocaron sucesivamente los platos; a cada cual le trajeron uno de frijoles (2), y como los sirvientes del dueño del a casa no dejaban de atender las peticiones de los huéspedes, creí, como era natural, que las muchas personas que allí estaban pagarían su hospedaje. Sonaron algunas guitarras frente a la puerta y una docena de parejas se pusieron a valsar. Me senté algo inclinado a hacer lo mis-

(1) En latín en el texto.

(2) En castellano en el texto.

mo, pero me faltó el valor. A duras penas había podido conseguir lo mejorcito de mis trajes de dril. Por lo que hace a la corrección, me persuadí de que no habría hecho mal en bailar, porque la concurrencia era sumamente respetable. Estaba compuesta de jóvenes de las mejores familias de la ciudad provincial de Sonsonate. La mayor parte iban a permanecer dos o tres días más en Acajuitla durante las fiestas; pero como tres de los mercaderes ingleses debían regresar por la tarde y me ofrecieron sus consejos y servicios para hacer la jornada, me fuí con ellos a las cinco.

Hay un camino carretero que va desde el Puerto hasta la ciudad, la mayor parte sobre un verde y bonito césped y por avenidas cortadas en un espeso bosque que durante el verano tiene tanta sombra que con dificultad se distingue el camino. Este bosque está infestado de pequeños tigres muy feroces, pero que rara vez atacan al hombre, excepto cuando se les acomete. No necesitan de igual provocación para asaltar los rebaños, especialmente los becerros y los muletos. Los toros tienen tal conocimiento de sus malignas intenciones, que olvidando sus animosidades reciprocas se reunen algunas veces para la protección de todos y en estos casos los tigres suelen llevar la peor parte en la batalla. El guaco, con sus parásitos zarcillos colgando de los árboles gigantes que se yerguen a orillas del camino, nos certificaba la presencia de las serpientes más dañinas; que donde quiere que las hay, según dicen los naturales del país, se encuentra también a mano el infalible antídoto de todos sus venenos. Las raíces y ramas de esta planta que se parece mucho a la viña desvelada de su follaje, son igualmente eficaces, y su virtud es tan instantánea y sorprendente que si las historias que a ella se refieren no me las hubiesen contado personas fidedignas que probaron sus efectos en ellas mismas, difícilmente podría darles crédito. Algunas serpientes de aquel lugar son tan venenosas que la persona mordida muere por lo general en el término de veinte minutos. Sin embargo, si ésta dispone del guaco, masca un pedacito y aplica la saliva a la mordedura; también traga la saliva producida por la masticación durante algunas horas y puede quedarse tranquila; ya está enteramente buena.

Un joven de apellido Rascón, que me acompañó a Inglaterra y del cual hablaré después, me dijo que se había puesto en la palma de la mano una de esas terribles víboras que llaman tamaulpas, cuya mordedura mata instantáneamente, y que el reptil se quedó en el acto inerte y adormecido, porque tenía en la misma mano un pedacito de esa planta maravillosa. Otra persona, cuyo criado fue mordido en el brazo por una serpiente de la misma clase y se estaba muriendo, me refirió que le hicieron tragar a éste un fuerte cocimiento de la raíz, con aguardiente, aplicándose también en la mordedura. Se curó y nunca volvió a sentir nada a consecuencia de la herida. ¿No podría aplicarse a la hidrofobia este remedio maravilloso? Sin hablar de sus buenos resultados en los casos de calenturas palúdicas, disentería, fiebre y en general de los males que se padecen en los lugares donde se encuentra, puedo responder de que el guaco es muy inofensivo, porque siguiendo el consejo y el ejemplo de un caballero inglés. lo tomé casi diariamente como preservativo contra las enfermedades, y debo creer que produjo el efecto que se buscaba, toda vez que no tuve ninguna indisposición durante mi permanencia en Sonsonate y otros lugares cuyo clima se considera nocivo para los europeos. Al salir del Puerto no pude hacer que Don Miguel, el Administrador, aceptase ninguna paga por el hospedaje que me había dado; pero queriendo yo manifestarle mi gratitud, le obsequié una ancha espada inglesa que le gustó muchísimo. Se puso a secarla y limpiarla para quitarle el orín producido por el agua salada, operación que tendrá que repetir con frecuencia, como lo saben los que conocen el efecto de ese elemento en el acero.

CAPITULO 6

MI RECEPCION EN SONSONATE. — DESCRIPCION DE LA CIUDAD Y DE LAS COSTUMBRES DE SUS HABITANTES.

En Acapulco conocí a un comerciante respetable que vivía en la casa contigua a la del Cónsul y se llamaba Don José Domingo Indart. Me dio cartas de presentación para la familia de Doña Vicenta (1) Rascón y Cuellar. Esas cartas no son una pura fórmula o cortesía como a menudo se les considera en Europa; se parecen más a una letra de cambio girada contra la persona a quien van dirigidas, no exactamente por tal o cual suma de dinero sino por su equivalencia, sobre todo en casa, comida y todo agasajo razonable. La señora a quien iba yo recomendado estaba en la capital de Guatemala con su familia, por ser en aquel entonces la season guatemalteca, como nosotros tenemos la de Londres; pero su hija Doña Gertrudis Oyarzun se había quedado. Estaba esperando el regreso de su marido, un joven de origen español que se encontraba en San Blas, a donde había ido a negocios de comercio. Yo tenía también una carta de presentación para él y se me ofreció por supuesto la hospitalidad de su casa, una de las mejores de Sonsonate; pero siendo así que la invitación de aquella Penélope transatlántica no fue muy apremiante como no podía serlo dadas las circunstancias, preferí alojarme en casa de uno de los caballeros ingleses establecidos en el lugar.

Miércoles, 11 de mayo.—Esta mañana me hizo una visita el venerable Comandante de la ciudad, don L. de Padilla. Me dijo que el Gobierno le había dado aviso de que se esperaba mi llegada y que sus de-

(1) Vicente dice siempre el texto. N. del T.

seos eran atenderme lo mejor posible. Al siguiente día vino también a visitarme don Manuel Romero en nombre de los Diputados del Estado de Sonsonate (1), uno de los cuales era D. Manuel Rodríguez, ex-Embajador en los Estados Unidos, y otro el Padre P.ña. Cura de la ciudad. Durante el día fuí a ver al Padre Jerónimo eZlaya, fraile agustino. Vivía en el Monasterio, pequeño establecimiento con sólo una docena de frailes. Se había dedicado especialmente a la estadística y acababa de escribir un bosquejo de la situación política del Estado de San Salvador. No habiéndolo publicado todavía, tuvo la generosidad de obsequiarme el manuscrito. Encontré en él muchos datos valiosos al redactar mi informe dirigido al Gobierno de Su Majestad Británica. Me relacioné también con el Interventor de Aduana D. Dionisio Mencía (2) y con el Jefe Político D. Felipe de Vega. Por el primero supe que el cobro de los derechos se hacía con las mayores dificultades debido al desorden causado por la revolución; que el contrabando y el cohecho se practicaban en gran escala y que las autoridades no tenían bastante poder para impedirlos. Añadió que no dudaba de que tan pronto como el Gobierno se consolidase, las entradas de la Aduana alcanzarían a más del doble.

La ciudad de Sonsonate es grande y está diseminada; pero tiene muchas casas buenas, todas construídas en el estilo español usual. Son de un solo piso con tres o cuatro cuerpos en cuadro y un patio en el centro. Las familias más respetables no creen rebajarse ejerciendo el comercio. Como no hay Bancos ni se da dinero a rédito, ésta es la única manera que tienen de emplear sus capitales. Muchas personas de las clases más ricas derivan sus rentas de la cría de ganado en sus haciendas y de las cosechas de índigo, cochinilla y tabaco, que dan a los comerciantes europeos a trueque de mercaderías, revendiéndolas al detalle para el consumo de los naturales del país.

La principal manufactura peculiar de la localidad es la de objetos de fantasía de concha, que fabrican en gran cantidad imitando las más lindas flores con conchas del tamaño más diminuto, pegadas unas a otras como una especie de mosaico. Con este artículo y algunos pajaritos y animalitos de fantasía, bordados con la misma ingenuidad en seda y terciopelo, hacen un comercio de exportación a Cartagena, el Perú y otras partes de las costas occidentales, por valor de £10,000 anuales. Hay en la ciudad una iglesia grande que ocupa por supuesto, como en todas las poblaciones españolas, uno de los costados de la plaza mayor. Es un gran edificio antiguo, sin belleza arquitectónica que lo recomiende; su ornamentación interior resulta tosca y ruin; pero es bastante espacioso y cómodo para el vecindario que se compone casi todo de indios.

No residen en Sonsonate familias que sean enteramente españolas. Quedan algunas que se han casado o están emparentadas con los criollos. De los últimos hay también muy pocos; no constituyen tal vez una quinta parte de la población de la provincia. Por consiguiente es muy raro ver habitantes que no sean de color obscuro. Algunos de los mejores parecidos son una mezcla de africanos e indios; sin embargo, muchos de los últimos, especialmente de los jóvenes, son interesantes y hermosos. La desnudez con que suelen presentarse en público resulta ofensiva y sumamente indelicada para el espectador europeo. Ni los hombres ni las mujeres tienen más vestido que un taparrabo. Por la manera de atarlo se distinguen las mujeres casadas de las solteras.

Habiendo pasado una noche muy desasosegada a causa del calor intenso, el más fuerte, así lo creo, que sentí en aquellos países, me levanté para refrescarme dando un paseo al aire libre. Al andar por la ciudad encontré grupos de indios, hombres, mujeres y mozas, que llevaban a cuestas frutas y legumbres para el mercado. Todos iban muy cargados; pero no teniendo el estorbo, como lo he dicho antes, de ninguna ropas innecesarias, o antes bien necesarias, según nuestro criterio, se deslizaban a un paso rápido como de andadura, a razón de cuatro o cinco millas por hora. Cada uno de los individuos de las diferentes familias llevaban una carga proporcionada a su sexo y edad. Niños de cinco o seis años, obligados a correr detrás de sus padres, se adiestraban de aquel modo para cumplir con las obligaciones que sin variación ni tregua iban a ser las de toda su vida hasta la edad de sus abuelos canosos que se tambaleaban a su lado, siempre que tuvieran la suerte de alcanzarla. Al llegar a la plaza y después de poner en el suelo sus cargas, iban todos sin excepción a la iglesia para hacer sus devociones. Muchos entraban con sus cargas y ví con placer las sencillas y humildes ofrendas de algunos, que salpicaban el piso de tierra de la iglesia con hojas y flores: "El incienso primitivo de la primavera", como diría el poeta. Oraban sin libros, porque su fervor era el lenguaje del corazón, y su rústica ofrenda parecía el tributo humilde de los hijos de la Naturaleza al Dios de la misma. . . Por la tarde salí a dar un paseo a caballo con el caballero inglés, para ver una fiesta india en un pueblecito llamado Barrio del Ángel, situado a una media legua de la población.

Los indios de que antes he hablado no son propiamente vecinos de la ciudad o de los suburbios, sino gentes de los campos o de la provincia. Los que pude observar aquella tarde parecen ser algo más civilizados; muchos de ellos tenían zapatos y medias; los hombres, pantalones, y las mujeres faldas que les llega-

(1) Debiera decir del Estado del Salvador. N. del T.

(2) Mencía en el texto. N. del T.

ban a los tobillos, con gran cantidad de vuelos en la parte baja y una orla de diferente color; las faldas eran de un brillante carmesí o de otros colores vivos; pero en los trajes de las mujeres y en su aspecto general había una pulcritud y una limpieza superiores a las que ví en México en la misma clase de gentes.

La feria se celebraba en un terreno en declive, al final de un bosque de plátanos y otras plantas tropicales. Estaba rodeado de cocoteros que desplegaban sus palmas en forma de abanico, como para proteger y abrigar aquel sitio agradable y apartado. En una parte de él estaba una fragua de herrería y en otra un trapiche muy insignificante, que parecían atestiguar que las artes y comodidades de la vida, aunque no ignoradas, se conocían en muy modesta escala. Los senderos que en diferentes direcciones conducían a ese sitio eran estrechos y estaban tan invadidos por la exuberante vegetación que dos jinetes no podían cabalgar en ellos apareados; y los niños que se veían deslizarse rápidamente por entre los matorrales con sus mantas (1) blancas, daban la idea de conejos retozando en un tojal.

Al siguiente día, a la hora de la comida, vi en la mesa dos grandes bandejas de plata llenas de dulces de varias clases arreglados en caprichosas formas. Me dijeron que se trataba de un obsequio que me hacía una señora. No me fué difícil adivinar de donde procedía aquella fineza. Eran un regalo de la amable Doña Gertrudis, quien a veces me envió también otras golosinas para excusarse —no lo dudo— de lo que ella consideraba como una falta de hospitalidad de su parte, por no haber podido hacer que yo me hospedase en su casa.

Debo ahora presentar a mis lectores a don Simón B., dependiente o Administrador de la hacienda de la familia a la cual iba yo consignado en Guatemala. Tenía cinco pies y seis pulgadas de estatura, una tez morena, ojos y cabellos negros unas mejillas sumidas y era enjuto de carnes. Su obligación consistía en vender el añil y demás productos de las haciendas de la familia, y también en comprar ropas de vestir y otros artículos europeos en la capital, para venderlos al por mayor en el almacén de Sonsonate, o al menudeo en los viajes que solía hacer por las provincias por cuenta de la casa. Era un viajero guatemalteco en la mejor acepción del vocablo, tal como lo entiende el mundo comercial. Su viaje a la metrópoli lo había fijado para el 16 y yo estaba ansioso de salir tan pronto como fuera posible. Siendo él la clase de hombre que yo deseaba cabalmente encontrar, por ser tan a propósito para darme a conocer los pormenores prácticos de los procedimientos y costumbres comerciales de aquellos países, me empeñé en inducirlo a partir conmigo en una fecha más cercana. Era hombre de carácter afable y bondadoso, pero con un tinte de fachenda que denotaba la justa opinión que tenía de la importancia de sus funciones y me dio, acerca del respeto y de la consideración a ellas debidos, una lección de la que procuré no olvidarme. Como no puedo pretender pintar los personajes con el pincel inimitable de Washington Irving, me limitaré a decir que aquel hombre era "Master Simón" metido en negocios. La importancia de sus asuntos no permitía hacerlos a un lado, y como el que motivaba mi viaje la tenía muy poca, me ajusté por supuesto a los planes de mi compañero en cierne.

Yo solía ir a bañarme a unas dos millas de la ciudad en un río pequeño llamado el "Tequisquilco", cuyas aguas son de una hermosa transparencia y frescas. Se formó hace algunos años a consecuencia de una erupción del Izalco, el volcán de Sonsonate, situado a unas quince leguas de distancia. hace ochenta años hizo su primera erupción; ha hecho después otras con intervalos y por consiguiente se sienten a menudo ligeros temblores de tierra en sus vecindades. Es muy peligroso cuando no está ardiendo; de suerte que las llamas que vi brotar de él son a la vez pavorosas y graías.

Los habitantes de Sonsonate, especialmente los criollos, padecen de una manera horrible de bocio o buche como lo llaman allí. Al pie de la referida montaña hay un lago sulfuroso al que, según dicen, suelen ir estos enfermos en ciertas épocas del año para beber sus aguas, consideradas como un remedio específico. Caso de que lo sean, muy pocas de aquellas gentes infelices han aprovechado esta manera fácil de deshacerse de tan repugnante enfermedad.

La intendencia de San Salvador, que ahora está unida a la alcaldía mayor de Sonsonate, forma uno de los cinco Estados de la Unión federal con el nombre de San Salvador. La alcaldía de Sonsonate comprende veintiuna poblaciones con 45.000 almas, distribuidas en once parroquias, y tiene veinte leguas de Este a Oeste y doce de Norte a Sur. No obstante que las parroquias son en aquel país más grandes y ricas que en México, los curas están muy mal retribuidos en relación a su tamaño y al número de sus habitantes. En muchos pueblos sólo se dice misa una vez al año.

La población de los cinco Estados de la Federación, que alcanza a 2.000.000 de habitantes, es mayor de lo que el mundo suponía; pero los censos que levantaban los españoles eran siempre inexectos e inferiores a la verdad porque por motivo del tributo o capitación que pagaban los indios, aquéllos suprimían el número de éstos y el monto del ingreso. Este tributo lo pagaban a razón de tres pesos al año y por cabeza, todos los varones desde los diez y ocho hasta los cincuenta años. El último censo se hizo después

(1) En castellano en el texto.

de abolido; pero se consideró que la cifra era todavía inferior a la de la población, que puede haber sido inducida a suprimir sus padrones por temor de que se restableciese el tributo o de la implantación de uno nuevo.

Los ingleses residentes en Sonsonate eran Mr. Blanchard (el cual se había casado con una joven del país, sobrina del padre Zelaya, Superior del Convento de los Agustinos), Mr. Freere, Mr. Parker y M. Aylwin. La mayor parte habían estado en el Perú, en Chile y otras partes del Continente. Hacían el comercio de cabotaje y exportaban a Inglaterra cochinilla, cueros, añil y otros artículos peculiares del lugar.

Acepté gustoso sus corteses atenciones y comía con ellos en una casa grande ocupada por los recién casados. Ella era una jovencita de unos quince años, pequeña de cuerpo y tímida, pero rolliza y sana, con unos ojos negros brillantes que compensaban con la fuerza y variedad de su expresión el silencio y la reserva de su dueña. Las altas mesas de comer de que anteriormente he hablado son sumamente molestias, aún para personas de gran estatura; pero tratándose de una tan pequeña como nuestra amable hospedadora, parecen ser cómodas hasta más no poder. Ponia la barba en el borde del plato y los codos sobre la mesa, uno de cada lado de aquél, y sus manos iban alternativamente del plato a la boca con el menor esfuerzo posible, a semejanza de dos remos invertidos que nunca se moviesen a compás; y como en el curso de esta operación sus ojos desempeñaban el oficio de la lengua y no perdía tiempo en conversar, remaba muy de prisa, levantándose siempre de la mesa tan pronto como había concluido.

Comíamos en uno de los anchos corredores que rodeaban el patio de la casa. En la mitad de este corredor había una de esas hamacas de que he hablado con frecuencia, colgada entre la puerta de la calle y el sitio que yo ocupaba en la mesa. En ella se dejaba caer la señora con una especie de paciente indiferencia en que había sin embargo algo de abandono, luego, empujando con el pie uno de los pilares del corredor y la pared del otro lado con la mano, se ponía a mecerse a todo vuelo. Llegaba inmediatamente una de sus camareras con un cigarrillo de papel, fumándolo para que no se apagase, y aguardaba el momento propicio para ponerlo de sopetón en la mano maquinalmente extendida, que lo llevaba en un periquete a los labios de su dueña. Aquella operación se hacía con tal destreza que ni por un instante se trastornaba el balanceo. Otro empujón dado con el pie o la mano mantenía la hamaca en movimiento durante un cuarto de hora, hasta que se iba parando poco a poco. El cigarrillo se había hecho humo, la señora dormía y nuestra comida tocaba a su fin.

CAPITULO 7

SALGO PARA LA CAPITAL. — LA ALDEA SOPORIFERA DE APANECA. — LA CIUDAD COMERCIAL DE AGUACHAPA Y LO QUE ALLI ACONTECIO.

Habiendo alistado D. Simón mi viaje a la capital a su entero gusto y por consiguiente al mío, salimos de Sonsonate hacia las siete de la mañana del 14 y pasamos por tres pueblos grandes. El de Naquizalco (1), está situado en un llano grande y árido, en el centro del cual hay una iglesia de bastante buen aspecto. Las tierras circunvecinas estaban bien cultivadas de diferentes cereales, de maíz y trigo, porque el clima se presta para ambas cosas.

Cerca de las ocho habíamos llegado a Salpotetán (2), pueblo más pequeño que el anterior, y acercándonos a una de las chozas indias situadas a orillas del camino, nos regalamos con un jarro de agua pura. Empecé a ceer que mi nuevo amigo D. Simón era muy abstemio. Mi compañero anterior solía estremeerse cuando yo le ponía agua al aguardiente; pero este otro ni siquiera me dejaba ponerle aguardiente al agua.

A las diez llegamos a Apaneca que toma su nombre de la montaña al pie de la cual está situado. Tiene unos 1,000 habitantes todos indios y mestizos. Por el aspecto y la posición de la montaña, me pareció que era la única señal de poblado que habíamos podido observar cuando veníamos costeando con rumbo a Sonsonate. Encontré abierta la puerta del campanario de la iglesia, subí a él y se confirmaron mis conjeturas al mirar el paisaje de los contornos y el océano.

Paramos en la casa del padre o cura del lugar. Su hermana, viuda de un Oficial que pereció en la última revolución, una maíra de más de cincuenta años, gobernaba la casa y, según pude notar, se extralimitó un poco para darnos un buen almuerzo. Entre otras cosas mataron un par de palomas. Soy poco aficionado a las carnes y rehusé una o dos veces comer de aquellas aves. Entonces nuestra hospedadora después de asegurarme que eran palomas, me miró con lástima y dirigiéndose a los demás dijo entre dientes: "El señor no sabe lo que son; no ha visto nunca palomas y no sabe comerlas". La desengañé inmediatamente, y sirviéndome un pedacito salvé su buen humor y mi reputación de filósofo naturalista, al atreverme a comer del ave rara que había motivado la discusión.

(1) Nahuizalco. N. del T.

(2) Salcoatitlán. N. del T.

Al concluir de almorzar, mi compañero D. Simón echó mano de un gran jarro de agua que contenía unos dos cuartillos y medio, trasegando a su estómago de un tirón la mayor parte del líquido; y habiéndose enjuagado la boca con el remanente, escupiéndolo en el piso, encendió un cigarro y se acostó a dormir en uno de los bancos. Aproveché la ocasión para andar un poco por el pueblo. Reinaba en él una quietud tan grande que casi se podía oír de un extremo a otro el ruido que hacían las mulas triturando el maíz.

Ovidio pinta a Morfeo como uno de los dioses más benévolos y con la cabeza coronada de adormideras. Los que hayan sido testigos de la influencia que ejerce en aquellos países, añadirán a sus títulos el de obedientísimo, representándolo con un cigarro en la boca. Esto que digo no pasa de ser una indirecta para la Nueva Universidad de Londres. Empecé a perder la esperanza de adquirir algún informe y volví a mi posada resuelto a dormir la siesta, de acuerdo con el refrán—no por manoseado menos juicioso— de que: “en el país donde fueres, haz lo que vieres”.

En el umbral de la puerta estaba echado un gran mastín que se había opuesto a dejarme entrar por la mañana, de la manera más descortés, de lo cual resultó entre él y yo una reyerta que pudo haber concluido desastrosamente si no lo hubiese llamado su amo, que ahora estaba durmiendo. Por lo tanto yo no podía contar con la mediación de éste, y como entre el mastín y yo sólo existía una simple suspensión de hostilidades, no tan favorables siquiera como ese estado de cosas que en diplomacia se llama “neutralidad armada”, yo no quería turbar el sueño tranquilo de que el guardián estaba disfrutando, como lo decía la mirada brillante de uno de los ojos que acababa de entreabrir. Sobre el perro estaba echado un gato con toda la confianza que inspira a un subalterno el amparo de un poderoso protector. Me devolví tranquilamente dirigiéndome hacia el centro del camino, donde había una chocita y un pesebre para las mulas de los viajeros. Las nuestras se habían comido todo el maíz, y sus orejas y cabezas gachas demostraban que estaban dormidas. El equipaje estaba diseminado por todas partes y al levantar una de las esteras para sacar mi cartapacio de escritorio, hallé tendidos en el suelo a los tres arrieros, los cuales habían tenido la precaución de taparse de aquel modo para defenderse del sol que brillaba en todo su esplendor sofocante. Dos de los que formaban el triunvirato dormían también. Aquello era un comentario práctico sobre una comisión bien nombrada.

Por ¿dónde estaba mi criado, el barbero y sangrador del Hospital de Acapulco? Lo llamé dos o tres veces por su verdadero nombre de Enrique, aunque me lo imaginaba siempre en forma de Don Quijote; pero no pareció. Le volví a llamar con voz no muy fuerte, porque era tal el eco que despertaba la mía en aquel silencio sepulcral, que casi me daba miedo oírlo. Algo se movió ligeramente en la choza en medio de las mulas, saliendo el chino sin más indumento que un par de pantalones cortos de algodón y un gorro de dormir. Abría tamaños ojos como quien despierta oyendo tocar a fuego. Mirándolo de hito pensé que nunca había visto nada semejante, a no ser en una tetera china. Supe que había estado durmiendo en el pesebre; y como todas las mesas, según lo he dicho ya, se usan en aquel país para el mismo objeto, pensé que la cama y la comida podrían citarse en adelante como un ejemplo de lo que los dialécticos llaman una distinción sin diferencia.

Hice levantar a los arrieros, y como D. Simón estaba ya muy atareado con los preparativos del viaje, pronto salimos de aquel soporífero pedazo de la creación y llegamos a Aguachapa a las seis de la tarde. El camino que allí conduce es sumamente quebrado. Durante las primeras cuatro millas serpentea por la falda de una montañita poblada de hermosos árboles; a la izquierda, en dirección del mar, hay una extensa y fértil región bien cultivada. Los labradores, en partidas de cincuenta hasta cien, regresaban a sus casas situadas en el pueblo que durante el día se veía tan despoblado; su aspecto era el de hombres sanos, bien alimentados, felices y contentos.

Aguachapa es la población más importante de todas las que están situadas entre Sonsonate y la capital; tiene de cinco a seis mil habitantes y las mismas costumbres y ocupaciones que las otras dos de que antes he hablado. Al entrar nosotros en ella el camino estaba casi obstruido por objetos de barro cocido que acababan de sacar del horno, utensilios de todas formas y tamaños para uso doméstico, que constituyen uno de los principales artículos manufacturados en el lugar. Nos alojamos en una de las mejores casas de la ciudad, que pertenecía a un caballero respetable de apellido Padilla. Era mucho más viejo que su consorte, quien, a pesar de tener una familia de cinco hijas y tres hijos que vivían con ella y de los cuales el mayor tenía diez y siete años, era una mujercita inteligente y todavía bonita. Debí de serlo mucho, sin duda, porque sus niñas, que variaban entre los siete y los catorce años, lo eran de un modo sorprendente y todas se parecían mucho a su madre. El marido estaba en Guatemala haciendo una visita a la familia para la cual llevaba yo cartas de recomendación. La señora manejaba los negocios, porque había en la misma casa una tienda en la cual se vendía con gran celo y competencia todo lo que la comunidad podía necesitar. Revueltos con buratos de la China y pañuelos estampados de la India, había linos irlandeses y telas de algodón de Manchester, y en el mismo mostrador se exhibían cuchillos de Birmingham a la par de los más ordinarios utensilios producidos por las fraguas de los naturales del país.

Se me había roto uno de los estribos de la silla y yo quería que me les pusiesen una bolsa más a mis armas de agua (1). Consisten éstas en pieles de venado o de cualquier otro animal que se suspenden del pomo de la silla, a cada lado del caballo; y cuelgan hasta más abajo de las rodillas de la bestia, y como están sueltas y extendidas se ponen sobre los muslos del jinete, atándolas por detrás de la cintura, de manera que la parte inferior del cuerpo queda enteramente resguardada de la lluvia. Cuando se hace una parada en cualquier sitio para descansar o comer, las quitan del pomo de la silla y extendiéndolas en el suelo forman un lecho cómodo; las bolsas que tienen por dentro (la parte exterior conserva el pelo), sirven para llevar un frasco de licor, una caja de emparedados o cualquier otra cosa que se juzgue necesaria o conveniente.

Los remiendos a que me refiero se mandaron hacer inmediatamente a unos zapateros que trabajaban para la tienda; pero éstos no ejercían únicamente ese oficio, porque los tenían ocupados en la fabricación de arreos para las mulas y otros artículos de cuero del dominio de su negocio y competencia.

Don Simón estuve sentado durante casi toda la tarde en gran consulta con nuestra despejada hospedadora. Era evidente que ella lo consideraba como un hombre en quien podía tener ilimitada confianza para sus intereses comerciales y lo trataba con gran cortesía y respeto. Al llegar lo recibieron con mucho alborozo las niñas y no fué sino más tarde cuando supe la razón de esta acogida. Lo cierto es que retozaba con ellas como si fuese un muchacho, haciendo gestos cómicos, visajes y extraños ruidos; les hacía travesuras y también trampas cuando jugaba a los naipes con ellas; en suma, demostraba ser un hombre bondadoso y un amigo diligente de la familia. Por la noche vinieron muchas visitas. Habían sabido, sin duda, la llegada de un extranjero inglés; y como esto era una cosa que al igual del florecimiento de un nopal en Inglaterra sólo acontecía una vez en un siglo, era muy perdonable su curiosidad si tal era el motivo de ella.

El gran salón en que estaba reunida la concurrencia tenía dos puertas en los extremos, una que daba a la calle y otra a los dormitorios; en el centro había otra grande de dos hojas sobre el patio. Las tres estaban abiertas, de modo que había mucho aire; pero las corrientes a que se exponen las personas explican de modo suficiente los dolores de muelas y de cara de que padecen tan a menudo. Los dos rincones del fondo del aposento, que tenía unos veintiséis pies de largo por catorce de ancho, estaban ocupados por camas de modelo más sencillo, sin columnas ni más accesorios que un colchón. Durante el día servían de sofás y llegada la noche las cubrían con la ropa blanca necesaria para dormir. Una de ellas la ocupaba un jovencito que estaba baldado. Era el hijo mayor y su cuerpo demacrado y su semblante de desesperación anunciaban su muerte prematura. Sus angustias parecían intensas. Algunos meses antes se había quebrado el empeine del pie cayendo del caballo; fue empeorando poco a poco y estaba al borde de la gangrena. Los quejidos que daba el pobre muchacho, esforzándose en reprimirlos cuanto era posible, se mezclaban a ratos con las alegres exclamaciones de las niñas, como los solemnes períodos de los comentadores políticos y las respuestas agudas de los que entregan su corazón a las pasiones del juego o del amor; porque en un rincón se jugaba a las cartas y los galanteos son inevitables en una tertulia de gente joven cuando no hay nada mejor que hacer. De vez en cuando la madre se deslizaba hasta el lecho de su hijo doliente, ayudándole a cambiar de postura, o aligerando la presión de la ropa de cama, y en estas tareas la auxiliaban sus hijas. Aquel espectáculo era una mezcla de los más tiernos pesares y de los más irreflexivos goces y frivolidades de la vida, una fusión, por decirlo así, de la rosa y la espina, del pimiento y el gusano.

He dicho ya que había una puerta entre el salón y las alcobas de las señoras. Dije mal; tan sólo había un marco de puerta. Yo estaba sentado en el antepecho de una ventana contigua a ese marco y al ver que se estaban desnudando para meterse en la cama, me quité de allí. Como debíamos salir temprano de la mañana me habría gustado acostarme también en el lecho vacante del salón que habían aderezado para mí; pero temía pasar la noche con el pobre chico cuyos quejidos rompían ahora con periódica uniformidad el silencio que reinaba. Las repetidas voces de dolor afligen siempre y mucho más cuando no se puede remediar lo que las motiva. Nos condolecemos del que sufre, teniendo que dejar lo demás a la paciencia y la resistencia. Sin embargo, a la lástima que nos inspiran las miserias del prójimo se mezcla tal vez con frecuencia una satisfacción positiva, aunque secreta, de estar libres de ellas. Habiéndome retirado por fin a descansar procuraba distraer mi espíritu con reflexiones como esas, alcancé a oír un cuchicheo en el aposento. Una voz de mujer conversaba sobre un asunto que parecía ser del mayor interés. Como no había ventanas de vidriera, los postigos de la habitación estaban todos cerrados, excepto el ventanillo de uno de ellos por el cual se colaba un débil rayo de luna. Gracias a esto pude distinguir dos personas y no tardé en darme cuenta de que eran Don Simón y la hija mayor de la dueña de la casa.

—No puedo hacerlo sin el consentimiento de mi madre—decía la voz de mujer—, y si lo hiciese, mi hermana Guadalupe se pondría tan celosa que yo no volvería a tener un momento de tranquilidad.

(1) En español en el texto.

Don Simón contestó que era una tontería que ella se pusiese a pensar en su madre o su hermana para el asunto; que lo único que debía hacer era consultar su propio gusto. Ya lo había manifestado y debía atenerse a él. Dicho esto se vino silbando hacia el extremo del aposento en que yo estaba, y respondiendo con un adiós (1) a las buenas noches (2) pronunciadas por la cariñosa y agitada voz de la señorita, se dejó caer en la hamaca casi enteramente vestido, y a juzgar por la sonoridad de su respiración se quedó dormido al cabo de cinco minutos.

Aquella manera despótica de enamorar era realmente muy extraordinaria. Suponiendo lo mejor, estaba claro que la niña sentía por él todo, menos indiferencia; pero ¿qué podía hacer ella ante el sic volo (3) de aquel Gran Señor occidental? Las lamentaciones del pobre muchacho y mis pensamientos me turbaban el sueño. Me entraron dudas acerca de mi compañero y de la conducta que debía observar con él al siguiente día. Hasta aquel momento no me había penetrado lo bastante de su importancia, que a pesar de ser algo desagradable resolví no tomar en serio por lo ridículo. Acababa de rayar el día cuando vi en el marco de la puerta a la preciosa niña cuyos intereses y porvenir no habían ocupado poco lugar en mis meditaciones durante la noche. Estaba vestida con un ancho camisón ligeramente cinturado. Su larga cabellera negra le caía con graciosa y profusa naturalidad de ambos lados del cuello; en sus ojos había una chispa de inquietud y agitación que daba a sus facciones delicadamente bellas un tinte vivo de interés que antes no había notado. Después de avanzar algunos pasos llamó en voz baja: "Don Simón". Repitió el nombre, pero no le respondieron; llamó otra vez y todo seguía en silencio. "Pobrecilla—pense—, está arrepentida de su obstinación y la voluntad de Don Simón será acatada y obedecida". Así fue, pero de muy diferente modo del que yo había supuesto. Con sorpresa, y tal vez con algún escorzo de amor propio lastimado, me enteré de que todas mis conclusiones eran falsas en lo tocante a las escenas que había presenciado. El desenlace fue enteramente distinto de todos los que yo esperaba o me había imaginado. Don Simón se levantó y hubo una nueva entrevista en presencia de la otra hermana. Yo seguí en la cama, y encontrándome despierto, no pude dejar de oír la conversación, que versaba sobre el siguiente asunto.

Empezó Don Simón por insistir en que era un disparate que las dos hermanas quisiesen vestirse de manera enteramente igual. Dijo que él sólo había traído lo bastante para una de ellas. Mi sensibilidad resultó maltrecha, porque no se trataba de amores, sino de un pedazo de paño carmesí para mantos, tela que andaba muy escasa en el país, pero que gracias a la influencia que tenía Don Simón en el comercio y al empeño que mostraba en hacer favores, había podido conseguir en cumplimiento de un encargo de la mayor de las señoritas. La discusión que surgió no carecía sin embargo de interés. El color, la calidad, el ancho y el largo de la tela para los mantos se discutieron con un orden y una pertinencia justificados por la importancia del asunto. Tal vez era posible conseguir en Guatemala algún paño azul, pero el que se había comprado ya, era inglés; y por último se resolvió con beneplácito de todos y especialmente de Don Simón, que se había esalido con la suya como parecía determinado a hacerlo desde que habló por primera vez con la mayor de las niñas, que como no se podía conseguir otro pedazo igual de paño carmesí, debían las dos hermanas esperar el arribo del próximo barco procedente de Inglaterra, en el cual podría ser que viniese alguna pieza de aquel artículo para ellas tan indispensable, un artículo de fabricación inglesa.

CAPITULO 8

LO QUE OCURRIÓ ENTRE AGUACHAPA Y JUANIQUINUILAPA (4)

El domingo 15 de mayo salimos de Aguachapa a las seis de la mañana. El país por donde pasamos era descampado, pero a lo lejos y a intervalos lo fachonaban grandes árboles. A la izquierda había un gran lago solitario y desierto, que al ser herido de golpe por el sol de los trópicos en su rápido ascenso brilló como un espejo, lanzando súbitamente sus reflejos sobre los ojos del espectador. El espléndido panorama y la frescura del aire matutino eran un vigoroso estimulante. Mi compañero estaba muy animado y locuaz. Supe que además del importante encargo de marras, tenía otros muchos de las señoritas, como peinetas y otras baratijas. Me dijo que las peinetas sólo podían ser reparadas en la capital, donde las hacían. Me mostró una cadena de oro de un entrelazado especial que llaman guatemalteco, así como hay otro de una hechura enteramente distinta, conocido con el nombre de panameño. Yo traje una de esas cadenas guatemaltecas, y habiéndome roto, porque son muy frágiles, no he podido nunca conseguir que me la compongan bien, ni aún acudiendo a los mejores operarios de Londres.

- (1) En castellano en el texto.
- (2) En castellano en el texto.
- (3) En latín en el texto.
- (4) Cuajiniquillapa. N. del T.

El árbol que había visto en el camino de Acapulco, con cerezas pero sin hojas, era allí muy común. Mi compañero me dijo que se llama picaro. Confieso que no puedo entender la relación que tenga esa fruta con el vocablo que en toda la variedad de sus acepciones se aplica en el teatro de Old Bailey al criminal que algunas veces es absuelto, o en las tertulias de las señoras Vitula y Lubentea (1) al malhechor que se cree perdonado al cometer su delito. Tal vez quiera significar que la fruta es picante; pero es en realidad muy ácida.

La siguiente curiosidad natural con que tropezamos fue el zopilote. Unas cincuenta o sesenta de estas aves estaban reunidas ceremoniosamente en torno de una mula muerta; una de ellas, que se distinguía por el copete rojo o gorro frigio que tenía en la cabeza, estaba encaramada sobre el cadáver, contemplándolo ávidamente con aire de dignidad y satisfacción; miraba de soslayo cada bocado, primero con un ojo y luego con el otro, como inspecciona un caballero con su monóculo una mesa abundante. La última vez que yo había visto un grupo de individuos de esta comunidad extraordinaria estaban durmiendo la siesta, o sea durmiendo después de comer; ahora se encontraban en espera del momento en que podrían dar principio a su festín. Don Simón me dijo que el zopilote que desempeñaba papel tan importante era el que había tenido la buena fortuna de hallar la mula y por esta razón se le consideraba como el alcalde (2), o lord mayor, en tanto que los demás, amablemente congregados para ayudarle a comérsela, eran senadores (3) o simples regidores. La cosa parecía ser realmente así; porque después de una modesta inclinación de cabeza del alcalde, como quien concede una pequeña merced, aquella respetuosa sociedad se lanzó en tropel a tomar parte en el banquete. Estuvimos aguardando un rato que terminase; pero habiendo perdido la esperanza de ver el fin, seguimos adelante.

Al medio día llegamos a la orilla de un río tan ancho como la mitad del Támesis en el nuevo túnel. Durante las últimas seis millas habíamos caminado a lo largo de sus márgenes por una región de una belleza tal, que es difícil describirla. El camino corría sobre un césped verde y blando, por entre setos de arbustos exuberantes y floridos, estrechándose o ensanchándose en espaciosa cañadas, y daba tantas vueltas que a cada rato el río, que antes parecía oponerse a nuestro paso, no tardaba en encontrarse a nuestras espaldas, haciendo variar el rumbo de nuestras meditaciones. Por último llegamos a "la meta de donde no regresa ningún viajero"... resuelto a seguir adelante. Nos encontrábamos en la margen del río y supe con asombro que teníamos que vadearlo. Mientras deliberábamos sobre la acuática excursión, tuve la agradable sorpresa de ver muchas gentes, principalmente mujeres y mocitas, que habían ido a misa a un villorrio situado de esta parte del río; iban de regreso y estaban ya reunidos a la orilla. Penetraron audazmente en el agua, y alzándose la ropa a medida que avanzaban consiguieron llegar a la margen opuesta sin mojarse mucho y de manera bastante decente. Si el río tuviese la suficiente profundidad se prestaría para hacer un túnel, porque su lecho es de rocas; pero es probable que estas rocas, hoy lisas por la velocidad de la corriente, estarán ya enteramente gastadas antes de que se construya un túnel debajo de ellas.

Habíamos progresado—como dicen con propiedad los americanos—en corta distancia del otro lado del río, cuando llegamos a una cañada con pequeños collados dispersos, tachonada de palmeras y cubierta de una espesa vegetación enana. Eran las doce del día y no se proyectaba ninguna sombra debido a la posición vertical del sol; pero como el follaje era en algunos puntos impenetrable, el suelo estaba salpicado de manchas de luz y sombra. Debajo de una de éstas encontramos unos viajeros acampados. Eran dos o tres caballeros del país, y sus criados que habían encendido una hoguera estaban guisando unos pollos y otros comestibles. La vecindad del río ayudaba a estas operaciones culinarias, contribuyendo también con la pureza y frescura de sus aguas a confortar a los hombres y a los animales, porque unos y otros bebían juntos libremente, justificando así la observación, en abstracto verdadera pero descortés, de que "un bebedor de agua bebe como un animal". Dos o tres personas más habían llegado allí, agregándose a la caravana; entre ellas estaba un viejo marinerero que después de servir en la armada inglesa vivió un tiempo en Sonsonate, tratando de ganarse la vida como cocinero. El pobre estaba padeciendo de una complicación de enfermedades, siendo la primera la vejez y las otras reuma, asma, cojera y no sé cuántas más. Se dirigía a la costa del Atlántico para darse unos baños de mar y someterse a un tratamiento de guaco que, según me dijo Don Simón, se consideraba como un remedio infalible en los casos en que ya no obra el mercurio. A pesar del asco que aquel hombre inspiraba, quizás le habría permitido venirse con nosotros; pero se me aseguró que tenía mala reputación y le dí una suma de dinero insignificante para deshacerme de él.

Por la tarde seguimos nuestro viaje, contemplando los pintorescos paisajes que he intentado descri-

- (1) Personajes de la mitología clásica. Vitula o es la diosa del triunfo y Lubentea la del deseo. N. del T.
- (2) En castellano en el texto.
- (3) En castellano en el texto.

bir; a las tres llegamos a una choza india, donde estaban descargando las mulas, situadas a un tiro de piedra del verde sendero por el cual caminábamos, en medio de grandes árboles umbrosos. Debajo de uno de ellos, cerca de la choza y de una pocilga, nos preparaban la comida. El pollo estaba admirablemente sazonado con chile, y comiéndolo con garbanzos (1) resultaba sabroso y saludable. Este condimento es en realidad para los naturales de América lo que el curry para los asiáticos.

En aquellos países un hombre no se rasura nunca cuando viaja. Prescinde también de hacerlo si está indispuerto, aunque sólo sea muy ligeramente. Es sin duda ventajoso no afeitarse muy a menudo cuando se viaja; los bigotes protegen mucho los labios con su sombra, evitando que se agrieten. Después de comer pedí mi estuche de viaje, porque hacía varios días que no me razuraba, y di principio a la operación con visible espanto de Don Simón, quien manifestaba con sus ademanes que era casi una locura, a la vez que mi criado y barbero Enrique lo miraba mohino como una violación de sus privilegios. Lo cierto era que debido a mi barba crecida y a la singularidad de mi traje, casi no me había reconocido y resolví saber, antes de guardar el espejo, qué clase de hombre era yo. Al terminar mi acicalamiento rural ya era tiempo de partir. Don Simón estaba ya montado a caballo y acababa de encender otro cigarro. Salimos juntos en buena armonía, porque yo también había adquirido el hábito de fumar; al principio para precaverme y después por distracción y gusto. Esta costumbre se considera sana, y en muchos lugares del país, especialmente en las bajuras pantanosas, absolutamente necesaria para preservar la salud. En Holanda, el Gobierno obliga a los soldados a fumar y durante el verano se provee de turba a los guardianes de las casas para que enciendan sus pipas. La buena salud de que gocé en mis viajes la atribuyo en gran parte a la circunstancia de haberme conformado a los usos y costumbres de los países por donde pasé; y aconsejo a todos los que viajan por la América del Sur hacer lo mismo hasta donde les sea posible.

El chirrido del insecto llamado cigarra (1) es como el del grillo; pero al brotar de las gargantas de los millares de bichos alineados a lo largo de todos los senderos, se parece al ruido del agua hirviendo. Cuando los rayos del sol están abrasando la llanura y el calor palpita en la atmósfera, esos pequeños insectos nos recuerdan, sin necesidad, que "la cosa está que hierve". Mi compañero me dijo que Esopo había escrito sobre ellos una fábula llamada La cigarra y la hormiga; (2) que mueren cantando y vulgarmente se llaman chicharras (3).

Penetramos en unos senderos en que había algunas barreras movedizas para encerrar el ganado o impedir su entrada. Estos senderos se parecen a los que conducen a las aldeas inglesas. Llegamos a un pueblo que podía tener unas 1,000 almas. Siendo así que todas las poblaciones españolas están dispuestas conforme al mismo modelo, que tan sólo varía en cuanto a la elegancia y el tamaño, aquella aldea tenía por supuesto una gran plaza. En el centro de ésta había un árbol cuyas ramas la sombreaban toda, por ser uno de los más grandes que vi en aquellos países. Unos cuantos árboles como esos resultarían muy útiles en Hounslow Heath en un día de revisia lluvioso, porque cada uno de ellos puede cobijar la mitad de un regimiento de caballería. No es necesario decir que nuestros caballos y mulas no tuvieron necesidad de otra cuadra y sobró espacio para una gran comitiva de señoras y caballeros que llegaron poco después de la capital, en viaje para el interior. Todos iban montados en mulas y algunos tenían sillas de doble asiento. Las de mujer consisten en un pequeño sillón acolchonado con una grada para poner los pies; en suma, son como una silla borriquina de las que usan las señoras en Brighton. Cuando van montadas dos personas en la misma mula, el caballero cabalga en las ancas en una silla de forma adecuada que tiene en la parte delantera una superficie plana y cuadrangular, en la cual se sienta su bella compañera con las piernas colgando de ambos lados de la bestia, o más bien sobre los cuartos delanteros de ésta. En este caso la dama no tiene grada ni estribos para descansar los pies; pero generalmente se sienta con las piernas cruzadas, confiando el mantenimiento de su equilibrio a los buenos oficios del caballero, quien, como es natural, le rodea el talle con el brazo izquierdo llevando la rienda en la mano derecha, que es la contraria, como lo saben todos mis lectores; pero teniendo la otra ocupada no puede valerse ni siquiera encender un cigarro; de modo que esta obligación corresponde—no es necesario decirlo—a su compañera. Por lo tanto, y como puede suponerse en el viaje hay un intercambio general de buenos oficios. Nunca me topé en el camino con una de estas comitivas en marcha; pero pude observar que los que cabalgan en la forma dicha parecían ser los más alegres y contentos y los que menos sentían el cansancio de la jornada, circunstancia muy difícil de apreciar, toda vez que la posición de ambos jinetes resulta muy estrecha e incómoda.

En la puerta de la choza me recibió con amable sonrisa una mujer robusta y hermosa que parecía una negra. Por la estatura era una verdadera patagónica; su larga y rizada cabellera negra, le caía hasta más abajo del cuello en tirabuzones y su vestimenta era más escasa de lo que aconseja la decencia. Tendría unos treinta años, edad que en aquellas tierras está muy lejos de ser la de la juventud, y cara lige-

- (1) En español en el texto.
- (2) En español en el texto.
- (3) En español en el texto.

ramente arrugada; pero sus dientes formaban su valladar ininterrumpido de marfil no empañado, detrás de los terraplenes de los labios abultados. Era un buen ejemplar de la mezcla de africano con indio; en su juventud debió de ser sumamente hermosa y no dudo que hubiese tenido muchos admiradores. Se mostró muy atenta y complaciente, acomodándonos lo mejor posible en su casa. Esta se componía de dos cuartos pequeños; en uno de ellos había una puerta que daba a la calle y otra al patio; el otro cuarto, contiguo al primero, se comunicaba con éste. El primero era la cocina, y por estar el segundo totalmente desprovisto de muebles, dispusimos nuestras camas en ella; pero quedó muy poco espacio en el otro extremo para guisar la cena. En esta tarea colaboraban con nuestra posadera otras dos mujeres. Una de ellas vieja estrafalaria y fea, de cara cobriza y cabello blanco; la otra una mocita pequeña y delicada, de unos diez y seis años; su tez era clara, ligeramente bronceada, y tenía el pelo ensortijado y castaño. La vieja estaba en cuclillas en el suelo delante del caldero como las brujas de Macbeth, en tanto que la joven parecía un hada ejecutando sus mandatos; y como Enrique estaba departiendo con la hostelera gigantesca en la penumbra de la choza, pensé en el Caballero de Salamanca conversando con alguna de las damas seductoras a quienes amaba.

La cena estaba lista; pero como no había una mesa, se remedió muy bien la falta con dos o tres baúles que se pusieron frente a mi cama, sirviendo ésta de asiento en que también podía reclinarme. Resultaba superior al mismo incumbunt epulis (1) de los romanos, quienes tan sólo podían adoptar una postura para comer y todos saben que lo hacían acostados. Terminada la cena mi compañero insinuó la conveniencia de proveer a nuestras necesidades del siguiente día, por cuanto era muy probable que en el sitio donde debíamos pasar no hubiese nada que comer. De consiguiente se preparó alguna cosa; pero esto fue motivo de que siguiesen las tareas culinarias durante una o dos horas, con gran molestia para nosotros; era ya más de la media noche cuando pude cerrar los ojos. Esto fue tanto más desagradable por la circunstancia de que al día siguiente salimos a las cuatro y media de la mañana, y porque aún durante el corto tiempo que pude descansar, mi sueño fue interrumpido por un incidente bastante extraño. El hecho es que al cabo de una hora de haberme quedado dormido me despertó una especie de cosquilleo en la cara, y al levantarme de un salto pude distinguir una cosa negra en la almohada. En el primer momento creí que era el gato, porque aquello parecía ronronear y tenía pelos. Le pegué con el pañuelo y lo que era se zampó en un hueco del tabique de esteras y cañas quedividía los dos cuartos, sirviendo también de cabecera a mi cama. Estaba yo pensando en qué clase de animal podía ser aquel, cuando ví que alzaban de nuevo ligeramente la estera y comprendí en el acto mi error. No era más que la cabeza de la negra que por inadvertencia se había apropiado una parte de mi almohada, puesta en contacto con la suya que estaba del otro lado del tabique movedizo. Yo no podía ofenderme por aquel extravagante tété-á-teté (2), a pesar de ser realmente una instrusión muy extraordinaria.

Anduvimos nueve leguas de un tirón hasta llegar a un caserío llamado El Oratorio, donde nos proponíamos almorzar. Confieso que yo estaba medio dormido cuando salimos y a los criados debe de haberles sucedido otro tanto, porque dejaron olvidado el almuerzo que estuvieron preparando durante toda la noche. Pasamos por una pequeña barrera que parecía de portazgo y salimos a una verde pradera sombreada por dos o tres árboles grandes debajo de los cuales descansamos consolándonos con las tortas de maíz, los tomates y otros alimentos ligeros que brindaba el lugar. A seis leguas de allí está el pueblo de Los Esclavos, a donde llegamos hacia las cinco de la tarde, pasando por un hermoso puente de cinco arcos puesto sobre un río que más parece una espumante catarata. Esa obra de arquitectura, la única que yo había visto desde mi desembarco que fuese digna de nota y un testimonio de la civilización del país, fue construida en 1792 (3) y reparada en 1810. El pueblo es un lugar infeliz, habitado principalmente por indios agricultores. En otro tiempo tuvo mucha más importancia. Además del puente, el camino, a uno y otro lado del pueblo, no sólo es bueno, sino que, según dicen, le hacen reparaciones. Tengo entendido que así es en efecto y esto constituye el hecho más notable por ser probablemente el único camino que se compone en todo el Continente suramericano.

Al salir del pueblo, en dirección de la capital, se sube una cuesta que tiene cerca de una milla y media de largo, algo tortuosa, con zanjas a uno y otro lado para que discurran las aguas y preteles de cal y canto con barandas. Aquello tenía un aspecto enteramente europeo y sólo faltaba ver bajar la cuesta chirriando la Brighton Rocket o la Birmingham Ballom, a la velocidad de diez y siete millas por hora, para convencerse de que se trataba de un verdadero trecho de macadamización. Vinc a aumentar mis ilusiones el encuentro de dos deportistas que vestían cazadoras y portaban escopetas, los cuales estaban pasando por encima de la baranda para tomar el camino. Venían acompañados de un muchacho cargado con un venadito que acababan de matar y que, por supuesto, nosotros tratamos de adquirir, acostumbrados como estábamos a vivir principalmente de lo que nos deparaba la suerte; pero nuestra proposición fue rechazada con grosería y se llevaron el animal con bastante ordinario. Habíamos tropezado sin duda con el señor del lugar y sus guardabosques.

(1) En latín en el texto.

(2) En francés en el texto.

(3) Léase 1592. N. del T.

CAPITULO 9

DOS PALABRAS ACERCA DEL PUEBLO DE JUAQUINQUINUILAPA. — LLEGO A LA CAPITAL.

Para no hablar más del chasco que nos llevamos, diré que al llegar a Juaquiquinuilapa tomamos posesión de una casa grande y deshabitada en un costado de la plaza. Tenía al frente una ancha galería con tres gradas que iban de un extremo a otro. Detrás estaba una sala del mismo largo y de la mitad del ancho, que podía ser de unos quince pies. Era una especie de casa consistorial y servía de albergue a los viajeros. En ese pueblo los hombres usan unos calzones blancos y cortos, con el aditamento de una especie de bolsa que cuelga por detrás hasta más abajo de las corvas, como si fuere un capirote puesto en un par de canzoncillos. Esa prenda de vestir no parece ser ni cómoda ni vistosa; sin embargo, los habitantes se ufanaban mucho de ella, llamándola Calzón rajado (1), que es su nombre español; pero los indios le dan el de bombachos (2) cuyo significado no pude averiguar. La distancia entre Los Esclavos y Juaquiquinuilapa es de siete leguas, y el viajero puede recordarla por el número de sílabas que forman el nombre del pueblo, que son ocho, restando por supuesto, una en razón de su longitud.

No obstante que habíamos caminado veintidós leguas el día anterior, mi compañero estaba ya de pie y agitado a las cuatro de la mañana. Yo me sentía realmente muy agradecido con él por las molestias que se tomó durante todo el viaje: pero aun cuando me creía casi obligado a someterme a sus mandatos en todo lo relativo al asunto, tenía deseos de dormir un rato más después de haberme llamado. No pude conseguirlo a causa de la bulla que hacían al sacar el equipaje de la galería exterior, de los gritos de los peones que estaban enjaezando las mulas (algunos de los cuales opinaban tal vez como yo, que no habían descansado lo bastante), y por último —sin que éste fuera el menor de los motivos— por la evidente aunque disimulada impaciencia de D. Simón ante mi pereza. Andaba de un lado para otro del cuarto con paso firme, y aire de tener mucha prisa, sin cigarro en la boca, unas veces silbando y otras tarareando alguna estrofa de sus tonadas favoritas. Acabada yo de tomar la resolución de levantarme, no obstante estar en apariencia profundamente dormido, cuando al pasar él junto a mi cama acertó por casualidad, a enredarse en mis mantas, y como iba muy de prisa se las llevó todas. Se disponía a darme excusas, pero yo, le dije que no era necesario, porque ya tenía resuelto levantarme. Pareció alegrarse de la coincidencia fortuita, y metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó su petaca, escogió con los instrumentos que siempre traía colgados dos, y me lo ofreció a la vez que encendía lumbre de uno de los puros (3) más lisos y mejor arrollados del cuello con un cordón de seda. Consistían en un trozo de corteza reseca y peculiar del país, envuelto en el cordón mencionado que terminaba en una caja de plata en forma de cordero, la cual contenía un pedazo de pedernal y otro de acero bien ajustados al aparato. Al recordar la cólera que yo estaba seguro de haberle causado y viendo ahora la complacencia con que ejecutaba al operación no pude dejar de lanzarle el siguiente apóstrofe:

—Está usted esclavizado a un cordero que encierra ira como contiene lumbre el pedernal que a fuerza de golpes despidе una chispa fugaz y en el acto se vuelve a enfriar.

Aquella era la última jornada de nuestro viaje a la capital de Guatemala, y a medida que nos íbamos acercando sentía a cada paso nuevos alientos y nuevas fuerzas. Lo que yo había ambicionado en todos los momentos de reflexión de que pude disponer en México, estaba a punto de realizarse. Pronto iba a entrar en la capital de un país, no sólo ignorado de los europeos, sino también muy poco conocido de los mismos suramericanos. Mi amigo D. Juan de Mayorga me había asegurado que el Presidente y las autoridades me recibirían con cariño y atención, y tenía la grata perspectiva de poder justificar tal vez la importancia de mi comisión y de ser el modesto instrumento que sirviese para establecer, entre Guatemala y la Gran Bretaña, las mismas relaciones que acababan de establecerse entre la última de estas naciones y México. Cuando el corazón está alegre hay pocas cosas que no pueda encontrar motivos de regocijo; porque la esperanza encierra la levadura que corona la excitación del momento, a la vez que suaviza, fortalece y perfuma las promesas del porvenir.

Sumido en estas reflexiones dejé atrás una piara de cerdos, la mayor que he visto en cuanto al número, pero la más pequeña por lo que hace al tamaño de los animales. Estos eran de la raza china de ancas angostas, sumamente estrechos de lomos y rabos, o, como dice Shakespeare, con "jamones maravillosamente delgados", muy escasos de trasero y largos de hocico; pero se veían limpios y sanos y estaban destinados al mercado de la metrópoli donde hay mucho consumo de su carne, porque la de carnero se emplea tan sólo como una golosina en los días de fiesta. A este animal lo reservan a causa de la lana, y por este motivo el cerdo tiene que tomar su lugar en el matadero. La aversión de las

(1) En castellano en el texto.

(2) En español en el texto.

(3) En español en el texto.

gentes por el judaísmo puede haber influido en esta afición a la carne de cerdo, en el sentido inverso del adagio según el cual, "quien bien quiere a Beltrán, quiere a su can"; porque así como les gusta muchísimo el cerdo, abominan cordialmente al judío.

Al llegar a Los Arcos, una hacienda (1) que está a siete leguas de la capital, divisamos las tres grandes montañas situadas en triángulos. Mirándolas desde aquel sitio, las dos más cercanas a nosotros formaban la base y la otra el vértice. Anduvimos tres leguas más y llegamos a un pueblecito después de subir por la falta de un cerro alto y escarpado, que en muchos países considerarían como una montaña, y nos detuvimos para descansar en una pobre choza. Aquel lugar se llama Frayjanes y de él tan sólo recuerdo que almorzamos y dormimos la siesta debajo de un árbol frente a la choza y que había muchos niños sucios y algunos cochinitos.

A partir de aquel lugar el país iba tomando el aspecto de haber llegado a cierto grado considerable de civilización. Portillos y cercas manifestaban la división y el aprecio de la propiedad. Al acercarnos todavía más a la capital, pasamos por delante de algunas quintas pequeñas, con jardines y rodeadas de tapiécitas, en que había tierras cultivadas de cochinilla. Eran cerca de las cuatro de la tarde, el aire estaba fresco y fragante, pareciéndose el clima al de Inglaterra en un claro día de principios de junio. El camino subía unas veces y bajaba otras; el césped verde y tierno parecía brotar debajo de nuestros pies a medida que avanzábamos. Al frente estaba la ciudad con sus cúpulas y campanarios que brillaban al sol. Parecía más grande de lo que realmente es, por el esparcimiento de la sombra entre los follajes de los hermosos árboles que por todas partes la cortaban y la rodeaban. A la derecha habían arboledas llenas de sombra, laderas cultivadas y colinas que se alzaban unas sobre otras en tamaño progresivo hasta llegar a formar sus cimas, por decirlo así, la base de la faja de color gris pálido que marcaba los lejanos perfiles de los Andes. A mano izquierda el país se extendía en una serie de altiplanicies y valles, formados por atrevidas ondulaciones, terminando en las tres montañas cubiertas de follajes hasta la cúspide, que parecían guerreros gigantes, erguidos sobre la multitud de pigmeos que los rodeaban. La vista era tan bella y tan interesante que me quedé atrás y me detuve para contemplarla solo, y a mis anchas.

Al recoger las riendas para seguir mi camino, vi un cervatillo retozando en una ladera, a diez yardas de donde yo estaba. Hería el suelo con la pesuña, avanzaba, se paraba en seco, brincaba, se paraba otra vez de golpe, mirándome fijamente. Yo había sacado maquinalmente una de mis pistolas, amartillándola mientras observaba aquellas maniobras. El animalito seguía mirándome con sus ojazos negros confiados, a la vez que levantaba la naricilla negra y lustrosa en un gesto de insolente provocación. Golpeé otra vez el suelo con la pesuña, como retándome, dio otra salto y salió cual una flecha. "¡Qué tonto he sido! —pensé— ¿Por qué no haber tirado del gatillo?" Hínqué las espuelas a mi caballito, el cual no necesitaba nunca de ese estímulo, y en un periquete di alcance a mis compañeros. El animal siguió caminando impaciente y alegre hasta que dejamos atrás la plaza de toros, situada a una milla más o menos de la ciudad; pero en cuanto entramos en ésta empezó a flaquearle el ánimo del modo más extraño; parecía haber perdido en un instante las fuerzas y la energía; ni el látigo ni la espuela podían hacerlo andar a un paso moderado; avanzaba tambaleándose por la calle que conducía a la casa a donde nos dirigíamos, y al echar yo pie a tierra en el patio, estuvo a punto de caer. Lo sentí por el pobre animal, porque me había llevado felizmente a mi destino.

El ex Secretario Mr. Canning, en su carta del 3 de enero de 1825 dirigida a Mr. Morier, me daba instrucciones de seguir para Guatemala después de la firma del tratado mexicano, a fin de hacer una investigación sobre "el estado de su gobierno político y el carácter del pueblo; sus recursos financieros, militares, comerciales y territoriales; el número de habitantes, el de sus poblaciones y la riqueza de éstas; sus principales medios de comunicación internos y externos", "debiéndome dar un informe sobre estos puntos y los demás acerca de los cuales me fuera posible obtener datos relativos a Guatemala y que tuviesen interés para el Gobierno de Su Majestad". Estuve meditando sobre la importancia de estos asuntos mientras almorzaba con la familia respetable en cuya casa me había hospedado y de la cual tendré ocasión de hablar más largamente. Yo había tratado de alquilar una casa; pero viendo que no era posible conseguir una buena sin tomarla por tiempo fijo y aun así, sin adelantar 6,000 pesos por el traspaso (2) (depósito reembolsable por el el siguiente inquilino), renuncié a la idea, fijando mi domicilio en casa de la mencionada familia. El Cónsul de los Estados Unidos de Norteamérica, el cual había llegado dos meses antes, no fue tan afortunado como yo. No había en la ciudad ni una hostería ni un mesón. Se encontraba sentado en la plaza mayor con su equipaje cuando le fue ofrecida la hospitalidad de un mercador del país, un caballero respetable de apellido Castro que lo vio en aquella situación. Esto me convenció de que lo hecho por mí estaba bien. Creo justo decir que se trató de la manera más hospitalaria y que no tuve motivos para arrepentirme de mi resolución.

(1) En español en el texto.

(2) En español en el texto.

CAPITULO 10

MI ENTREVISTA CON EL PRESIDENTE. — LOS MIEMBROS DEL CONGRESO. — EL ARZOBISPO. — SITUACION DE LA IGLESIA.

Por la mañana del siguiente día, 18 de mayo visité a D. Marcial Zebadúa, Ministro de Relaciones Exteriores, según tenía entendido. Este caballero lleva cerca de dos años de vivir en Inglaterra en calidad de Ministro de la República. Al hablar con él supe que poco antes había renunciado en favor de D. José de Sosa, a quien me presentó. Después nos fuimos todos juntos a ver al Presidente. La forma en que me recibió Su Excelencia superó en mucho las mayores esperanzas que yo había concebido al respecto. Mi carácter oficial no podía definirse estrictamente. No llevaba credenciales, y no obstante ser comisionado para investigar, me faltaba en mis pretensiones oficiales el apoyo de un nombramiento de Ministro como lo tenían los comisionados que fueron a México, carácter que debían asumir individualmente cuando el caso lo requiriese. Ante el Presidente no contaba yo con más títulos que los que había podido adquirir con mi conducta en México. Explicué a Su Excelencia el objeto y los motivos de mi viaje y lo que yo me había interesado en los asuntos de la República Central; los informes que acerca de ella había transmitido de tiempo en tiempo al Gobierno de Su Majestad, y lo grato que me sería poder informar favorablemente sobre el estado actual de su regeneración política. El Presidente correspondió en un todo a esta franqueza. Me dijo que el celo que yo había desplegado en favor de la causa de la Independencia era tan conocido en Guatemala como en México; que él había pensado en la probabilidad de mi comisión desde muchos meses antes de que se hiciera pública en la última capital; y después de muchas observaciones de índole amable y cortés, dijo que en el curso de mis futuras relaciones con él en Guatemala, debía considerarlo con el doble carácter de Presidente de la República y —empleando sus mismas palabras— de “Manuel de Arce, su amigo” (1). Mr. Bailey, agente de la Casa Barclay and Co., me presentó el mismo día al marqués de Ayclena y a algunas otras familias de influencia y distinción. Al siguiente día fui al Congreso que estaba en sesión; la mayor parte de sus miembros me fueron presentados sucesivamente, y Mr. Barclay, que residía en el país desde hacía largo tiempo, tuvo la bondad de indicarme los que se consideraban más ilustrados y competentes para ayudarme a obtener los datos a que se referían mis investigaciones oficiales. No pude dejar de notar el buen aspecto de muchos de los miembros del Congreso, bien vestidos a la moda inglesa. Uno de ellos, un joven que llevaba un gabán de paño, forrado de muy buenas pieles y adornado con alamares, parecía interesarse mucho en el examen de mi traje, que estaba lejos de ser correcto. Me había puesto un frac azul con forros de color amarillo canario y no necesito decir que de ningún modo es esta una prenda para llevarla de día; pero el caso era que no tenía otra, por haberseme mojado y echado a perder todo mi equipaje en Sonsonate. Me alegré de verme libre de la mirada escrutadora de aquel fiscal de la indumentaria guatemalteca.

Al regreso pasé a la Aduana (2) para preguntar por mi equipaje. Don Nicolás Rivera, el Administrador, me dijo que el Ministerio de Relaciones Exteriores le había enviado ya un permiso para que entrase en franquicia. La Aduana es un gran edificio cuadrado, con sótanos para el depósito de las mercaderías. El patio estaba lleno de fardos de cochinilla, índigo, cueros y otros artículos. El en comercio de aquella pequeña República había una solidez y una actividad evidentes que daban gratas esperanzas acerca de su aumento, o, como dicen los franceses, de su destino futuro. En la larga habitación, si es que así puedo llamarla, sólo estaban seis funcionarios, “todos activamente ocupados” (como dirían las juntas británicas de comisionados en sus notas oficiales a la Tesorería), y podía haber igual número en otras partes del Establecimiento.

Durante el día vino a visitarme el padre Castilla (3) uno de los miembros más influyentes del Congreso, en nombre del Arzobispo Casaus, de quien me trajo una fina invitación para alojarme en su palacio. Yo tenía dos cartas de presentación para Su Señoría; pero tomando su ofrecimiento en la acepción corriente del vocablo, la decliné cortésmente; pero fui a visitarle al siguiente día y le entregué personalmente mis cartas. Me enteré de que conocía a muchas de las personas con quienes yo me había relacionados en México, pertenecientes en su mayor parte a las más respetables de las antiguas familias españolas y entre las cuales había algunas cuya fidelidad a los nuevos sistemas de gobierno me inspiraba bastantes dudas. Como yo no conocía en aquel entonces las ideas políticas del Arzobispo y pensaba que de todos modos me convenía más estar libre e independiente durante mi permanencia en la capital, rehusé de nuevo su invitación para hospedarme en su casa; pero me fue un poco difícil hacerlo, porque me aseguró con una bondad que revelaba su semblante (es un hombre de cincuenta años y de muy buena presencia), que no me hacía el ofrecimiento en el sentido español, sino de verdad y sinceramente.

(1) texto dice Juan de Arce por error. N. del T.

(2) En español en el texto.

(3) El texto dice Castillo por error. N. del T.

—Venga usted por aquí —me dijo, abriendo una puerta de dos hojas que daba paso a otra serie de habitaciones.— Voy a mostrarle sus cuartos

Los recorrí con él. Eran hermosos y cómodos pero yo creí deber rehusar otra vez su amable ofrecimiento. Sin embargo, para decir verdad, me fue difícil; porque ninguno que haya hecho una invitación con temor de que le fuera aceptada, se ha sentido tan apurado como yo al rehusar la que sinceramente me hacía aquel hombre bueno y generoso.

No tardé en ponerme al corriente de la historia y del carácter de D. Ramón Casaus. Es hombre de modales atractivos y vigoroso, física e intelectualmente. Me dijo que había creído de su deber oponerse al principio a las medidas tomadas por el partido de la Independencia, por ser subversivas de los principios del gobierno que él estaba obligado a sostener y que protegía su autoridad; pero que a medida que fue ganando terreno la opinión pública y al ver que la mayoría del pueblo quería a todo trance un gobierno independiente, fue inducido a relajar su oposición, después a impedir el derramamiento de sangre que, como es natural, habría habido en un conflicto interno de esta naturaleza, y a dar su apoyo firme y decidido al nuevo Gobierno. Antes había sido fraile, pero ahora es el representante del clero secular y sus opiniones las siguen y apoyan con su influencia los eclesiásticos más competentes. No hay la misma certeza de que todas las corporaciones religiosas sean tan favorables, como tales, al nuevo orden de cosas. Me siento realmente muy inclinado a ponerlo en duda, no obstante que se muestran contentas, hablan con imparcialidad y no se atreven a dar públicamente muestras de oposición, de palabra ni de obra. Acerca de permitir el ejercicio del culto protestante, Su Señoría me dio a entender que no podía haber objeción en cuanto al culto privado; que la Constitución de Guatemala era tan liberal como era posible, dadas las circunstancias: que el artículo referente a la religión era de carácter mucho más general que el de la de México tocante al mismo asunto: porque este último dice: "Título 1º Artículo 3º — La religión de la nación mexicana es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana; la nación la protege con sabias y justas leyes y prohíbe el ejercicio de cualquier otra", en tanto que el texto de la Constitución guatemalteca es como sigue: "Título 2º, Artículo 11. — Su religión es la católica, apostólica, romana, con exclusión del ejercicio público de cualquier otra".

A pesar de ser éste el sentimiento de la primera autoridad y tal vez de la mayor parte de las inferiores en jerarquía, es de temer que cualquier perturbación introducida en la esfera del culto divino, no, en forma que difiera de la acostumbrada hasta aquí en la comunidad, podría tener muy malas consecuencias. No se debe ocultar que el pueblo, especialmente el de las clases más bajas, se muestra sumamente quisquilloso en cuanto a las prácticas de su religión y celebra sus ceremonias tal vez con más estricta puntualidad y mayor ostentación que el de cualquier otro país de los antiguos dominios españoles; pero es a la vez tan bondadoso y pacífico que nada podría provocar su oposición, como no fuese una violencia directa contra sus sentimientos religiosos. De aquí se sigue que entre los numerosos extranjeros que habían visitado la capital en los doce meses anteriores a mi llegada (es más, se supone que en los últimos tres siglos), ninguno de ellos, que yo sepa, ha sido interrogado o desairado en ninguna forma, por motivo de profesar una religión cuyos dogmas difieren de los de la establecida en el país.

Agrego algunas observaciones sobre la situación de la Iglesia, traducidas de un breve informe que me suministró el Canónigo Castilla. Tengo toda clase de razones para creerlo fidedigno, fundándome en pruebas que lo confirman.

En la República de Centro-América hay 300 parroquias, muchas de las cuales comprenden desde dos hasta cuatro pueblos; cada cual tiene su Cura y se puede calcular que uno con otro reciben un estipendio anual de 1,500 pesos o sean £300 cada uno. En Guatemala, hay actualmente una catedral que tiene Obispos y Canónigos.

OBISPOS SUFRAGANEOS

En León de Nicaragua, hay una Catedral, un Obispo y Canónigos.

En Comayagua, una Catedral, un Obispo y Canónigos.

En Ciudad Real, una Catedral, un Obispo y Canónigos.

Y se agita la cuestión de erigir dos obispados: uno en San Salvador y otra en Costa Rica.

Los comunidades religiosas pertenecen a las órdenes de San Francisco, Santo Domingo (muy rica),

San Agustín, San Felipe Neri, Belén (con un hospital), Nuestra Señora de la Merced y de la Reforma y San Pedro de Alcántara.

Estos grandes conventos de la capital tienen otros más pequeños en las demás ciudades y pueblos de la República, y en totalidad puede haber en ellos unos 300 religiosos. Cada convento mantiene una escuela gratuita para los pobres, en la cual se enseña a leer, escribir y contar, así como los

principios de la religión y de la moral. En algunos distritos los religiosos son Curas de almas y muy queridos de los naturales, a los cuales enseñan muchas artes útiles además de las industriales y agrícolas. Ejercen bastante influencia en lo tocante al Gobierno y son ciudadanos muy ordenados. En la capital hay a lo sumo ocho conventos de monjas que viven de sus rentas y tienen escuelas para la enseñanza de las niñas. Llevan una vida muy arreglada. Las iglesias de la capital son treinta, sus ornamentos de los más costosos, su construcción es magnífica y despliegan con prodigalidad gran pompa y esplendor en sus respectivas funciones religiosas. Es evidente que en la República los gastos del culto alcanzan al doble de los del gobierno. Por lo anterior se verá que el Clero es una rama de no poca importancia en la institución política de Guatemala. Parece existir una muy amistosa armonía entre el clero y el gobierno y lo mismo en los miembros de aquél entre sí, con excepción, sin embargo, de algunas dificultades que han surgido con motivo del nombramiento de un Obispo en San Salvador. El pueblo de este Estado, considerando necesaria la creación de una Sede Episcopal, nombró para desempeñarla al Padre Delgado, sin el consentimiento del Arzobispo.

Habiendo denegado éste su sanción, rehusando consagrarlo, el asunto fue sometido al Cabildo Eclesiástico, el cual informó que el nombramiento era ilegal. Discutido el asunto en el Congreso, se resolvió que debía esperarse la decisión de la Sede Pontificia, solicitada por medio de la legislación que se envió a Roma desde México.

Los sentimientos del Papa, en lo que atañe a la importante cuestión general de la independencia de los nuevos Estados, habían sido muy favorables hasta la publicación de la encíclica del 24 de septiembre de 1824. De la bula dirigida por Pío VII al Obispo de Colombia, el 7 de septiembre, de 1823, tomamos lo siguiente:

“Estamos en verdad muy lejos de querer mezclarnos en los asuntos relativos al estado político de la cosa pública; pero considerando tan sólo la causa de la religión y las cosas que pertenecen a nuestro ministerio, deploramos amargamente las crueles heridas infligidas a la Iglesia en España, a la vez que tenemos el mayor afán de proveer a las necesidades de los fieles en esas regiones de América; y por consiguiente anhelamos conocerlas íntimamente”.

De una carta posterior del Papa León XII, dirigida al mismo Obispo de Colombia, resulta que tenía las mismas ideas de su predecesor, y que en lo concerniente a los asuntos espirituales estaba listo a tratar con el clero de dicha República como si dependiese todavía de España. Y la cosa sigue en el mismo estado.

CAPITULO 11

LA FAMILIA DE DOÑA VICENTA. — FIESTAS EN AMATITLAN

Sábado, 21.—La familia en cuya casa me alojé se componía de doña Vicente Cuéllar y Rascón y de su hija María Jesús, la cual podía tener unos veinticinco años y era la mayor de una numerosa prole. Don José de Padilla, padre de la interesante familia de Aguachapa, estaba viviendo con ellas. La casa era grande, pero incómoda, y sus muebles muy mediocres; la habían alquilado para la season guatemalteca.

Entre las muchas fiestecitas que había a la sazón, celebraban una en una linda y lejana aldehuela, a unas veinte millas de la ciudad y en el camino que conduce al Mar del Sur. Todas las gentes elegantes se estaban alistando para tomar parte en aquella diversión rural, y habiéndoseme invitado a incorporarme a la comitiva de mi amable hospedadora, monté en mi caballito, ya perfectamente reposito y me puse en camino con los demás. La señorita de nuestra comitiva iba montada en una jaca, acompañándola un señor a caballo, que se mostraba muy solícito con ella; porque además de sus atractivos personales era muy rica y había tenido muchas proposiciones de matrimonio que hasta ese momento había rehusado. A su madre la llevaban en una hamaca colgada de una fuerte vara sostenida por cuatro indios, yendo otros cuatro para remudarlos. En otro vehículo igual iba D. José de Padilla. Luego venían tres o cuatro criados, montados en jacas o en mulas, y algunas acémilas con camas, utensilios de cocina, baúles, comestibles y otros requisitos. Como al mismo tiempo que nosotros iban saliendo de la ciudad otras comitivas igualmente equipadas y aperadas, el espectáculo era muy original y grotesco. La clara y hermosa serenidad del clima los paisajes encantadores de los contornos, la variedad agradable del camino hicieron que el viaje fuese para mí muy interesante y divertido.

Hacia las once habíamos llegado a un pueblecillo que llaman Villa Nueva, muy infeliz. La casa principal sirvió de lugar de descanso para todos. Como de costumbre no tenía más que dos cuartos y éstos se llenaron de de tal modo que casi nos afixiábamos. El patio estaba tan repleto también de mulas y equipajes de las diversas comitivas que se habían detenido para descansar, que muchos de los viajeros fueron a reunirse bajo los setos y árboles de la callejuela en que estaba situada la venta. Anduvimos por el pueblo y encontramos en un gran cortijo que lindaba con el patio de la iglesia. Vi-

mos allí una señora que estaba postrada en cama desde hacía varios meses a consecuencia de un mal parto. No pude entender bien los motivos de su enfermedad, pero la pobre mujer estaba horriblemente pálida y demacrada, y a juzgar por la clase de remedios que le daban los que la asistían, habían muy pocas probabilidades de que se curase. No se quiénes fuesen esos asistentes, pero temo que la medicina y la cirugía estén tan atrasadas en la capital como en todo el país. Habiendo despachado el almuerzo (que estaba muy bueno, dicho sea de paso), en galería exterior de la casa, nos acostamos a dormir la siesta. Doña Vicenta y D. José prefirieron hacerlo en sus hamacas que se colgaron en la galería, y como había dos camas en el cuarto adyacente, las ocupamos la señorita y yo.

A medida que nos acercábamos al pueblo de Amatlán el paisaje era cada vez más interesante. Desde la cima de una gran cuesta a donde llegaron nuestras bestias con mucho trabajo, las vistas eran encantadoras y terroríficas, como los hechizos de una linda mujer demente. A la derecha se erguían abruptas las montañas, surgiendo de los valles profundamente enclavados a sus pies. Por un lado había matorrales suspendidos sobre barrancas escarpadas que parecían no tener fondo desde donde las mirábamos; por otro, terrenos cultivados con esmero y cubiertos de risueñas cosechas. A la izquierda el panorama era más sorprendente aún. Parecía como si en medio de sus más felices trabajos, la Naturaleza hubiese abandonado caprichosamente su labor, prodigando materiales tan escogidos como abundantes.

Amatlán, el pueblo a donde nos encaminábamos, está situado en medio de bosques de exuberante verdor. Sus casas con techos de tejas coloradas despertaban ideas de paz doméstica y confort social, realizando el efecto apacible del paisaje. Dominándolo todo, una montaña muy alta y cubierta de bosques proyectaba una parte de su sombra sobre el lago que yace a sus pies. Bajar por el bosque parecía difícil y tal vez imposible, a no ser por la reflexión de que a menudo lo hacía notros. A medida que íbamos bajando nos acercábamos cada vez más al objeto que perseguíamos, y al revés de lo que sucede con la mayor parte de los objetos que persiguen los hombres, cuando lo hubimos alcanzado lo encontramos más interesante. Al pie de la cuesta había una especie de casa de espera o de reunión para los que suben o bajan aquel precipicio aterrador. Los que suben hacen bien en proveerse de algo que les permita afrontar las dificultades de la ascensión, y los que han corrido los peligros de la bajada merecen alguna recompensa.

Entramos en el pueblo a eso de las seis de la tarde, alojándonos en una casa que no puede decir hubiese sido preparada para recibirnos. Constaba por supuesto de dos cuartos; el uno tenía alrededor de veinte pies de largo —cerca de las tres cuartas partes de la extensión del edificio— y el otro, colocado en ángulo recto al final del mismo, medía unos quince pies de largo por ocho de ancho. Este último se comunicaba con el más grande por un marco de puerta y formaba el ala izquierda o extremidad de la casa. Detrás de ésta había tres o cuatro chozas repletas de hombres, mujeres y niños. Como no tenían más que un cuarto y una cocina, yo me preguntaba dónde iban a dormir todos; pero la manera como nos acomodamos nosotros no tardó en darme la solución de la dificultad. Dicen que nuestro modo de comer, beber y dormir no es natural; pero allí se hacían estas cosas en la forma más sencilla y por lo tanto más natural que me ha sido dado ver. En el cuarto en que yo dormí se prepararon las camas de cinco caballeros, y tres más para las señoras en la habitación contigua, amén de las criadas que durmieron en el piso de esta última.

En la comida, la mesa estaba profusamente cubierta de manjares exquisitos. Los caballeros se mostraron muy sobrios; dos o tres copas de vino fue todo lo que bebieron; pero antes de que alzarán los manteles se entregaron a los placeres del cigarro. Un glotón podría haber dicho, como aquel personaje de un drama antiguo: "Todas nuestras alegrías terminan en humo", pero a mis compañeros se aplicaban las palabras del poeta: "Nunca termina; siempre está empezando". No había concluido nuestro esparcimiento cuando se nos invitó especialmente para un baile. Me alarmé un poco por no tener un traje a propósito para el caso, pues iba vestido de una chaqueta de cachemira con bordados y galones, ta la mexicana, de un chaleco blanco y pantalones, y dudaba de que mi chino, gran enemigo de las ropas superfluas, hubiese puesto en mi equipaje lo que los sastres llaman un "frac de etiqueta": (1), pero mis especulaciones cesaron en cuanto manifesté las dudas que tenía sobre la corrección de mi traje. Se me aseguró que se trataba de una fiesta sans cérémonie (2), y sin pedir el coche, porque el baile era a menos de cien yardas de la casa, nos fuimos todos a pie. La música había atraído a la puerta de la casa en que se daba el baile a los desocupados del lugar y a los forasteros que habían

(1) En aquella época, el frac no era como ahora un vestido exclusivamente negro y de etiqueta. Se usaba también como traje de calle; pero los que se estilaban por la noche eran por lo general de colores más claros. N. del T.

(2) En francés en el texto.

venido con motivo de las fiestas. Tuvimos mucha dificultad para poder entrar. Había tres filas de bancos a lo largo de las paredes de tres de los costados de la habitación y en el otro, mesas cubiertas de frutas, pasteles, vinos y eau de vie. (1).

Me sorprendió la rusticidad del lugar en que se celebraba la fiesta y mucho más el ramillete de lindas mujeres que allí estaban. Yo había visto las más ricas y soberbias reuniones de que México puede hacer alarde; pero en aquel sitio aparecieron ante mis ojos, de sopetón, por decirlo así, selecciones de todas las más bellas que ví en dicha metrópoli. Cierta es que las damas mexicanas me habían hablado ya de la belleza de las guatemaltecas, y mientras procuraba estimar filosóficamente la superioridad de las últimas, tomando en cuenta los efectos de una atmósfera húmeda, de una altiplanicie seis mil pies más baja que la del valle de México (2) y algunas otras proposiciones que, como dice un antiguo autor, "se deben examinar debidamente para formar un juicio acertado y exacto sobre el asunto"; me preguntaron si quería bailar. No se bailaba más que el vals y debo decir que con gran delicadeza y elegancia. Las figuras y posturas eran aun más variadas numerosas que las que yo había visto en México. Había allí algunas de las familias más nobles del país y dos o tres de los ministros. De suerte que anoté la reunión como una sucursal transatlántica de Almack's (3).

Tuve la honra de ser presentado a D. José de Beteta, Ministro de Hacienda. Estaba desempeñando el papel de mirón, personaje más necesario en una sala de baile de lo que el mundo se imagina; porque apiñados como suelen estar los mirones cerca de los danzantes, sirven de blando para ocultar las pifias de los torpes y los tímidos, y excitan con sus miradas los esfuerzos de los que bailan para que los vean, con mal disimulada confianza en sus pretensiones. En aquella ocasión no faltaban ni la confianza ni las pretensiones. La música se componía de ocho guitarras tañidas con maravilloso resultado; porque los músicos ejecutaban diferentes partes y a veces parecían haberse olvidado casi de que estaban tocando la misma pieza, tan notorias eran las variaciones de cada cual; pero el efecto era delicioso y muy notable la precisión con que llevaban el compás, si se considera que iban por distintos caminos. Tan sólo era comparable al armonioso sistema seguido por los conductores de nuestras diligencias inglesas, los cuales, aunque viajan en diferentes direcciones, regresan todos a sus casas a la hora precisa, sin cuidarse de los compases que marcan sus relojes de patente, ni de los que miden sus directores de orquesta, ni de los que ellos mismos tienen qué contar por separados.

El espectáculo era todo vida y alegría. Unas treinta parejas las que podían caber en el cuarto— giraban con garbo en torno de él, impelidas por lo que Newton llama —no obstante ser un filósofo y no saber nada de valsar— "la razón de sus fuerzas centrífugas y la respectiva influencia de sus atracciones". En la puerta de la calle se apiñaba un grupo abigarrado de forasteros que habían venido a las fiestas y tenían bastante paciencia para mirar lo que hacían sus superiores, pero demasiada modestia o timidez para seguir su ejemplo. Dos o tres filas delanteras de esta "clase observadora de la comunidad", como dice Washington Irving, estaban en cucullas frente a la puerta formando un semicírculo; en seguida había niños que apenas podían ver por encima de las cabezas; a continuación algunos grandes y detrás de ellos, alzándose de puntillas, otros mayores todavía. La insuficiencia de sus trajes y su exposición a la corriente de aire que se engolfaba en la puerta para igualar la temperatura del cuarto recalentado, me hicieron recordar una de esas exhibiciones botánicas de flores flamencas en el mes de marzo, a las cuales sobreviven pocas; y me pareció que aquella inocente asamblea, presa de la curiosidad, iba a tener su recompensa, aunque sólo fuese en forma de un catarro. Me puse a conversar con D. José de Beteta. Era (porque tengo el pesar de decir que ya murió), un hombre que gozaba de una intachable reputación de integridad. Sus aptitudes, aunque no de primer orden, eran estimables y a propósito para el cargo oficial que desempeñaba. Me prometió un informe sobre el estado de las rentas y finanzas del país, y yo me tomé la libertad de indicarle algunos puntos acerca del plan y del contenido del documento que se tenía en mira. Durante el resto del tiempo los danzantes fueron el objeto de mis reflexiones. Todo terminó hacia las once y al cabo de media hora reinaba un silencio sepulcral en todo el pueblo de Amatlán. Estaba yo a punto de quedarme dormido cuando oí una música lejana. Al pronto me pareció que eran las vibraciones armónicas que conserva el oído después de un baile y que al igual de todo lo que es de adquisición dudosa resultan muy molestas; pero la música se fué haciendo más perceptible y por último se detuvo frente a nuestra casa, donde siguió tocando durante una hora. Consistía en dos guitarras y un violín, y de la peculiaridad de algunas notas deduje que los ejecutantes eran caballeros aficionados. Resultó ser así. Estaban dando una serenata a la peque-

(1) En francés en el texto. Aguardiente.

(2) La diferencia de altura entre los valles de México y Guatemala es mucho menor. N. del T.

(3) Almack's, famoso club de baile, muy aristocrático y regido por damas encopetadas, que existió en Londres desde 1765 hasta 1863. N. del T.

ña y amable señorita de ojos negros, hija de nuestra hospedadora, y pude oírla rebulléndose en su cuarto y agradecer la galantería mediante una breve charla con su Lotario en la reja de la ventana.

CAPITULO 12

SIGUEN LAS FIESTAS — REGRESO A LA CAPITAL.

Domingo, 22 de Mayo. — Hace hoy un mes que salí de San Cosme. En tan corto período he visto muchas cosas divertidas y extrañas por cierto. Mi viaje a la costa fue de una rapidez insólita, según tengo entendido, y las gentes apenas podían creer que yo hubiese logrado llegar al corazón de su país en tan poco tiempo, porque la desgracia de los viajeros en aquellas tierras es tener que aguardar que se presente un medio de transporte. No es lo corriente ser recogido en el momento de llegar a la costa por una fragata británica, para llevarlo a uno a su destino. He dicho que era un domingo por la mañana. A las cinco tocaban las campanas a misa. Me levanté temprano, encontrando la plaza atestada de gentes que venían de todas partes para cumplir con sus deberes religiosos. La iglesia es grande, cómoda y puede contener ampliamente de 400 a 500 personas. Diversas congregaciones la llenaron sucesivamente hasta las once, hora en que fueron cerradas las puertas. Toda la plaza se había convertido entonces en una feria; por todas partes habían colocado barracas y mesas y en ellas estaban expuestas, como al azar, las diversas mercaderías traídas por los tenderos de la capital. Grupos de éstos guisaban su comida, al modo de los gitanos, debajo del árbol que ocupaba por supuesto el centro de la plaza; otros se paseaban en las lindas y umbrosas callejuelas que se extendían en todas direcciones o estaban sentados en alegres grupos en las ventanas y puertas de sus estrechas viviendas. Aquello tenía un aspecto de vida y de trabajo, aunque la verdad es que no se hacía nada, como si todo fuese vana agitación, igual a la de una abeja encerrada en un botella vacía.

Comimos a la una, y apenas habíamos terminado, se llenó de pronto la calle de gente. Había una riña de gallos en una gallera improvisada casi enfrente de nuestra casa. Pagué una friolera por entrar y tuve el placer de verme sentado en un palco en medio de algunas de mis bellas compañeras de la noche anterior. Reinaba mucha orden y decencia y salvo que en los bancos de atrás se suscitaron algunas diferencias de opinión sobre apuestas, diferencias de ningún modo frecuentes, pero que no por esto habían dejado de ser un rompecabezas para la "junta de reclamos", la función fue muy gustada y brillante. Los gallos estuvieron bien casados y su estampa habría satisfecho la erudición y la crítica del mismo Columela. (1). Nunca he podido presenciar las hazañas de estos animales batallados sin sentir respeto por ellos. No se puede dejar de rendir homenaje a la bravura ingénita cualesquiera que sean las inclinaciones morales del animal que la posee. Cierto es que el gallo es polígamo; pero, como dijo el otro: "Es un buen marido y un padre amoroso". "Su ternura es tal para con sus polluelos —dice Aristófanos— que al contrario de lo que suelen hacer otros muchos machos, escarba y los provee de alimentos con una asiduidad casi igual a la que despliega la gallina; y es tan generoso que al hallar un tesoro de carne escondido, cloquea para llamar a las gallinas y se lo abandona toda sin tocar un sólo pedacito". Sin embargo parece ser, en la casa de fieras de la Naturaleza, el instrumento físico destinado a establecer y sancionar el predominio de la fuerza sobre el derecho, recomendación que sería de muy dudosa calidad si no tuviese el apoyo del mismo autor, el cual lo compara de consiguiente con el rey de Persia; tiene también el de la observación de Plinio que dice: "imperitant suo generi, et regnum, in quacunque sunt domo, exercent". Al terminar el espectáculo empezó la estación lluviosa.

Durante todo mi viaje casi no había caído del cielo una gota de agua, y hete aquí que rompió a llover tan fuerte que con dificultad pude atravesar la calle sin quedar calado hasta los huesos. No había un coche ni otro vehículo y escasamente un paraguas, lo cual era mucho descuido, porque los habitantes debían saber, sin necesidad de que se los dijese ningún almanaque, que "se esperaba mucha lluvia en esa época". Lo cierto es que una vez entabladas las lluvias, su regularidad y precisión son tan grandes que con la ayuda de un reloj mediano y un buen caballo, casi siempre puede uno librarse de ellas. Aquel inesperado aguacero pareció perturbar muy poco a la concurrencia. Algunos se fueron tranquilamente bajo el agua y otros se pusieron a reír y charlar en el zaguán y las puertas de la casa, como esperando prudente pero irreflexivamente que cesase. La parte inanimada de la Creación sintió sus efectos de diferente manera. El suelo reseco burbujeaba y borbotaba como un borracho; los plátanos larguiruchos se doblegaban y retorcián como un enfermo en un baño de ducha y las tejas iban desertando de sus filas, una tras otra, como los malos soldados, dejando el paso libre al enemigo. Cuando el aguacero estaba en su apogeo vi dos jinetes que venían por la calle a todo galope. Se detuvieron en la puerta de la gallera: estaban cubiertos de grandes capas, y, sin apearse del caballo, to

(1) Tratadista romano de agricultura que floreció en la primera mitad del siglo I de nuestra Era. La más famosa de sus obras es *De Re Rustica*. N. del T.

maron en brazos cada uno de ellos a una señorita que se acomodó con agilidad maravillosa en el pomo de la silla. Estaba todavía lloviendo a cántaros; pero las señoritas fueron envueltas en las capas con tal destreza y quedaron tan bien tapadas con sus galantes caballeros, los cuales salieron otra vez a galope, que me figuro llegarían a sus casas en un instante y probablemente sin mucho trabajo. Aquellos señores, una vez que las pusieron en tierra, regresaron para llevarse a otras, hasta que se fueron todas en esa forma, excepto las que pudieron llegar a sus viviendas por otros medios. En el espectáculo había algo romántico y clásico a la vez. Todos han oído hablar de cómo raptaban los antiguos caballeros a sus damas, y de los romanos robándose a las sabinas; pero pocos podrán formarse una idea del garbo y de la facilidad con que puede hacerse la cosa, sin haber presenciado ese ejemplo de la equitación guatemalteca.

El bello lago de Amatitlán tiene unas tres leguas de largo y una de ancho. La extremidad más distante del pueblo se pierde a la vuelta de la encumbrada montaña que lleva el mismo nombre de éste. A la izquierda está limitado por colinas en declive, coronadas de altas sierras; (1) de suerte que sus márgenes sólo son accesibles por el costado derecho, a lo largo del cual corre un camino mediocre, pero sumamente pintoresco y bello, flanqueado de altas arboledas umbrosas y estupendas barrancas. La montaña es volcánica, y el lago, así como el aspecto de las tierras que lo rodean, demuestran indiscutiblemente que todo el paisaje es obra de una erupción. Nadie pretende saber cuando aconteció. El lago es muy antiguo, y los habitantes creen que a la llegada de los españoles indios echaron en él todas sus riquezas. Es ésta una historia tan trillada en todos los dominios de la América del Sur, que apenas si vale la pena de hacer mención de ella, como no sea para refutarla y desmentirla. Pero lo que pude averiguar hablando con los mismos indios, es que éstos tienen una tradición al respecto y que le dan entero crédito. Convienen en que se han hecho algunas tentativas insignificantes para sacar las riquezas que suponen sumergidas, pero siempre en vano. hasta aquí. A cincuenta yardas de la orilla del lago no se le puede dar fondo; todos parecen estar de acuerdo en esto; y como los indios creen que los tesoros se echaron en un punto situado entre esa profundidad insondable y la tierra, lo probable es que desde hace largo tiempo hayan sido arrastrados al abismo. Sin embargo, todos los indios concuerdan en decir que no hace muchos años uno de los garfios de que se sirven en sus embarcaciones enganchó una gruta que en vano trataron de sacar por haberse roto la cuerda, habiendo sucedido después lo mismo siempre que han tenido la suerte de tropezar con ella.

Contiguo al lago y junto al pueblo hay un manantial de agua caliente. Al pasar por allí vimos tres o cuatro mujeres bañándose al borde de la fuente, unos niños que lloraban y humeaban como si los hubiesen sancochado. El agua se considera muy saludable especialmente en las enfermedades cutáneas; pero las mujeres se bañan en ella sobre todo para promover la fecundidad. Aquellas infelices están tan deseosas de tener familia, como se alegren de no tenerla muchas europeas de las clases más bajas y pobres en Liverpool y Manchester. Quieren muchísimo a sus hijos y se diría que creen no tener nunca demasiados. Ese manantial caliente es también útil para ayudar al parto y no es cosa insólita ver a la madre regresar por sus pies al hogar con su criatura, después de haber recurrido a la asistencia obstétrica de sus aguas. Los baños fríos en el lago adyacente y en un río de aguas claras y veloces que desembocan en él, son igualmente muy frecuentados por los vecinos y los forasteros. Al pasar, a eso de las doce, por la orilla del río, se podía creer que todos los habitantes del pueblo se habían dado cita para bañarse juntos. Las clases superiores empleaban las casas de baño y otros medios de protección que prescribe la decencia; pero todo el espectáculo difería vergonzosamente de lo que establecen sus dictados.

Las casas de baños susodichas son pequeños edificios de madera, fabricados en las márgenes del río por los opulentos de la comunidad para temporadas de recreo como aquella. Consisten en una sala cuadrada con ventanas sin vidrios y abiertas en todas direcciones. Como están montadas en pilotes sobre el agua, se tapa pasajera y ligeramente la parte baja, de modo que se prestan para tomar un baño fresco y cómodo. El agua del río es muy clara y la corriente muy veloz. Hay en él muchos peces. Los del lago son especialmente abundantes y sabrosos. Uno de ellos, que se parece a la tenca, es muy apreciado; pero como son pocos los que se toman el trabajo de pescarlos, no son nada baratos. No vi más dos botecitos en toda la extensión del lago y pregunté si alguno de ellos se había arriesgado alguna vez hasta dar vuelta a la montaña. Lo cierto es que nadie pudo decir si el agua terminaba allí bruscamente, o se estrechaba en una caleta, ni siquiera de un modo positivo, si aquél era su límite. "Bástale a cada día su malicia" es el axioma que guía la vida del indio suramericano; es una especie de vegetal animado que para mantenerse no necesita más de lo que brinda naturalmente el globo terráqueo con su espontánea generosidad: un poco de maíz, de chille y un manantial de agua pura es todo lo que desea comer y beber. Es bien sabido que el agave que produce la bebida llamada pulque no prospera en todas partes. Yo no la había probado ni visto hasta el segundo día de haber salido de la capital de Mé-

(1) En español en el texto.

xico. Es una bebida tan del gusto general de los indios, que es casi imposible concebir que no se tomen el trabajo de cultivar la planta donde crezca; sin embargo, como no la encontré en muchos sitios tan propios para su cultivo como Amatitlán, la única deducción posible es que la pereza es la causa de que una parte tan extensa de aquellos países se vea privada de ese estimulante y sano sustituto del agua, o del vino, como lo creen algunos.

Durante aquellas fiestas hubo todas las noches bailes, mesas de monte (especie de juego de pares o nones), y otros pasatiempos que contribuyen a que la vida se deslice velozmente. En la tarde del martes terminaron los festejos. Todo el pueblo estaba en movimiento con los preparativos del viaje. Por aquí había algunas mercaderías sin vender marcadas a precios de baratillo; por allá se subastaban otras. Los jóvenes parecían también inclinados a aprovechar el tiempo lo más que fuera posible. Era todavía mucha su alegría y mucho su buen humor, faltándoles tiempo para prodigarlos. Sin embargo, a las seis de la mañana del otro día ya iban todos de regreso para la capital. Como con excepción de un trecho de diez millas antes de llegar a ella, los caminos son en su mayor parte enteramente intransitables para los carruajes, todo el mundo iba en mula o a caballo; y siendo así que cada grupo llevaba su séquito de sirvientes de todas clases, con todos los utensilios necesarios y ajuares, inclusive camas, ofrecían un espectáculo sumamente pintoresco y divertido cuando serpenteaban por los agrestes senderos de la montaña, o se desperdigaban en las verdes llanuras. No es menester decir que todas las familias se conocían; cada cual parecía enterado de todos los asuntos de los demás. Según la costumbre española, se llamaban unos a otros por sus nombres de pila; los criados de una familia cabalgaban a la par de los miembros de otra y conversaban con ellos, a la vez que los sirvientes de éstos eran tratados con la misma familiaridad por las personas de la primera. Cuando Jacob hubo abrazado a su hermano Labán y emprendió la vuelta hacia la tierra de sus abuelos, no iba acompañado de una comunidad más patriarcal que la que caminaba por los llanos de San Juan.

Habíamos llegado a un estrecho desfiladero en la montaña por el que sólo podía pasar una persona a la vez y encajonado entre altos muros de arcilla que la lluvia había puesto resbaladizos. Yo venía a retaguardia de la caravana cuando me ví detenido en medio de aquel sitio peligroso. Una mula había resbalado y no quería levantarse, o, por lo menos, la damisela que la montaba no podía hacer que se levantara. Esta había caído de la silla sin hacerse daño: pero su benjamín, que era de paño muy fino, ricamente bordado de abalorios no había tenido tan buena suerte. Estaba lastimosamente sucio, y su sombrerito negro de montar a caballo, que había pegado en el muro de tierra porque al tratar ella de ponerse de pie resbaló, cayendo contra éste, —se veía muy arrugado y medio pardo y medio negro, lo que le daba una forma y un aspecto muy arlequinesco. Por muy poco inclinado que sea un hombre a los actos de galantería, hay casos en que no tiene más recurso que entrar por ese camino y aquél era claramente uno de ellos. Me desmonté, le torcí la cola a la mula, vociferé una palabra que no es de mi aprobación (no quiero decir que fuese un juramento), pero que yo había oído emplear a los arrieros en iguales ocasiones con infalible resultado, y la mula se levantó de un salto. La damisela fue devuelta a su silla y nos fuimos en pos de los viajeros que ya iban muy adelante de nosotros.

Mi compañera era una muchacha pequeña de cuerpo y de formas delicadas, algo así como una criolla, pero tirando más a la raza india que a las otras; podía tener unos diez y ocho años. Era muy parlanchina y me contó muchas anécdotas de las diversas familias que habían estado en las fiestas, enterándome de todos los casamientos que estaban sobre el tapete y haciendo insinuaciones acerca de algunas cosillas escandalosas, que sería de mi parte poco generoso e innecesario consignar aquí. Mientras caminábamos a un trote lento, me recordaba una de esas bonitas gacetillas de *The Morning Post* que todos desean leer, pero ninguno que lo vean leyéndolas. Yo no sabía qué cosa era la muchacha; pero me enteré de que sin ser señora era la camarera de una señora; personaje que por lo general resulta, como en el caso presente, una señora más fina que su ama. Servía a la amable hija de D^a Vicenta, la señora de cuya hospitalidad estaba yo disfrutando. La muchacha había adquirido ya, a lo que parecía, el legítimo derecho de ser protegida por mí, y por tanto me dí prisa para alcanzar a la familia; pero al acelerar el paso oí un grito. Miré en torno y ví a la pobre chica en la situación más alarmante. Las cinchas de su silla habían cedido, probablemente a causa de la caída que las había roto, aunque no del todo; pero ahora sí lo estaban, y la silla, privada de sus sostenes especiales, como diría un abogado, estaba tomando un sesgo muy perjudicial para los intereses y la seguridad de la demandante, cuyo pleito había sufrido ya tanto por el colorido falso que le habían dado y la demora del proceso. (1). Me devolví tan pronto como pude, llegando justamente a tiempo de evitar que la chica diese con su persona en tierra; pero cayó sobre mi hombro, y en esta posición, habiéndome ella echa-

(1) En este párrafo hay varios juegos de palabras de imposible traducción. Por ejemplo, en inglés la palabra *suit* tiene, entre otras, las acepciones de traje y pleito y de aquí el retruécano empleado por el autor. N. del T.

do los brazos al cuello, seguimos nuestra pavorosa caminata durante algunos minutos. Yo había podido tal vez contener mi caballo, pero a la mula de la muchacha se le había antojado galopar, como si quisiera ganar el tiempo perdido. En cuanto a mí, no sabía qué hacer. Parar era peligroso; dejar a la joven imposible. ¿Qué podía hacer un hombre? Ella descansaba ahora más en mí que en su silla, afortunadamente, porque ésta se fué al suelo, en tanto que yo conservé constitucionalmente mi puesto, como lo hace un enviado extraordinario con un attaché (1) impertinente. Con el brazo derecho sostenía a la pobre muchacha, que se había desmayado del susto, a la vez que con la izquierda dirigía y refrenaba el caballo con un temor que no conocen los que suelen ir a Melton Mowbray. (2) No todos se habrían librado de él. Seguimos caminando; pero yo no podía saber hacia dónde. Sin embargo, me asaltaban confusas ideas sobre los caballeros de la época romántica y el rapto de las sabinas, llegando a la conclusión de que las proezas ecuestres que yo había presenciado en Amatitlán eran ridículas comparadas con las mías, y de que Astley (3) habría cedido todo su establecimiento a trueque del espectáculo que estábamos dando la muchacha y yo. Después de una carrera precipitada de algunos segundos, mi caballo se enredó tanto, por fortuna, en la maleza de la selva, que no pudo seguir avanzando. Solté el inquietante fardo que llevaba, eché pie a tierra, amarré la brida a la rama de un árbol y me puse a pensar sobre lo mejor que podía hacer. Pedir auxilio era inútil, porque no había nadie al alcance de la vista ni de la voz. Recordando sin embargo que yo solía llevar en mis viajes un frasquito de coñac en la bolsa de mis armas de agua, (4) lo busqué y dichosamente había quedado en él una pequeña cantidad de licor, que inmediatamente apliqué en los sentidos y la boca de mi paciente; logrando que pronto volviese enétramamente en sí. Con alguna dificultad la monté por delante en mi silla, y habiendo regresado al camino, dimos por fin alcance a nuestros compañeros, que se habían detenido para comer y dormir la siesta en una casa solitaria de sólido aspecto, situada en medio de una gran llanura.

Como aquella estancia era cómoda para descansar, una especie de casa del medio camino, estaba ocupada de bote en bote por los viajeros. Se componía de dos cuartos pequeños, sirviendo uno de cocina y el otro de alcoba; tenía una galería externa que iba de uno a otro extremo de la fachada, con un pretil de mampostería de unos dos pies de altura en que estaban sentados algunos de los viandantes. Me pareció que nos miraban con asombro, porque dejaron de fumar y sacudieron la ceniza de sus cigarrillos; otros fumaban ad libitum (5) tumbados en el piso sobre sus lechos improvisados, o comían, bebían, dormían o no hacían nada, con arreglo a los más autorizados sistemas de recreo a la hora del mediodía, establecidos y prescritos para observancia de los residentes en todos los países de clima tropical.

CAPITULO 13

SITUACION DE LOS PARTIDOS POLITICOS. — LOS MIEMBROS DEL SENADO. — VISITA AL PRESIDENTE. — EL CORPUS. — UNION DE LOS OCEANOS POR MEDIO DEL LAGO DE NICARAGUA.

Viernes, 27 de Mayo. — Habiendo llegado ayer a la capital, sin más accidentes ni molestias, visité esta mañana a D. José del Valle, persona que goza de una gran consideración por su saber y talento. La elección para la Presidencia había estado entre él y el actual Presidente D. Manuel de Arce. Esta elección se hace por una mayoría de cuarenta y dos votos populares emitidos por colegios electorales que representan cada uno 15,000 almas. Como es natural suponerlo, por tratarse de un asunto de esta índole, hubo en él mucho interés y algunas maniobras. Se suponía que Valle era el favorito del pueblo y el hecho es que cuando se hizo la elección tuvo cuarenta y un votos, faltándole solamente uno para la necesaria mayoría. Arce sólo obtuvo treinta y cuatro. Siendo así que ninguno de los dos tenía la mayoría establecida por el Congreso, a éste correspondió hacer la elección y la preferencia oligárquica le fue dada a Arce, el cual resultó electo por diez y siete votos contra seis.

Los dos candidatos eran conocidos por sus sentimientos del más alto patriotismo y ambos han sufrido los mayores quebrantos y privaciones por la causa de su país. Valle es jurisconsulto de profesión, un apasionado de la literatura y gran protector de la ciencia. Arce es militar y fue uno de los principales promotores de la Independencia desde 1811. Era el jefe de San Salvador cuando esa provincia se opuso tan enérgicamente a la tiranía de Iturbide y evitó por fuerza de armas la unión violenta que este Emperador quería hacer entre los reinos de México y Guatemala. Tiene un carácter suave y reflexivo, un talento despejado y penetrante, y es estimado y respetado hasta por los que difieren de él en política. Estos dos personajes eminentes mantienen ahora amistosas relaciones. Sin un punto con-

(1) En francés en el texto.

(2) Ciudad inglesa de Leicestershire, centro de un famoso distrito de cacerías a caballo. N. del T.

(3) Phillip Astley, famoso jinete y escritor inglés (1742-1814), que fue empresario de circos en Londres y París. N. del T.

(4) En español en el texto.

(5) En latín en el texto.

cuerdan íntimamente y es en el de querer aventajarse el uno al otro en el fomento de los intereses de su patria. Ambos se mostraron igualmente asiduos en suministrarme a todos los datos que yo deseaba reunir. El señor de Sosa, actual Ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, es también una persona de mucho talento y le estoy muy agradecido por el auxilio que me prestó.

Valle había rehusado ya tres veces la vicepresidencia cuando fue electo por unanimidad D. Manuel Beltranena, quien había sido miembro de la Asamblea Constituyente. El Presidente tiene 10,00 pesos de sueldo al año, el Vicepresidente 4,000, los Senadores 2,000 y los Diputados al Congreso, 1,200.

Los miembros de la Corte Suprema de Justicia eran Tomás O'Horan, Presidente y uno de los triunviros que antes formaban el Poder Ejecutivo; D. Marcial Zebadúa, ex Secretario de Estado y ahora Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en la Gran Bretaña; Antonio Rivera Cabezas, Decano; Justo Herrera y Alejandro Díaz Cabeza de Vaca, Decano; Justo Herrera y Alejandro Díaz Beltranena, Presidente, y Vicepresidente de la República; Isidro Méndez; (1) Juan Esteban Milla; José Jerónimo Zelaya; Alcayazu, eclesiástico; Barrundia, opositor del Presidente en política; Méndez, eclesiástico; (2) Alvarado, eclesiástico, y Hernández. En el Apéndice se encontrará una lista de los Diputados al Congreso. Al escribir la futura historia de la República y relatar lo que le reserva el destino, será un documento al cual se podrá hacer referencia con interés y agrado. ¿Qué no daría algún bibliómano anticuario por un catálogo de los primeros estadistas que "dieron las leyes del pequeño Senado de Roma?"

1º de Junio. — Esta mañana visité de nuevo al Presidente. Le expliqué con más detenimiento el objeto de mi visita. Le dije que deseaba poder presentar al Gobierno de Su Majestad una información completa sobre los recursos financieros, comerciales y militares de Guatemala; y de conformidad con esto se mostró tan complacencia que me prometió ordenar a las oficinas competentes que formularsen y me diesen los documentos necesarios.

Al día siguiente toda la ciudad estaba en movimiento con motivo de la gran procesión del Corpus. Todas las casas se abrieron de par en par. Guinaldas de cintas y flores colgaban de las ventanas o se extendían al través de las calles. En cuatro diferentes puntos, situados en el ángulo más lejano del centro de la ciudad, habían erigido altares provisionales, ornados con objetos de cristal tallados, espejos, grandes bandejas de plata y otros artículos de oro y plata; en suma, con todo lo valioso y fino que poseía el vecindario. Las principales familias que habitan cerca de cada uno de los puntos donde se colocan los altares, se encargan por turno de aderezarlos; pero todos acostumbran contribuir al adorno con alguna cosa. Estos altares, sobre todo durante la procesión, están iluminados profusamente con cirios que arden en ellos desde uno o dos días antes, y las señoritas de las familias encargadas de ellos suelen despabilarlos y ocuparse en todo lo relativo a la ornamentación.

En todas las diversas ceremonias, así en la iglesia como en la calle, las autoridades civiles tomaron mucha aparte. La Iglesia y el Estado estuvieron íntimamente mezclados. El Presidente fue a la catedral y regresó en una carroza tirada por cuatro mulas; dos mozalbetes de familias distinguidas, Saravia y Aguirre, hacían de postillones. En la procesión figuraban todas las órdenes religiosas de la ciudad. Había cuarenta frailes carmelitas, treinta mercedarios, cuarenta franciscanos, treinta dominicos, cincuenta recoletos, treinta del Colegio de Cristo; unos 220 por todos. Detrás de ellos marchaban 400 soldados y unas cincuenta o sesenta personas más que también formaban parte de la procesión.

Me invitaron a la casa del marqués de Aycinema. Los grandes aposentos que daban a la calle se veían llenos de gente; todas las ventanas estaban abiertas y los antepechos de éstas ocupadas por grupos de señoritas; detrás de ellas y sentadas en sillas estaban sus madres, muchas de ellas con catarros que de ese modo tenían que empeorar. Al pasar el Santísimo todos se pusieron de rodillas y después de un minuto de silencio y recogimiento volvió a reinar en la sala la alegría y el ajeteo. En uno de los altares estaba representada la adoración de Nuestro Señor por los pastores con figuras de cera. Todas las casas, desde las más aristocráticas hasta las más humildes, están tan llenas de imágenes como esas, que yo no mencionaría especialmente esta circunstancia si no me hubiese llamado la atención algunas cuentas con aspecto de perlas que llevaba al cuello uno de los pastores, pero que yo no creí, por supuesto, que lo fuesen, a causa de su tamaño extraordinario. Sin embargo supe que estaba equivocado. A duras penas había podido suponer quepudiesen existir perlas tan enormes, y deseando acertar con su valor lo calculé en diez mil libras esterlinas. Entiendo que el marqués había pagado mayor suma por ellas. El collar se componía de veintiuna perlas y la del centro era del tamaño y de la forma de un huevo de paloma; las otras eran proporcionadas a ésta, pero redondas, e iban en disminución gradual hacia los extremos.

(1) Léase Meléndez. N. del T.

(2) El mismo D. Isidro Meléndez. N. del T.

Por la noche fui a un tertulia (1) en casa del señor Castro. (2). Su hija, muy jovencita, tocó y cantó agradablemente; pero su piano, que dicho sea de paso parecía gozar de sumo aprecio era muy viejo y no valía gran cosa, no obstante estar marcado "New Peten, by Astor, 79, Cornhill".

3 de Junio. — Mr. Bayley, agente de los señores Barclay and Co., me presentó hoy padre Dighero Diputado al Congreso por la Antigua Guatemala y Canónigo de la Vieja, conocido por su gran dedicación a los estudios científicos. Entre otros documentos valiosos me dio el plano de un camino proyectado entre la ciudad de Santiago de Guatemala y el Mar del Sur; la distancia es de unas 86 millas. Por lo que me dijo Mr. Bayley, entiendo que la obra la realizará probablemente una compañía que estaba a punto de formar la casa representada por él. Me dijo también que había grandes probabilidades de que la misma casa obtuviera el privilegio de abrir una comunicación por agua entre los dos mares por el lago de Nicaragua. No obstante que esta obra podía anular hasta cierto punto la utilidad de la primera, me alegré de saber que ambas se iban a realizar de todos modos y sobre todo de que lo serían por la energía y el capital británicos. Como es bien sabido, la infortunada crisis monetaria paró estos planes y casi ha paralizado todo proyecto ventajoso o productivo en la América del Sur. Buenos o malos, todos han sido igualmente condenados. El terror era tan grande que los hombres de negocios perdieron la facultad de raciocinar; y a medida que crecía fuerte y boyante la marea de la opinión pública en favor de esas especulaciones, todos ellos cayeron de golpe en un estado de imbecilidad estacionaria.

Lamento tener que decir, al mismo tiempo, que en lo tocante al país acerca del cual escribo, su importancia, por mucho que no quieran reparar en ella los capitalistas británicos, ha llamado seriamente la atención de otras naciones europeas. Su Majestad el Rey de los Países Bajos, con la mira de patrocinar y aumentar el intercambio comercial con Guatemala, ha suscrito medio millón de florines para formar una compañía por acciones, cuyo capital es de un millón; de modo que Su Majestad es dueño de la mitad de la empresa. No es menester decir que ésta tendrá la protección del Rey o la de sus ministros. Sin embargo, es de esperar que los holandeses no exigirán el privilegio exclusivo del paso interoceánico, sino que quedará abierto para todas las naciones, no obstante que puedan tener la esperanza de sacar algunas ventajas específicas en cuanto a los derechos de tránsito, por haber llevado a cabo el plan.

En obsequio de los que puedan interesarse todavía en dicha empresa, a pesar de que esta no puede ser ya de ninguna particular trascendencia para nosotros, agrego unas pocas observaciones que pude recoger después de haber interrogado a las personas más aptas para darme informes sobre el asunto. Sin referirme siquiera a algunas observaciones de carácter general acerca de la posibilidad de establecer una comunicación entre el Atlántico y el Pacífico, enumerando los puntos por los cuales se presume que puede realizarse este proyecto, (1) me limitaré a citar los procedimientos adoptados por individuos de diferentes países y por el Gobierno guatemalteco, para realizar el objeto apetecido en el punto de que se trata.

Es un hecho importante en la historia de la República de Centro América el de haber sido ésta la primera y, en verdad, la única de todas que haya dado pasos positivos en el asunto. La mayor parte de los autores han considerado el río de San Juan como uno de los puntos más ventajosos y más a propósito para establecer la referida comunicación. Como es natural, el Gobierno guatemalteco ha sido de la misma opinión, y los siguientes pormenores harán ver de qué modo ha recibido las propuestas que se les han hecho, así como los objetos especiales que se propone al llevar al plan a la práctica.

Había en aquel entonces dos compañías formadas en Inglaterra con el propósito general de establecer entre los dos océanos una comunicación por medio de barcos de vapor o de otro modo; pero las únicas proposiciones hechas al Gobierno por negociantes británicos, fueron formuladas por la respetable casa ya mencionada. Estas proposiciones, de fecha 18 de septiembre de 1824, tenían por objeto el establecimiento de una comunicación navegable por medio del lago de Nicaragua y el río de San Juan, sin que el Gobierno tuviese que gastar nada, siempre que diera a los empresarios todo el apoyo necesario. El 2 de febrero de 1825 se le hicieron al Gobierno otras proposiciones de parte de algunos negociantes de los Estados Unidos de Norte-América, firmadas por el Coronel Charles Bourke y Mr. Mathew Llanos. Estos decían que "en virtud de los datos que demostraban ser factible la empresa, saldrían para Nueva York en el mes de marzo de 1824 con el objeto de formar una compañía para cubrir los gastos de la obra; que una vez formada la compañía por algunas de las casas más fuertes (éstas eran sus palabras) de la Federación del Norte, volverían a la República Central con un bergantín artillado, a bordo del cual traerían ingenieros para levantar los planos del terreno, del lago de Nicaragua y del río

(1) En español en el texto.

(2) El caballero que de modo tan hospitalario recibió al Cónsul americano. N. del A.

(3) En estos puntos están indicados y explicadas sus respectivas posibilidades de ejecución en mi Diccionario de América y de las Indias Occidentales. T. III, Pág. 207. N. del A.

de San Juan". La carta sigue diciendo: "Habiendo despachado nosotros dicho bergantín a su destino, a fines de diciembre último, y estando a punto de seguir por tierra con el objeto de estudiar la situación local del territorio, rogamos al Gobierno, en consideración de los adelantos hechos y de la índole ventajosa de las proposiciones que se acompañan (no pudiendo hacerse otras más favorables a la República, según creemos), que nos garantice su realización, otorgándonos los privilegios exclusivos que solicitamos". Las condiciones propuestas eran dar al Gobierno, por el privilegio exclusivo de la navegación, el veinte por ciento del producto anual de los derechos que debían pagar los barcos que transitasen por el canal, y después de vencido el término (el cual no se fija), la obra debía pasar a ser propiedad del Gobierno. Los proponentes pedían: 1º—Un privilegio exclusivo para la empresa; 2º—El privilegio exclusivo de navegar con vapores en los ríos y aguas de las tres provincias, hasta el lago en que debía abrirse el canal; 3º—El permiso de cortar maderas en dicha provincia; 4º— La exención de derechos de Aduana sobre los artículos importados por cuenta de la compañía hasta la terminación del canal.

No parecen haber sido tomadas especialmente en consideración las mencionadas proposiciones de los señores Barclay and Co., y de los negociantes de los Estados Unidos; pero el 16 de junio de 1925 el Congreso emitió un Decreto, que fue aprobado por el Senado el 11 de Julio y sancionado por el Ejecutivo el 12 del mismo mes; por el cual se ofrece la autorización y ayuda del Estado, a los que quisiesen emprender la obra y reconocer, como deuda pública el dinero gastado en ella; debiendo aplicarse los derechos de tránsito al pago del capital invertido y de sus intereses, deduciendo antes los gastos de reparación que necesite dicho canal, los del cobro de los derechos y los de una guarnición para su defensa. La navegación debía ser libre para todas las naciones amigas o neutrales, sin ningún privilegio o exclusión.

El 1º de Agosto de 1825 el Ejecutivo prorrogó por seis meses el plazo fijado para oír proposiciones. La consecuencia ha sido que los holandeses, como lo he dicho ya, se metieron en el asunto, apoderándose de la empresa. Cuando salí de la República tenía la convicción de que los británicos la habrían llevado a cabo, y no puedo dejar de sentirme humillado de que sean extranjeros los que vayan a tener el honor, sin decir nada de las ventajas, de realizar una empresa tan grande; porque es una de esas insignes proezas que sólo una vez se llevan a cabo en el curso de los tiempos.

CAPITULO 14

DESCRIPCION DEL PAIS QUE RODEA EL LAGO DE NICARAGUA. — EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO. — DON JOSE DEL VALLE. — LA CASA DE MONEDA. — LAS MINAS.

Conseguí cuatro mapas del lago de Nicaragua y del río de San Juan. Encontré que dos eran muy inexactos; pero uno de ellos contenía el mejor plano del puerto de San Juan y otros los datos más fidedignos sobre las poblaciones y el territorio situados al Occidente del lago. Un tercer mapa, que se copió con permiso del Gobierno del original que está en el Congreso, era, desde un punto de vista general, el que merecía más confianza. (1). Obtuve también un índice de las cotas de los niveles tomados entre la margen occidental del lago y el Mar del Sur, que resuelve la cuestión de las respectivas alturas de las aguas que se pretende poner en comunicación. (2) Demuestra que el lago está a cuatro varas españolas y una fracción sobre el nivel del Mar del Sur.

No hay razón ninguna para dudar de que el río de San Juan es navegable, desde el puerto hasta el interior del lago y en todo tiempo, para embarcaciones de un calado de tres o cuatro pies. Resulta claro también que puede subir el río en dos o tres días más de los que se necesitan para bajarlo. Hasta una distancia de treinta y cinco leguas de su desembocadura es navegable para barcos que calen de diez a doce pies. Cerca del fuerte de San Juan (3) surgen las dificultades, a causa de los raudales, y allí es donde el ingeniero holandés tendrá que desplegar su habilidad, haciendo cortes laterales o canales, a fin de obtener en todo tiempo la profundidad necesaria para una navegación uniforme. El lago es bastante hondo para barcos de todas clases. En el mapa se puede ver el punto preciso en que se tenía el propósito de abrir la comunicación con el mar del Sur, no es por el lago de León, (4) sino por el Suroeste del de Nicaragua, donde el terreno es plano y se adapta admirablemente al objeto. El lector no habrá echado en olvido a mi compañero de viaje D. Simón. Nació en aquella tierra y como por mi corta permanencia en el país no pude ir a visitarla, me alegré de poder obtener por su medio muchos informes acerca de ella.

Cuando fue trazado el mapa, la ciudad de El Realejo contenía unas 500 casas. Ahora debe de tener, a lo sumo, más de 120 y ya no es una ciudad. Se dice que detrás de ella los españoles solían fabricar

- (1) El mapa que figura a la par de la portada ha sido trazado de acuerdo con éste. N. de A.
- (2) Véase este índice en el Apéndice. N. del A. Este índice no ha sido traducido. N. del T.
- (3) El Castillo Viejo o de la Inmaculada Concepción. N. del T.
- (4) El lago de Managua. N. del T.

barcos de 400 toneladas. Como quiera que fuese, lo cierto es que ahora no se pueden hacer allí embarcaciones de más de 70 u 80 toneladas, porque el agua no es bastante honda para llevarlas al Jagüey, el gran puerto en que fondean los barcos; pero a unas tres leguas más allá hay un lugar llamado la Vaca Borracha, donde pueden fondear buques que calen doce pies, amarrándolos a los árboles de una y otra orilla. En el pueblo la marea sube doce pies y se podrían construir allí muelles para barcos de buen tamaño; pero la dificultad estriba en llevarlos al Jagüey. Me procuré un plano y una descripción del puerto.

La ciudad de León tiene por lo menos 3,000 habitantes y es la que le sigue en importancia a la de Guatemala. Actualmente sólo exporta dos clases de madera, caoba nicaragüense y otra excelente para mástiles, pimienta a Jamaica, zarzaparrilla traída de Costa Rica, bálsamo de copaiba en abundancia, caucho de 500 clases diferentes, cera silvestre exportada a Lima con un beneficio de 500 por ciento, carey muy bueno, cueros muy livianos con un peso de 14 a 15 libras por término medio, y añil en pequeñas cantidades, pero de la mejor calidad; también camas portátiles de granadillo o ronrón, una madera casi tan dura como el hierro y parecida a la teca, pero que se puede charolar bien como el mejor palo de rosa.

En Granada sólo hay ahora unas 1,000 casas; la mitad de las que tenía hace un siglo. Sus fortificaciones no valen gran cosa. Exporta carne salada, cueros y sebo a La Habana; también algunas perlas, carey y cedro a Jamaica. Produce bastante cacao para su consumo, pero no exporta ninguno, por ser de tercera calidad y venderse de veintitrés a veintisiete pesos el fardo o tercio (1) de 130 libras españolas. De las diferentes clases de cacao, el de San Antonio es el mejor, el segundo el de Soconusco y el tercero el de Granada. De 2,000 a 2,500 quintales de cacao de Guayaquil se consumen en los cinco Estados de Guatemala, no obstante haber sido llevada allá la semilla de este último país. El cacao de Soconusco se llevaba hace siglo y medio de allí a Veracruz a espaldas de indios, exclusivamente para el rey, el cual solía enviarlo de regalo a las cortes extranjeras. En las islas del lago de Nicaragua, habitadas en parte por indios, hay actualmetne algunas haciendas de ganado y de cacao; y en cuanto al territorio comprendido entre el lago y el mar, no obstante ser muy fértil y haber sido calificado de paraíso por algunos autores, D. Simón, que nació en él, me asegura ser el más cálido de todo el país, tanto como El Realejo y Sonsonate, el puerto en el cual desembarqué. Si no lo hubiese hecho ya, diría que en el último de estos lugares sentí tanto calor, especialmente de noche, como en el más cálido de los sitios donde haya estado; pero añadiré que lo considero muy soportable.

Sábado, 4. — Fui al convento de San Francisco. La iglesia es uno de los edificios más hermosos de la ciudad. Los frailes no pasan de cincuenta, pero son ricos y superan a los demás monasterios en la grandeza de sus procesiones y la ornamentación interna de su templo. Algunos de los cuadros al óleo me llamaron mucho la atención, especialmente uno que representa a Lázaro en el momento de levantarse de la tumba. No sé si era por la disposición de la luz o por la excelencia de la ejecución; pero me costó persuadirme de que no estaba contemplando un hombre de carne y hueso. Con frecuencia volví después a la iglesia expresamente para mirar aquella pintura. La impresión de que me causó su excelencia fue aumentando cada vez más. Conservaba su aspecto de realidad con el brillo del mediodía y las sombras del anochecer, y no recuerdo haber visto nada más aterrador ni impresionante en las iglesias de los Países Bajos que después he visitado. Lo más extraordinario del caso es que dicen que ese cuadro lo pintó un artista natural del país.

Sábado, 5. — Estuve de nuevo en casa de Valle. Lo encontré sentado en un sofá que ocupaba todo el ancho de la extremidad de un salón, conversando con tres o cuatro señores que habían ido a visitarle. Entre ellos estaban dos ingleses; uno era Mr. John Hines que habían venido a proponer un empréstito de parte de los señores Simmonds, y dos franceses. Después de que se fueron me hizo pasar a una pequeña biblioteca tan atestada de libros, no sólo a lo largo de las paredes, sino también amontonados en el piso, que con dificultad pudimos abrirnos paso. Valle se sentó ante una mesita de escribir profusamente cubierta también de manuscritos y papeles impresos, de los cuales escogió algunos documentos que había estado formulando o reuniendo para mí con un celo, un empeño y un placer avivados por su carácter entusiasta. Entre ellos había un informe detallado sobre las rentas públicas, antes y después de la revolución, las bases de la Constitución, el plan de una factoría de tabacos en Gualán y otro para colonizar con extranjeros el territorio limítrofe del puerto y río de San Juan en Nicaragua. Estaba rodeado de todo lo que delata la manía de los que escriben: pruebas de imprenta, hacinamientos de manuscritos, libros en folio, en cuarto y en octavo, abiertos o señalados con tiras de papel anodas, esparcidos en profusión sobre la mesa. Parecía tener un apetito intelectual desordenado. Me dio papel tras papel y documento tras documento, hasta quedar yo saciado con sólo mirarlos. Eran más de los que yo podía digerir como se debe, aun quedándome en el país doble tiempo del que me propo-

(1) En español en el texto.

nía estar en él. Sin embargo, me llevé todos los que pude y él tuvo la bondad de enviarme el resto. Presumo que nuestros trabajos en colaboración, relativos a los puntos a que iban especialmente enderezados, mis investigaciones fueron los preliminares de la amistad que con tanta vehemencia empezó y desde entonces ha existido entre aquel Cicerón andino y una persona tan humilde como yo. Creo que mucho contribuyó a ella, de parte de él, el obsequio que le hice de un ejemplar de mi "Diccionario Americano" que por fortuna había llevado. Se mostró muy agradecido al recibirlo y no menos sorprendido; porque aunque tenía noticia de la obra, ignoraba, según me dijo, que yo fuese su autor.

Al día siguiente estuve en la Casa de Moneda, y su Director D. Benito Muñoz me mostró todo el establecimiento. Es un edificio de mediano tamaño y había en él dos máquinas trabajando en la acuñación de la nueva moneda de la República. En aquel entonces la mayor parte de las pequeñas piezas de plata eran de las llamadas macuquinas, (1) o monedas cortadas de todas formas y dimensiones, que varían desde la mitad del tamaño de una pieza de seis peniques hasta el de una media corona. Era casi imposible saber su valor relativo; sin embargo, el público no tenía dificultad en dárselo mediante algunas marcas toscas que llevan, casi siempre borradas. Esas piezas o fichas, porque no tienen ni la forma ni el aspecto de monedas acuñadas, fueron emitidas desde tiempo inmemorial por las casas de moneda provinciales de Nicaragua y Honduras y, a pesar de desgaste y de los recortes evidentes que habían padecido, continuaban corriendo por su valor nominal y con tan buena fe de parte del público, que a menudo me devolvieron piezas por valer solamente medio real, en tanto que otras, de la mitad de su tamaño, las tomaban por uno. Así no es raro que hubiese vehementes deseos de tener una nueva moneda acuñada. Doña Vicenta, mi bondadosa hospedadora, se mostraba particularmente ansiosa de llevar una cantidad de ella cuando regresase a Sonsonate, y yo le procuré alguna a cambio de onzas de oro.

La Casa de la Moneda, tal como está establecida en la actualidad es muy suficiente para el pequeño trabajo que tiene que hacer. Se ha hablado de montar una máquina de vapor en lugar del aparato tosco y movido por mulas como el de México; pero siendo así que a doscientas yardas de la Plaza hay una buena cantidad de agua, indiqué la baratura y facilidad de emplear ese elemento en vez del sistema actual y del que se propone. Antes de salir de la capital tuve el gusto de saber que el plan indicado por mí había sido discutido por las personas competentes y se considera factible y ventajoso.

Entre los recursos territoriales de Guatemala, los que provienen de sus productos minerales se juzgan considerables; pero los beneficios que puedan reportar han consistido sobre todo en esperanzas. En la provincia de Chiquimula se han venido trabajando unas minas con gran provecho, especialmente las de Alotepeque y San Pantaleón: la última está inundada. Las de Santa Rosalía, Montañita y San Antonio Abad se encuentran en la misma veta y produjeron en otro tiempo gran cantidad de metal. Pueden ponerse de nuevo en actividad, toda vez que dicen que tan sólo se necesita remover la tierra que obstruye las galerías. En el informe dado al Gobierno por el ensayador de la Casa de Moneda se demuestra que cada quintal de broza de esas minas produce diez y siete marcos, seis onzas y tres octavos de onza. (2).

Hay otras minas en la provincia de Comayagua y la Asamblea Nacional, para facilitar su laboreo, emitió el 24 de febrero de 1824 un decreto mandando a vender a los mineros la pólvora a precio de costo. En Costa Rica están trabajando minas de oro y plata y se han descubierto algunas de cobre. Los interesados en ellas son Mr. Trevithick y un Vizcaino. (3). El supremo Gobierno, tan pronto como tuvo conocimiento de lo que estos señores se proponían hacer, envió una carta el 30 de marzo al Jefe de Costa Rica para que se les diese toda clase de facilidades. Entre tanto se había formado en Inglaterra una compañía, la cual se estableció el 1º de febrero de 1825 con un capital de \$6.750.000, bajo la presidencia de D. Antonio José de Irisarri y de acuerdo con una autorización que le había dado a éste el Gobierno de Guatemala, en el mes de junio de 1824. Anteriormente, en noviembre del mismo año, presentó una proposición Mr. Hines, de la casa de los señores Simmonds and Co., de Londres, para establecer una compañía con un capital de £250.000. Durante mi estancia en la capital se estaba formando otra compañía presidida por Mr. Viré. Sus socios vinieron después a Londres, uno de ellos es D. Francisco Lavagninó y el otro D. Próspero de Herrera, un primo de D. José del Valle. Esta compañía se proponía principalmente explotar las minas de la provincia de Honduras, pero el estado de nuestro crédito público no permitió llevar a efecto el plan. Dadas la respetabilidad de los empresarios y la ayuda que Valle hubiese prestado a su pariente, no cabe duda de que el negocio habría sido sumamente ventajoso.

Los documentos relativos a las condiciones que reúnen las minas de Herrera, que considero ser de las mejores del país, y el presupuesto de gastos para su explotación, me los dejó éste personalmente en depósito. Me sería grato pensar que una especificación de ellos pudiera ser útil al público. Pare-

(1) En español en el texto.

(2) Un quintal equivale a 100 libras netas, un marco a ocho onzas. N. del A.

(3) Don Mateo Urandurraga. N. del T.

ce reinar la convicción de que los metales preciosos deben de haber padecido una desorganización física interna, a consecuencia, por decirlo así, de la revolución moral que recientemente ha agitado la vida de aquellos magníficos e interesantes países. (1). Por motivo de los derechos de acuñación que se pagan en México, el Perú y Chile, se suelen enviar de allí cantidades considerables de metales preciosos para ser acuñados en la Casa de Moneda de Guatemala. El valor de estos metales transportados alcanza según un documento oficial, a 2,326 marcos y 5½ onzas de ázogue, y 2,120 marcos de ulata en barras. En Tegucigalpa, provincia de Honduras, hay una Casa de Moneda que acuña semanalmente unos 1,400 pesos de moneda macuquina. Por no estar montada como se debe la principal casa de la moneda, las piezas acuñadas por particulares y las de baja ley son muy comunes, especialmente en Nicaragua.

La mayor parte de los metales que se extraen de las minas de Honduras se exportan en barras y de contrabando en Jamaica, pasando por Belice y la Costa de Mosquitos. Lo probable es que a la principal casa de la moneda no llegue más de la tercera parte de los metales que produce todo el país. En México el total de la moneda acuñada allí antes de la revolución alcanzaba a veinticinco millones de pesos al año; después ha caído a diez millones. En Santiago de Guatemala la acuñación, que fue de 428,661 pesos en 1817 y de 554,564 en 1818, se redujo en 1820 a 351,127 pesos. El valor total de la moneda acuñada en la casa principal, desde 1820 hasta 1825, es de un millón y medio: unos \$300,000 anuales. (2).

CAPITULO 15

UNA FAMILIA GUATEMALTECA. — ESTADO DEL COMERCIO DE ESCLAVOS. — FIESTA EN JOCOTENANGO. — NOCIONES POLITICAS DEL PUEBLO.

Jueves, 9 de Junio.—Por ser hoy la octava del Corpus hubo de nuevo grandes festejos y ruidosos regocijos en toda la ciudad. Fui con mis amigos a comer en casa de una familia respetabilísima de apellido Gutiérrez. La comida fue enteramente española por la calidad y el número de platos. Las señoritas de esta familia eran muy aficionadas a la música; cantaron, acompañándose recíprocamente con el piano y la guitarra, y lo hicieron tan bien como lo mejor que yo había oído en aquellos países. Además, el piano era regular. El padre Ramón Solís, confesor de la familia, Diputado al Congreso y hombre que gozaba de mucho aprecio por su talento, era también de los convidados y contribuyó mucho a amenizar la reunión, porque cantaba notablemente bien y era un maestro consumado en la guitarra, acompañándose él mismo unas veces con este instrumento y otras con el piano o el violoncelo. Los dos hijos podían tener veinte años y eran unos caballeritos de buena instrucción que mostraban muchos deseos de aprender más.

Paseándose por los corredores, después de comer, me hicieron muchas preguntas pertinentes sobre las costumbres inglesas y parecían suspirar por tener la ocasión de ir a Europa. Cualesquiera que fuesen su suerte y sus esperanzas en su país —y éstas no eran malas por ser de los más ricos del lugar—, no hacían al parecer una vida enteramente ajustada a sus propósitos y deseos. Al final de su casa había, como de costumbre, una tienda que creo atendían por turno. Ciertamente es que esto no se considera degradante, porque, como lo he dicho ya, es la única manera que las gentes acaudaladas tienen de emplear su dinero, con excepción de la agricultura. Al día siguiente visité al Vicepresidente D. Mariano Beltranena y éste me presentó a su hermano, que durante cuatro años había sido gobernador de Nicaragua. Habitaba D. Mariano una casa grande en el centro de la ciudad; dos cuartos los llenaban los archivos del antiguo Gobierno y se estaba buscando en ellos cierto tratado que al fin se encontró. Era el de Versalles, de fecha 3 de septiembre de 1786, entre la Gran Bretaña y España, relativo al establecimiento de 1786, entre la Gran Bretaña y España, relativo al establecimiento de Honduras y a la facultad de cortar palo de Campeche.

La cuestión referente a este tratado surgió de un asunto muy difícil que estaba agitando al Congreso. Algunos esclavos pertenecientes a mercaderes de Belize se habían fugado, refugiándose en territorio de Guatemala, por creerse protegidos por un Decreto del Congreso, de fecha 17 de abril de 1824, que después de dar libertad a todos los esclavos en el territorio del país y abolir la futura servidumbre, "ratifica las cédulas y órdenes del Gobierno español, por las que se dispone que se hacen libres los esclavos que de reinos extranjeros pasen a nuestros Estados". Se estaban buscando también otros documentos, entre otros el tratado con España de 1795; pero el más importante era la Carta de Urrutia de 1818; y aun cuando aquellos archivos parecían estar tan en orden como suelen tenerlos en cualquiera otra parte, éste era precisamente el documento que no podían encontrar. Los esclavos en cuestión se habían amparado a dicho Decreto, a fines de 1824 y a principios de 1825.

- (1) Una de las minas de Herrera, la de Tabanco en San Salvador, ha sido posteriormente explotada con provecho por los señores Benndett de Belize. Los minerales se van a remitir a Inglaterra por falta de un aparato de fundición. N. del A.
- (2) Véase en el Apéndice la lista de las acuñaciones. N. del A.

Con el objeto de reclamarlos, el General Cood envió a Guatemala a un caballero de apellido Westby con notas para el Gobierno en que se le indicaba la necesidad de devolverlos. El Supremo Poder Ejecutivo, compuesto en aquel entonces de Valle Cerda y O'Horan, se inclinaba a entregar los desertores y sometió el asunto al Congreso, recomendando la devolución. Por motivo de la oposición suscitada, se pasó el asunto a una comisión que en su dictamen apoyó el parecer del Ejecutivo. Habiendo convenido el Congreso en entregarlos, el partido que opinaba en contrario, fundándose en que el Decreto violaba uno de los artículos de la Constitución, pidió que se sometiese al Senado, sin cuya aprobación no podía tener efecto legal. Después de volver el asunto al Ejecutivo y de ser reconsiderado por el Congreso, se perdió por cuatro votos que faltaron para completar los dos tercios requeridos en el caso.

Es preciso confesar que el asunto fue resuelto con mucho espíritu de partido y contra los deseos del Ejecutivo; y para hacer justicia a las autoridades, se debe decir que las causas de un resultado tan poco satisfactorio tuvieron su origen en la intervención gratuita y perniciosa de un caballero inglés que estaba viviendo en el país cuando el asunto fue sometido a la Asamblea y aconsejó a uno o más de sus miembros, en términos resueltos y plausibles, que no accediesen a la devolución solicitada por el inetndente de Belize. Mr. Hines, el caballero a quien aludo, no abrigaba ninguna mala intención; pero todo inglés, cualquiera que sean su categoría o su situación, se cree autorizado y llamado a meterse en política, sin saber el daño que puede hacer, y ese señor no pudo resistir a la tentación. Cuando vio el cariz que había tomado el asunto se mostró muy sorprendido y pesaroso de las dificultades que había causado inconscientemente. Al salir yo de Guatemala noté que el pobre hombre estaba muy triste, y murió en Belize durante su viaje de regreso a Inglaterra.

Sábado, 11 de Junio. — Estando uno de los señores Aycinena en visperas de emprender un viaje a Inglaterra, escribí una carta al General Cood para informarlo de que yo llegaría a Izabal el 20 de julio y pedirle que me enviara su goleta a fin de que me llevase de allí a Belize, para poder regresar en uno de los barcos de la temporada que van convoyados; precaución sumamente necesaria según tenía entendido, a causa de las horribles piraterías que diariamente se cometían en el golfo de la Florida y las islas vecinas.

Domingo, 12. — Pasé la mayor parte del día en Jocotenango, aldea situada a una milla de la ciudad. Había regular concurrencia en la fiesta. Después de la función religiosa hubo grandes fuegos artificiales, cuyo efecto se perdió completamente por el brillo deslumbrante del sol; sin embargo, parecían ser valiosos a juzgar por las complicadas armazones, los estallidos y el humo. Había bancos de piedra en la Plaza, sombreada no sólo por el gran árbol del centro, sino también por enramadas en dos de sus costados. Debajo de éstas habían también asientos para la concurrencia que los aprovechaba o se paseaba por las verdes callejuelas en torno de la Plaza. Habiendo llegado al final de una de éstas, conversando con un caballero inglés que había estado en el Perú, Chile, Guayaquil y otras partes de aquellas repúblicas, me divertieron mucho los informes que me dio.

Habíamos llegado a la orilla de una ancha y ondulante pradera, tachonada aquí y allá de boscajes de hermosos árboles. Mi compañero me había estado dando detalles sobre el comercio del añil y de la cochinilla y de los beneficios que reporta. Sus observaciones estaban llenas de datos, pero con mezcla de disparates, y eran muy incoherentes y desatinados. El mismo no parecía darse cuenta del valor de sus informes, pero seguía charlando y amontonando observación sobre observación, como si fuesen piezas de seda o de pana sobre el mostrador de unmercader de paños. Su lengua era tan profusa como retentiva su memoria. Por fin hizo una pausa: "Este es un hombre bastante observador —pensé— y quizás pudiera yo aprovecharlo para mis investigaciones". De suerte que poniéndome a mirarlo con tanto respeto como pude, le dije:

—Ya veo que usted ha viajado mucho.

—Sí, señor; así es en efecto.

—Presumo que usted habrá tomado notas en sus viajes.

—¡Notas, señor, notas! — contestó mirándome con mezcla de lástima y perplejidad. — No, señor no he tomado más que pesos y doblones.

Ya era tiempo de regresar. Al pasar por una de las callejuelas oí el sonido de unas guitarras y traté de abrir un postigo en que estaba una marrana vieja con el hocico metido entre dos barrotes. No pude desalojarla sin emplear mayor severidad de lo que yo deseaba, tan grandes parecían ser su confianza y su afición a la sociedad de los hombres. Pasando por el patio del cortijo llegué al sitio de donde salía la música. El cuarto estaba lleno de gentes, todas con sus trajes de los días de fiesta. Algunas de las mujeres llevaban una falda corta colorada con una orla de espesos vuelos blancos lisos y tupidos pliegues en torno de las caderas, con un ceñidor blanco. Por lo demás sólo tenían una camisa; pero como ésta era plegada y muy almidonada, suplía hasta cierto punto el corpiño. Sobre la frente

llevaban el cabello partido como las madonas; por detrás largas trenzas apretadas entrelazadas de diferentes modos en torno de la cabeza. Zapatos de color de rosa, sumamente largos y anchos, sin medias, completaban su traje. La mayor parte de las damiselas guatemaltecas; es decir, todas las de las clases bajas, se visten así; salvo que con mayor frecuencia andan descalzas y otras veces llevan medias de seda de las más finas con zapatos de las formas más delicadas.

Rara vez llevan los hombres más vestidos arriba de la cintura que una camisa. Unos calzones pardos de gamuza mal curtida, abiertos en las rodillas, completan su traje. Usan sin embargo el cabello partido como las mujeres, o dejan que les cuegue en tirabuzones cortos como los que parecen ser el aditamento adecuado para las sienes de un marinero inglés; y siempre lo llevan largo por detrás, en trenzas que terminan en una o dos coletas conforme a la importancia de la persona, o a la más comprensible diferencia que hay entre la peluca de un Abogado y la de un alguacil.

Con todas sus ridiculeces (hablo de los naturales del país), creo que son unas gentes buenas e inofensivas. De todos los habitantes de Guatemala, tal vez las tres décimas partes no se pueden considerar capaces de tener opiniones políticas, o esa noción de la autoridad temporal que hace que el hombre se interese en el gobierno del país en que vive. Sin embargo, es dable presumir que las otras siete décimas partes son favorables al sistema independiente, por cuanto ya han obtenido de él el importante beneficio de la abolición del tributo y de la esclavitud. Ciertamente es que la humilde parte de la sociedad a la cual me refiero en particular, se encuentra tan alejada, por la situación local y los sentimientos intelectuales, del asiento del Gobierno y del resorte moral de los negocios políticos, que apenas le interesa la existencia misma del primero y rara vez obedece al impulso que se pretenda darle por medio de la vibración remota del segundo. Sin embargo, a pesar de que saben poco de presidentes, de ayuntamientos y congresos, todos conocen a su cura párroco, y como éste es la autoridad más importante con que están prácticamente en contacto, es natural que se guíen por su ejemplo y sigan sus consejos. La mayor parte de estos curas son de origen indígena o criollo; antiguamente los mejores cargos eclesiásticos estaban reservados para los españoles peninsulares. Conforme al nuevo sistema están excluidos de ellos y por esta razón el clero, considerado en conjunto, es favorable a la nueva Constitución; y de aquí que el pueblo, en el cual influye mucho, emprendería con júbilo la defensa y resguardo de la independencia nacional, si el poder supremo lo llamase a hacerlo. Entre las clases medias y altas de la sociedad, apenas si existen los restos de un partido español, ni siquiera nominal, y el antiguo partido de Iturbide se ha fundido en el de los independientes.

En otra parte trazaré un boceto de la revolución de esta República, así como de las desavenencias que han seguido turbando su tranquilidad; sin embargo, no puedo prescindir de observar de paso que las últimas no tienen de modo alguno la gravedad que el público británico está dispuesto a atribuirles en general. Pude ver que en todas las clases sociales reina un sentimiento de generosidad y una muy amistosa disposición para con los extranjeros, especialmente los ingleses, a los cuales parecen considerar como otras tantas facciones animadas de la libertad constitucional. Fue también para mí muy grato ser testigo de la gran veneración, tantas veces expresada, que las autoridades guatemaltecas sienten por Su Majestad Británica y su Gobierno.

CAPITULO 16

COMIDA EN CASA DEL PRESIDENTE. — VISTA LA ANTIGUA GUATEMALA. — SUS TRES MONTAÑAS EXTRAORDINARIAS

Domingo, 19. — Hoy tuve la honra de comer con el Presidente en el Palacio. Los convidados eran el señor Sosa, Ministro de Relaciones Interiores y Exteriores; el señor Beteta, Ministro de Hacienda; el General Milla (1) y el señor Isidro Meléndez (2), ambos Senadores prominentes. Eramos en todo seis personas. La comida fue servida a las dos de la tarde. Rara vez hubo en la mesa, al mismo tiempo, más de dos o tres fuentes, sirviendo el Presidente en persona los platos, que luego se pasaban a los convidados sucesivamente. Como yo estaba enterado de que podrían tomar como falta de educación no tomar siquiera un pedacito de cada cosa, seguí por supuesto la costumbre; pero era tal el número de manjares que mis fuerzas empezaron a flaquear; sin embargo, no me faltaron por fortuna, porque habría sentido mucho corresponder con un desaire a tantas demostraciones evidentes de amabilidad y cortesía. A los postres el Presidente, después de una breve alocución sobre los rápidos progresos de la independencia del país y la estabilidad que había alcanzado, brindó por los que la habían apoyado o favorecido de algún modo, y terminó bebiendo a la salud de Su Majestad Británica y la del pueblo inglés. Al dar las gracias expresé el deseo de que Guatemala continuara disfrutando de felicidad y paz; de que así como había sido la última en emanciparse, fuese también la última en perder su inde-

(1) Millar en el texto. N. del T.
(2) Méndez en el texto. N. del T.

pendencia; y de que no obstante ser la más joven de las nuevas repúblicas, le fuera dado superar en honor e importancia a todas sus rivales, del mismo modo que José se había levantado por encima de sus hermanos.

La conversación giró después sobre la situación céntrica de la República y las consiguientes facilidades para comerciar y mantener relaciones no sólo con Jamaica, sino también, por medio de ésta con el Perú y Chile. Se discutió también acerca de la proyectada navegación por el lago Nicaragua, mediante la cual se facilitaría tanto el comercio británico con la China y las Indias Orientales, así como sobre otros asuntos de tanta importancia comercial para la República como para el Imperio de la Gran Bretaña. Tuve el placer de oírle decir al Presidente que D. Juan de Mayorga, el Ministro en México, le había informado del interés que tomó en favor de su país. Dijo que había sabido que en muchas ocasiones yo había defendido la nueva organización de éste, contestando en México a personas que deseaban que Guatemala siguiese dependiendo de aquella República, y terminó brindando por mí y manifestando la esperanza de que yo volviese y me radicara (tal fue su expresión) en el país. Respondí que no creía merecer estos sentimientos; que nada podía ser para mí más grato que volver para quedarme a vivir en el país; pero que habiendo dedicado hasta aquel momento toda mi vida, por humilde que ésta fuese, a servir a mi patria en mi patria, no podía abrigar la esperanza de poder volver como no fuese con un cargo oficial, siendo igualmente dudoso que yo tuviese la buena fortuna de obtenerlo. La conversación tomó después un giro menos serio, tal vez mucho más interesante para mis lectores si yo la repitiese; pero me permito decirles que no lo puedo hacer. Convendrán conmigo en que los momentos que se pasan en el seno de la amistad y del buen humor debieran considerarse siempre como sagrados, aun estando en compañía de nuestros iguales; pero revelar las confidencias de los superiores cuando nos dispensan el honor de hacérselas, delata algo así como flaqueza de entendimiento y mal corazón. Sirvieron té y café sin alzar el mantel. Luego pasamos a un cuarto contiguo en que había una mesa con licores y cigarros y allí estuvimos otra hora en muy amena conversación. Hacia las seis de la tarde nos retiramos.

Lunes, 20 de Junio. — A las cinco de la mañana monté en mi caballo con el propósito de ir a visitar la vieja ciudad de Santiago de Guatemala que ahora llaman la "Antigua". Está situada a unas nueve leguas al Suroeste de la nueva capital, en dirección del Mar del Sur, y en ella se reúne el Congreso del Estado. A pesar de haber sufrido frecuentes terremotos, su población ha llegado siempre a 8,000 o 12,000 almas, poco después de cada una de esas calamidades. El canónigo Dighero, que consagraba sus trabajos científicos a la apertura de una buena comunicación por una carretera a un canal entre la capital y el Pacífico, me refirió que se acordaba del terremoto del 29 de Julio de 1773, el que siguió otra sacudida el 2 de diciembre del mismo año. En ninguna de estas ocasiones desertó de la ciudad toda la población, y a la larga se quiso obligarla a salir de ella mediante una real orden, pero sin efecto. Tampoco abandonó la vieja capital el Cabildo Eclesiástico hasta el año 1779, a pesar de las advertencias de otros fuertes temblores de tierra en 1775. Los incorregibles, (1) como llaman con razón a los habitantes actuales, alcanzan a unos 18,000 y las casas son pocas y caras. A lo largo de las primeras cinco millas, saliendo de la ciudad nueva, el camino corre por bonitas laderas cubiertas de césped; después se ven más árboles; luego se pasa por profundas cañadas y se sube por las faldas de barrancas escarpadas que continúan hasta entrar en la Antigua. Al acercarme a ella me impresionó mucho la romántica belleza de la ciudad y del paisaje que la rodea. Intentaré describirlo.

Al Sur y al Este la ciudad está limitada por las tres grandes montañas cónicas de Guatemala, y al Norte y al Oeste por sierras (2) escabrosas y exuberantes de menor altura, al través de las cuales serpentea el camino que conduce a la nueva capital. La más hermosa de las tres grandes montañas se encuentran al Este; la llaman el volcán de Agua, porque a veces despide agua fría por el lado del Norte. Las otras dos, que están al Sur, también emiten agua, pero como siempre es caliente, esto les ha valido el nombre de volcanes de Fuego. El agua caliente que sale por su falda del Oriente es muy medicinal y se llama de Bartolomé Acatenango. Hay una montaña más grande, al Sur de estos volcanes, llamada Pacaya, y otra al Oeste que lleva el nombre de Atitlán. En realidad, las tres montañas más grandes se encuentran muy inmediatamete a la población y sus faldas arrancan en suaves y uniforme pendiente de las mismas calles de la ciudad y están cubiertas de plantaciones de nopales o cochinitillas y de añil casi hasta la mitad de su altura, con jardines exuberantes y grotescos pueblos de indios esparcidos en ellas. De allí hasta la propia cumbre ostentan árboles muy corpulentos. Las planicies en que están situadas la Antigua y la Nueva Guatemala tienen una altura de unos 1,800 pies sobre el nivel del mar (3). Las cimas de las montañas, medidas desde el nivel del mar, es-

(1) En castellano en el texto.

(2) En español en el texto.

(3) El autor comete aquí un error, pues es bien sabido que estas dos ciudades están situadas a unos 5,000 pies sobre el nivel del mar. N. del T.

tán a una legua de altura, o sean 15,000 pies. Por consiguiente se levantan a unos 13,200 desde su base, altura que sin embargo de estar a menos de 2,547 pies del límite inferior de las nieves perpetuas, es de 1,000 a 3,000 pies superior (contando desde su base) a al de todas las montañas de Norte y Sur América. Voy a demostrarles. (4).

La montaña más alta y la más cercana a la ciudad de México es la de Ajusco, en dirección del Sur; su mayor altura es de 12,052 pies; pero situada como está en el lindero de una antiplanicie que tiene 7,470 pies de elevación, su verdadera altura, medida desde la base hasta la cumbre, es solamente de 4,582 pies. Ajusco, mirada a una distancia de diez leguas desde la ciudad de México, ofrece una vista magnífica. ¿Cuál no sería por lo tanto la impresión que me causaron las montañas de la Antigua, cuyas bases arrancan del final de las calles de la ciudad hasta llegar a una altura tres veces igual al de Ajusco, y que por su relativa elevación sobre el nivel del mar y encontrarse en una latitud más cálida, están cubiertas de vegetación perpetua hasta las cumbres! El Chimborazo, el pico más alto de los Andes en la América del Sur está a 21,447 pies; pero descansa en una planicie de 9,514 sobre el nivel del mar; de modo que su verdadera altura desde la base es tan sólo de 11,927 pies de los cuales 2,700 están cubiertos de nieve.

Los dos más altos de las montañas mexicanas, el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, presentan un aspecto grandioso y aterrador, con sus cumbres cubiertas de nieve, cuando se les contempla de lejos. La más alta, que tiene 17,710 pies sobre el nivel del mar, mide desde la base hasta la cúspide unos 10,000, en tanto que los tres volcanes indestructibles de Guatemala (es extraordinario que no tengan nombres y tal vez los de Sidrach, Misach y Abdénago (1) podrían convenirles), alcanzan a 13,000 pies, como se ha visto. Es probable que en el mundo entero no exista un cono tan perfecto como el del Volcán del Agua, uno de los tres de que se trata; y aun cuando no es de una grandiosidad aterradoras como las otras montañas de aquellas regiones, posee una belleza superlativa y provoca sensaciones de asombro y deleite.

CAPITULO 17

DESCRIPCION DE LA ANTIGUA GUATEMALA.

Por amable intervención de Mr. Bailey, obtuve una orden dirigida al mayordomo que habitaba el castillo del marqués de Aycinena para que me diese alojamiento. La aproveché de buena gana, porque, como lo he dicho ya, las casas eran sumamente caras y no había nada parecido a una posada. Sucedió que D^a María, la hija de mi hospedadora, se había trasladado a aquel bellissimo lugar con ánimo de pasar algunos días, como solía hacerlo todos los años, con una señora llamada D^a Juanita de Quiñónez, perteneciente a una de las familias más respetables y puedo añadir que más numerosas de la ciudad. Era D^a Juanita una mujer pequeña y agradable que podía tener unos veinticinco años. Su marido, de edad mucho más avanzada, era Médico y se encontraba a la sazón en la capital con sus dos niños mayores. Doña Juanita había tenido nueve o diez hijos, todos muy bonitos y simpáticos, pero de colores tan variantes como un manojito de guisantes de olor. Al andar por la ciudad vi a dos o tres de ellos acurrucados en el alto antepecho de una ventana y entretenidos con sus juguetes. Asomaron las caritas a la reja de hierro y me detuve para verlos; su belleza y su inocencia me habían traído; pero después de mirarlos un instante seguí mi camino.

Después de instalarme en casa del marqués, me fui a recorrer la ciudad y pregunté, por la morada de D^a Juanita, sin saber que era la misma en la cual me habían llamado los niños la atención. Al cabo de algunas indagaciones, entré por fin en la residencia de unos parientes suyos que vivían casi en frente de ella y me presentaron a las tres primas de D^a Juanita, quienes, según supe más tarde, eran las beldades de la Antigua. Mi visita a esta población era totalmente inesperada; pero D^a Juanita, con una hospitalidad que no pude menos de agradecer y por desgracia se encuentra con demasiada frecuencia en razón inversa de la civilización, me invitó a ser su huésped durante mi estada en la ciudad. Acepté su amable ofrecimiento, quedándome a dormir en el castillo donde habían depositado mi ropa de cama y mi equipaje. Los tres días siguientes los empleé en visitar las ruinas de aquel lugar encantador. En mis excursiones me acompañaba por lo general parte de la familia, especialmente los bonitos niños que al principio me llamaron tanto la atención. Había una chiquilla de ocho años que no obstante ser dos de sus hermanas unas trigueñas completas, al igual de su madre, era rubia como un ángel y puedo añadir que casi tan linda como él. Era de inteligencia vivaz y yo solía divertirla con forjadas historias de gigantes, ballenas, enanos, magos y otros disparates que rara vez dejan de provocar la admiración de los niños de su edad y de cualquiera otra; pero me chocó oírle usar siempre como interjección de sorpresa el nombre de nuestro Redentor, que pronunciaba en tono gutural: ¡Jesús! Es

(1) Toda la demostración siguiente está fundada en el error inicial acerca de la altura de las ciudades de la Antigua y la Nueva Guatemala. N. del T.
Personajes de la Historia Sagrada. N. del T.

lamentable que reine esta costumbre irreverente entre los suramericanos; porque no obstante no caber duda de que la expresión se usa inocentemente, como estoy seguro de que lo era en el caso de que se trata, a los extranjeros les da la idea de que son ligeros tocante a los asuntos religiosos, cosa que están lejos de querer manifestar, y por consiguiente no debe hacerseles ese cargo de modo general.

En una de mis excursiones por la ciudad visité los principales puntos que habían sufrido con los terremotos. Al Sur están las ruinas del inmenso convento del Colegio de Cristo. El pórtico y un pedazo de pared lateral, que parece recién fabricado por el aspecto de frescura que tiene la mampostería, es todo lo que queda para marcar el lugar donde estuvo. Todo el resto del terreno que abarcaba se convirtió en un gran cementerio en que quedaron sepultadas cerca de doscientas personas bajo las ruinas, que ahora apenas pueden distinguirse entre las tupidas hierbas que las sobrepasan. Lo cierto es que toda la ciudad presenta un panorama espléndido de poética ruina.

No hubo en ella menos de cincuenta o sesenta iglesias. La mirada inquisidora puede descubrir todavía sus ligeros vestigios en algunos sitios; en otros se yerguen columnas aisladas, como grandes fantasmas en medio de lúgubres boscajes. Subí a caballo con una gran comitiva por la falda del volcán de Agua, hasta una media milla de altura, y desde allí pude abarcar mejor el paisaje de la parte baja. Hice muchas preguntas a mis compañeros, pero me fue sumamente difícil obtener los informes más sencillos. La razón es obvia. Nacieron y se criaron en la ciudad y por consiguiente no saben nada de ella, como el cockney (1) que de muchacho hace su aprendizaje en la cima de Ludgate-hill y se establece después allí de por vida, no entra nunca en la iglesia de San Pablo, en tanto que el natural del Yorkshire, que sólo hace una visita de dos días a Londres, sube hasta la cúspide de la cúpula, va a conocer la abadía de Westminster y los leones de la Torre por añadidura.

Obligado por lo tanto a atenerme a mis personales observaciones, creo que la ciudad ocupaba una extensión de terreno tan grande como el que forma actualmente el asiento de México y más o menos el doble del de la nueva capital de Guatemala. Las casas eran de dos pisos y tenían encima de las puertas y ventanas frisos primorosamente esculpidos; pero los edificios posteriores, fabricados conforme a lo que prescribe la ley, no pasan de diez y ocho pies de altura y son de un solo piso, lo mismo que los de la ciudad nueva. Habiendo desaparecido el miedo a los terremotos (hace veinticinco años que ocurrió el último), están edificando casas por todas partes sin cuidarse para nada de la comodidad ni del ornato. En realidad, hay tan pocas casas que dos o tres familias se ven obligadas a vivir en la misma; y como los habitantes de la Nueva (2) suelen venir a recrearse con el cambio de aires, los alojamientos para la temporada se consiguen más bien por amor que por dinero. Este era el caso en aquella ocasión y la ciudad estaba repleta de gente. Además de los que habían venido por motivos de salud, estaban los que sólo perseguían la diversión: porque aparte del reconocido buen clima del lugar, los caminos que unen a las dos ciudades, aunque intransitables para los carruajes, no lo son tanto como para impedir totalmente el paso de personas enfermas. Los vecinos se ocupan en el cultivo de la cochinilla y otros trabajos agrícolas. Sin entrar a enumerar las ruinas de todos los templos que ornaban la ciudad, mencionaré las pocas que pude observar.

Al Oriente e inmediatas a la falda del volcán de Agua están las ruinas de la Escuela, Santa Ana, el Calvario, San Cristóbal, San Juan Cascón, San Pedro Huclán, Santa María y San Bartolomé. Al Oeste se alza solitario y casi en perfecto estado, como si acabara de ser erigido, el arco soberbio del coro de Santo Domingo. (3). Los conventos de San Jerónimo y San Sebastián, situados al Norte, fueron los que sufrieron menos; pero el total de las iglesias que ahora están en uso para fines religiosos no pasa de siete u ocho. El clima lo encontré muy parecido al de la ciudad nueva. El termómetro marca, por término medio, 75° en el día y 63° en la noche, y durante el verano unos diez grados más de calor. El mayordomo del castillo del marqués tenía un terrenito cerrado con tapias cerca de su casita, y habiéndolo visto una mañana muy atareado, me acerqué para ver lo que hacía. Estaba sembrando nopales de cochinilla. Para los que ignoran la manera de hacerlo, puede ser útil decir que la operación difiere de cualquiera otra manera de sembrar.

El nopal es una planta de escaso tronco, pero que se expande en hojas anchas y gruesas, más o menos espinosas, según la clase. Para cada planta se siembran una o dos de estas hojas, dejando un espacio de dos o tres pies cuadrados entre una y otra mata, y se le inocular la cochinilla, siendo apenas necesario decir que ésta es un insecto. Es lo mismo que si se tomara el añublo de un manzano o de cualquiera otra de las plantas comunes, para frotar con él otro árbol sano, lo que traería como consecuencia que éste, inoculado de se modo, se cubriría de tizón. Una pequeña cantidad de los insectos

(1) Hijo del pueblo bajo de Londres.

(2) En español en el texto.

(3) De la Recolección. Nota de la Dirección.

de que se trata hasta para cada planta, la cual, a medida que crecen sus hojas, se cubren con seguridad de valiosos parásitos. Cuando la planta está enteramente saturada, se raspa con gran cuidado la cochinilla. Las plantas no valen mucho el primer año; pero de las preguntas que hice al mayordomo sobre la producción, resulta que a partir del segundo se puede calcular que de cada planta se saca un beneficio de un dólar a dólar y medio. El índigo se describe como una substancia de color azul obscuro, que contiene alrededor de un cincuenta por ciento de materia colorante. El análisis del índigo —dice Brande en su "Manual de Química", página 49, en que se propone averiguar la proporción de materia colorante—, que varía mucho en los diversos ejemplares, puede hacerse mediante la acción sucesiva del agua, del alcohol y del ácido muriático. Cien partes de índigo de Guatemala, sometidas a este tratamiento, dieron la siguiente proporción: doce de agua, treinta de alcohol, diez de ácido muriático y cuarenta y ocho de residuo de índigo puro. Este análisis parece probar que el índigo de Guatemala es superior al de cualquier otro país.

Miércoles, 23 de Junio. — Visité a D. Juan de Barrundia, Jefe Político del Estado. (1). Acertó a ser el día de su santo, o de su natalicio, como diríamos en Inglaterra; porque en aquellos países acostumbran poner a las gentes el nombre del santo del día en que nacen. Todas las autoridades y los vecinos más respetables habían ido a presentarle sus respetos. Estuve con él una media hora, durante la cual la conversación giró principalmente sobre la organización política del país y el sistema federal adoptado. Se me había dicho, y acontecimientos posteriores probaron la verdad de esta aserción, que D. Juan no era tan afecto al sistema federal como hubiese sido de desear para la tranquilidad de la República. Como casi todos los disturbios ocurridos después en Guatemala han nacido de la tendencia a combatir la autoridad del Gobierno federal, puede ser que valga la pena esbozar ligeramente para mis lectores los principios conforme a los cuales está establecida la Federación. Este mismo esbozo probará, según entiendo y sin dejar lugar a duda, que cuando sea posible calmar estos ligeros sentimientos de discordia, el poder del Gobierno quedará asentado sobre una base firme y estable.

CAPITULO 18

GOBIERNO Y CONSTITUCION DE LA FEDERACION. — ORIGEN Y PROGRESO DE LA REVOLUCION. — RELACIONES EXTERIORES E INTERIORES.

El actual gobierno político de Guatemala, lo mismo que los de las otras Repúblicas del Hemisferio Occidental, se funda más o menos en los principios de la Constitución de los Estados Unidos del Norte. Es una República federal representativa. El Poder Legislativo de la Nación reside en el Congreso federal, compuesto de Representantes elegidos por el pueblo, y le corresponde hacer las leyes que interesan directamente a toda la República, así como la ordenanza general del Ejército Nacional; fijar los gastos de la administración general; declarar la guerra o hacer la paz; emitir y arreglar las leyes comerciales y determinar el sistema monetario. Un Senado, compuesto de los Senadores popularmente electos por cada uno de los Estados, sanciona las leyes y aconseja al Poder Ejecutivo en los asuntos de importancia. Tiene también la facultad de proponer para el nombramiento de los altos funcionarios de la Federación y vigila su conducta. El Presidente, electo por el pueblo, está investido del Poder Ejecutivo; cuida de que se observen las leyes; entabla, consultando al Senado, negociaciones y celebra tratados con las potencias extranjeras; dirige a fuerza armada y nombra los funcionarios federales. Un Vicepresidente también electo popularmente, hace las veces del Presidente en los casos que señala la ley. Una Corte Suprema de Justicia, compuesta de individuos igualmente electos por el pueblo, conoce en última instancia de los asuntos que expresa la Constitución y originalmente en las causas civiles del Presidente, los Senadores, Ministros diplomáticos acreditados en el extranjero, Secretarios de Estado y otros altos funcionarios. La República federal se compone de cinco Estados soberanos e independientes, (1) que son: Guatemala, Honduras, Sonsonate, (2) Nicaragua y Costa Rica. Cada uno de ellos tiene:

1º—Una Asamblea de Diputados electa popularmente, que dicta leyes, ordenanzas y reglamentos; determina los gastos de su administración; decreta impuestos y fija el número de la fuerza armada, de acuerdo con el Congreso federal;

2º—Un consejo representativo nombrado por el pueblo, que concede o deniega su sanción a las leyes; aconseja al Poder Ejecutivo y le propone para el nombramiento de los altos funcionarios;

3º—Un jefe electo popularmente que ejecuta las leyes, nombra los empleados públicos y dispone de la fuerza armada;

- (1) Debiera decir Jefe del Estado. El cargo de Jefe Político, a más de ser inferior en categoría, no era electivo. N. del T.
- (2) Los Estados de la República Federal de Centro América no eran ni podían ser soberanos; y lo que a este respecto dice la constitución federal en su artículo 1º, es que cada uno de ellos era "libre e independiente en su gobierno y administración interior", y no podía ser de otro modo. N. del T.

4º—Un Jefe Político, (1) o Vicejefe, nombrado por el pueblo, que actúa en los casos previstos por la ley;

5º—Una corte superior de justicia nombrada popularmente, que es el tribunal de última instancia.

Por lo que antecede se podrá ver que hay completa uniformidad, no sólo entre los gobiernos políticos de los diversos Estados, sino también entre cada uno de estos gobiernos y el sistema general de la Federación, de la que desde luego son un componente y una copia. ¿Hasta dónde conviene en la práctica esta clase de organización política? Es bastante difícil decir. Siendo así que el Congreso federal tiene su asiento en la capital de la nación, el del Estado de Guatemala tiene que reunirse en la Antigua. La autoridad del Presidente de la Federación y la del Jefe del Estado están tan cerca la una de la otra, que es difícil definirlos.

“Non bene conveniunt, noc in una sede morantur, Majestas ei...” Majestas!

Esta circunstancia ha motivado en México algunas desavenencias entre dos autoridades colocadas en situación semejante, y era la verdadera causa de la frialdad política que a la sazón existía entre las de la misma clase en la República entera. Antes de referirme con mayor particularidad a los disturbios civiles que han sido por desgracia la consecuencia de haber atizado esa discordia y los que han impedido que el Gobierno británico haya entrado en relaciones con aquella República tan favorecido, y mientras me encuentro sentado en compañía del refractario Don Juan, Presidente del Estado de Guatemala, voy a causar a mis lectores una molestia poniendo ante sus ojos los siguientes y breves datos sobre la revolución de la República en general, que ha conducido a su independencia y a su actual sistema de gobierno. Así podrá verse cuáles son las fuentes de donde proceden las autoridades actuales y juzgar de las probabilidades de su consistencia y feurza en último término.

Los primeros síntomas en favor de la independencia se manifestaron durante la invasión de España por los franceses. En aquel entonces las ideas revolucionarias empezaron a ser discutidas y a ganar terreno. En 1811, 1812 y 1813 hubo ciertos movimientos más positivos, favorables a la independencia, en los cuales la provincia de San Salvador tomó la iniciativa. Sin embargo, no ocurrió nada importante hasta 1820, año en que habiendo sido restablecida la constitución española, se promulgó en Guatemala en julio del mismo año.

El 15 de septiembre de 1821, a instigación de varias provincias, especialmente la de San Salvador, e inducido después por la circunstancia de haberse emancipado hampa sobre la base del plan de Iguala, el gobernante español formó una junta compuesta de todas las autoridades para deliberar sobre las medidas que debían tomarse. Habiéndose declarado esta junta, por gran mayoría, en favor de la separación total de la madre patria, publicó una Acta General de Independencia. En seguida surgieron dos partidos: uno favorable a la independencia absoluta de México y de España, así como a una unión federal de los Estados guatemaltecos; el otro se inclinaba al plan de Iguala que, como es bien sabido, proponía el establecimiento de una monarquía y ofreció el trono a los Borbones.

El partido español, teniendo que escoger entre dificultades, optó por un término medio, abogando por el plan de Iguala. León, capital de Nicaragua y Comayagua, la de Honduras, se declararon también en favor de la misma forma de gobierno; pero la mayoría de las ciudades y pueblos de estas provincias proclamaron su adhesión al Acta General de Independencia formulada por la junta. El gobierno supremo se puso en manos de una junta privisional, bajo el sistema independiente o federal, hasta que el Congreso que estaba convocado al efecto estableciese una forma de gobierno más regular. Tal era el estado de cosas el 19 de octubre de 1821, fecha en que Iturbide lanzó su primer manifiesto a los guatemaltecos, en que después de felicitarlos por su independencia procuraba persuadirlos de que para apoyar tan saludable medida había enviado a Guatemala un ejército numeroso y bien equipado. Los independientes no juzgaron este acto tan benévolo como Iturbide; pero los del partido español aclamaron a éste como a su protector, y desde entonces, en vez de servirles, (2) como los habían llamado antes tomaron el nombre de imperialistas.

El jefe de este partido, a la vez presidente de la junta y Jefe Político, era Filisola, el cual había sido uno de los promotores principales del plan de Iguala. Este individuo fue el que mostró mayor empeño, el 30 de noviembre de 1821, en hacer circular el susodicho manifiesto de Iturbide en las provincias. A este documento añadió otro firmado por él, indicándole al pueblo que no tenía más alternativa que unirse a

(1) El autor confunde el cargo de Vicejefe del Estado con el de Jefe Político. El Vicejefe era de elección popular y de derecho Presidente del Consejo representativo; los Jefes Políticos los nombraba el Poder Ejecutivo y sus funciones eran semejantes a las de los actuales Gobernadores de provincia en Costa Rica. N. del T.

(2) En español en el texto.

México o sostener una guerra con este país, cuyas tropas ya venían marchando. Antes de que transcurriese el tiempo necesario para averiguar la opinión de las diferentes poblaciones, él y sus partidos, que votó en favor de la unión de Guatemala a México, la proclamaron el 5 de enero de 1822. La provincia de Chiquimula intentó separarse inmediatamente. Costa Rica y Granada—la última forma parte de la provincia de Nicaragua— eran también adversas a la unión, y la total separación de San Salvador fue proclamada en el acta del 11 de enero de 1822.

Entre tanto fue disuelta la junta provisional de Guatemala. Filísola marchó con sus tropas contra San Salvador, saliendo completamente derrotado en el combate del 3 de julio. El pueblo de esa provincia lo volvió a Guatemala cuando se recibieron allí las primeras noticias de la revolución contra Iturbide, convino en que se convocara el Congreso como lo había establecido el Acta de Independencia. Así se hizo por otra del 29 de marzo, y el 2 de julio dicho Congreso decretó que las tropas mexicanas debían evacuar el territorio guatemalteco. Al pasar éstas por la capital de la provincia de Chiapas, de la que Filísola era Comandante, surgieron algunas dificultades. Insistió éste en que la provincia se separase de la Federación guatemalteca, alegando que pertenecía al Gobierno de México; y mientras Chiapas parecía aceptar en silencio este arreglo, Filísola continuó su marcha dejando allí un destacamento de su división al mando del Coronel Codallos, que fue expulsado después por las fuerzas militares unidas de Tuxtla y Comitán.

A pesar de que los mexicanos hacen figurar actualmente a Chiapas en la lista de las provincias de su Federación y de no estar incluída en la de Guatemala, es lo cierto que desde el tiempo a que me refiero, el asunto se ha considerado como muy discutible y todavía van y vienen notas de carácter amistoso entre las dos Repúblicas, acerca del derecho de propiedad sobre ese territorio.

Como los disturbios ocurridos en San Salvador se calmaron con la deposición de Iturbide, terminando después, gracias a un acuerdo amistoso con el Gobierno de la capital, no es necesario relatar sus pormenores. Hubo también algunas escaramuzas en Nicaragua, pero no requieren comentarios por falta de interés. (1)

Rotas por la deposición de Iturbide las barreras que se oponían al establecimiento de un gobierno federal, el antiguo partido español, que fue después el imperialista se desconcertó y alarmó demasiado para seguir dando rienda suelta a sus opiniones. Por lo tanto, el 24 de junio del mismo año fue declarada la independencia por la Asamblea Constituyente y el 17 de diciembre se publicaron las bases de la constitución. Entretanto se había establecido un Supremo Poder Ejecutivo electo por la Asamblea y la nación tomó el nombre de Provincias Unidas del Centro de América.

Desde aquel entonces empezó Guatemala a actuar como Estado libre y soberano. El 9 de junio de 1824 su independencia fue reconocida por Colombia; el 3 de agosto su legación fue debidamente recibida por los Estados Unidos de Norte-América; el 20 de agosto México le otorgó su reconocimiento y el 3 de septiembre recibió a su embajador; el 6 del mismo mes la instalación del Congreso de Costa Rica vino a completar el sistema de federación; el 15 se instaló el Congreso federal; el 22 de noviembre firmaron los Diputados la Constitución, y el 6 de diciembre el Congreso aprobó el empréstito de los señores Barclay and Co., por valor de 7.142,047 pesos; pero, como es bien sabido, este empréstito, por motivo de la gran crisis monetaria ocurrida en nuestro país, nunca fue cubierto, salvo en muy pequeña parte. Si se hubiese logrado que lo fuese el Gobierno se habría fortalecido y los efectos perniciosos de las últimas disensiones se hubieran evitado muy probablemente. Tal como están las cosas y según puede verse ahora han sido sofocadas por la mano del Gobierno sin el auxilio pecuniario que había contratado y tenía el derecho de esperar. Es problemático que ninguno de los viejos gobiernos europeos hubiese podido mantener su dignidad y su poder después de semejante decepción.

En el año de 1825 se registraron también las siguientes circunstancias que abonan asimismo el honor y la estabilidad de la República:

El 25 de febrero llegó el Cónsul de los Estados Unidos y le fue otorgado su exequátuv; el 15 de marzo (2) se firmó un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Colombia; el 10 de abril las autoridades públicas juraron la Constitución; el 21 del mismo mes se efectuó la ceremonia de la toma de posesión del Presidente (esto fue el mismo día de mi salida de México), y el 23 de julio arribó a Izabal Mr. O'Reilley, el mismo domingo en que llegué a la costa para embarcarme con rumbo a la Gran Bretaña. (3)

- (1) El autor no hace referencia al conflicto interno ocurrido en Costa Rica en la misma época, que terminó el 6 de abril de 1823 con el combate de Ochomogo entre imperialistas y republicanos y la victoria de los últimos. N. del T.
- (2) El texto dice 25 de marzo por error. N. del T.
- (3) Hacia el mismo tiempo llegó también un ministro de los Estados Unidos, pero murió a consecuencia del clima antes de llegar a la capital. N. del A.

Sin ninguna pedantería o afectación, confío en que estos comentarios no serán considerados como fuera de lugar. Siempre he hablado libremente en favor de la estabilidad de la federación de la República Central, y el público británico podrá juzgar por la anterior y sencilla exposición de los hechos, si he tenido o no motivos para hacerlo así. No puedo pretender decir lo que sucedió respecto de los sentimientos de Don Juan Barrundia, el Jefe Político, después de que me despedí de él en aquella ocasión; pero estoy tal vez autorizado para juzgar de este modo favorable el aspecto general de las cosas. Lo cierto es que el jefe manifestó los mejores deseos en favor de un acuerdo amistoso con el Gobierno británico y lo hizo con mucha cortesía y amabilidad para mí, única manera práctica que tenía de mostrar sus sentimientos. Y por el tenor de la conversación que después tuve con el Presidente de la República, en que éste pareció sonreír ante la probabilidad de que entre ellos pudiese ocurrir algún acto abiertamente hostil, creí justo llegar a la conclusión de que la República de Guatemala se encontraba probablemente, en aquel entonces, en debido estado de que la Gran Bretaña reconociese inmediatamente su independencia.

CAPITULO 19

ALEGRES FIESTAS FAMILIARES

Al regresar para comer con doña Juanita encontré la casa llena de gente. Era también el día de su natalicio. En la sala principal habían colocado una gran mesa y nos sentamos a ella más de treinta personas. Resultó una de las mejores comidas españolas a que asistí en aquellos países. Presidía la mesa don J. Montúfar, Diputado por la Antigua al Congreso federal para quien llevaba yo cartas de presentación, además de haberle conocido íntimamente en México. Se pronunciaron muchos brindis en honor de Su Majestad Británica y del pueblo inglés, con tanto placer y regocijo que no juzgarlos sinceros equivaldría a ceer —y esto me resulta imposible— que los guatemaltecos son los seres más falsos del mundo.

Después de comer, toda la concurrencia se fue a ver los festejos que se celebraban en la ciudad en honor del natalicio del Jefe Político. Grupos de vecinos bailaban en la calle y en medio de las descargas de los fuegos artificiales se oía la voz metálica de la trompeta guerrera, que se mezclaba con el pacífico tañido de la guitarra. Las iluminaciones contribuían a la brillantez del espectáculo; la noche estaba hermosa y tranquila; no se sentía un soplo de aire; las corpulentas arboledas que rodeaban la romántica ciudad con sus valles de un verde sempiterno se veían tan inmóviles como las montañas en que crecen. La luna aparecía en el centro del dosel azul del cielo sin nubes, y los objetos alumbrados por ella no proyectaban ninguna sombra perceptible; estaba suspendida en su cúpula aérea como una lámpara sinumbra (1) sobre el teatro de los festejos. Yo me había separado de mis compañeros para meditar sobre el bellissimo espectáculo. El lejano murmullo de la vida hacía un extraño contraste con la calma solemne de las tumbas ignotas holladas por mí. Cada paso parecía ser una advertencia de muerte; porque el suelo tenía ecos y el polvo estaba impregnado de los restos mortales de los que fueron sepultados en plena vida. Dos veces, en el término de medio siglo, los habitantes de aquel bellissimo y pavoroso lugar habían sido aplastados en medio de sus goces, tronchados de sus tallos como flores, y, salvo sus parientes que aún vivían, nadie parecía recordar su infortunio.

De nuevo había entrado en la ciudad. La plaza estaba todavía atestada de los que impulsados por la alegría, la indolencia o la curiosidad habían venido a presenciar los festejos. Los fuegos artificiales no estaban agotados, los faroles brillaban aún y la muchedumbre era todavía compacta. Dos de los costados opuestos de la plaza estaban ocupados, el uno por las casas consistoriales y las oficinas públicas, y el otro por una iglesia; los dos restantes por almacenes de comercio y tiendas de víveres, formando el conjunto un resumen de la Iglesia, el Estado, el comercio y la agricultura. Al propio tiempo que estos florecientes economistas políticos dicen que el pueblo ha de ser feliz, y aún cuando no lo digan, resulta que lo es algunas veces sin ellos. Las gentes reunidas en aquella ocasión parecían estar tan alegres y despreocupadas como si nunca hubiesen meditado sobre tales asuntos. Las transiciones de la inquietud a la frivolidad, de la zozobra a la indiferencia son tan rápidas e imperceptibles, especialmente en el vulgo, que todo gobierno tiene la obligación de hacer lo posible porque el público se divierta. Los privilegios para el establecimiento de las ferias en Inglaterra tuvieron esto como principal objeto; y el mantenimiento de derechos semejantes en favor de las clases bajas en las Repúblicas de la América del Sur, es quizás una de las principales causas de que hayan permanecido fieles a todas las dinastías a las cuales han estado sujetas.

Cuando iba pasando por la larga calle que conducía a la casa de doña Juanita, encontré una música compuesta de tres guitarras, un violín y un contrabajo. Como el baile de la plaza se estaba enfriando andaba en busca de alguna reunión particular donde pudiera emplearse. Al entrar por el zaguán del patio tropecé con un carruaje. No tenía caballos y era el único que había, no sólo en mi camino, sino también en toda la ciudad, según creo. ¿Por qué estaba allí? No lo sé. Era muy ancho, muy grande y ocupaba

(1) En latín en el texto.

casi todo el zaguán. Me enteré de que allí se encontraba constantemente y parecía estar siempre listo para salir; pero a semejanza de una valiosa y magnífica obra de ebanistería que diese prestigio y honra a su dueño, se había convertido en un objeto estacionario, quedándose en su puesto para mantener la dignidad del establecimiento.

El gran salón presentaba un espectáculo muy animado al penetrar yo en él. Las cornucopias de las paredes estaban alumbradas con tantas velas como podían soportar y éstas no bajaban de una docena. Habían sacado las dos camas que estaban en la sala; los sirvientes se veían muy afanados y, como de costumbre, gentes de las clases populares más pobres se agrupaban en la espaciosa puerta. La concurrencia, que ya llegaba a cuarenta personas, estaba en gran parte mejor trajeada que a la hora de la comida, especialmente las señoritas, cuya animación traducía un placer más bien en cierne, pero que rara vez resulta tan grande como el que se tenían la esperanza de disfrutar. Era evidente que se trataba de los preparativos de un baile; y creo que son pocas las señoritas que al regreso de una fiesta de esa clase se sientan tan felices como a la ida. En la concurrencia vi a las tres primas de mi hospedadora, a quienes había visitado por equivocación. Salvo dos o tres excepciones, eran indudablemente las beldades del baile. Una de ellas tenía al parecer dos pretendientes, tan celosos ambos en sus cortejos que la pobre chica estaba enteramente azorada; de suerte que en vez de bailar muy agradablemente toda la noche, como lo esperaba, no lo hizo con ninguno de los dos para no ofenderlos; pero se afectó tanto con su situación, de verdad o de propósito, que tuvo que acostarse, haciéndolo muy cómo damente en una de las camas del cuarto siguiente. Como entre los dos aposentos no había más que un marco de puerta la acompañaban constantemente sus pretendientes, los cuales le llevaron helados y las demás cosas que el caso requería. Sus amiguitas parecían sentir mucho la situación en que se encontraba y para ser justo diré que a menudo las vi mirándola con ansiedad por si podían prestarle algún auxilio. Una de ellas, no tan bien dotada como las otras en cuanto a personales atractivos, parecía ser la más juiciosa de todas; tenía también un carácter muy solícito; porque habiéndose sentado en el extremo del escaño que estaba cerca del marco de puerta, se quedó con los ojos clavados en el lecho de su infortunada compañera. ¡Qué amable es la compasión!

Ya fuese porque se apiadara de sus amigas o de sus enamorados, lo cierto es que la bella doliente relevó a las primeras de su vigilancia y a los segundos de sus cuidados antes de que terminase el baile. Entró en el salón con semblante alborozado y, lanzando de soslayo una larga mirada de consuelo a uno de sus novios, rodeó con el brazo el talle del otro, deslizándose con gracia a los compases del vals. Aquello era para mí un gran acertijo. Había estado verdaderamente indispuesta y ya estaba del todo bien; su desdicha se había trocado en felicidad; sus dos amantes, celosos ambos, se veían ahora contentos. Me senté al lado del que parecía menos favorecido, y estimulado por la curiosidad procuré orientar la conversación hacia el asunto de los afectos de la señorita; (1) pero no pude sacarle nada que me diese la clave del enigma.

—Siempre la he querido mucho—me dijo—y mi deseo ha sido verla casada con un hombre de bien (2). Luego añadió en tono muy bajo y confidencial:

—El señor con quien baila es un fracmasón.

—¿Cómo así!—le confesé.—¿Y por eso no es un hombre honrado?

Contrajo los labios hacia arriba como si hubiese dicho más de la cuenta, sacudió la ceniza de su cigarrillo con el dedo meñique de la mano en que lo tenía, y después de darle dos chupadas murmuró:

—¿Quién sabe?—(3)

Esta expresión no suele tomarse en su sentido literal, sino en el de "No sé"; y como un viajero rara vez encuentra en sus andanzas una persona capaz de darle los informes que le interesan, de cada diez preguntas que hace, nueve reciben por respuesta un ¿quién sabe? (4) Sin embargo, algunas veces lo usan para expresar una duda, cuyo tamaño se mide por el del encogimiento de hombros del que responde y el tiempo que se queda en esta posición; además, la cabeza de éste se inclina de un lado y su mirada se dirige oblicuamente al suelo en sentido opuesto. Y como en aquella ocasión el ¿quién sabe? (5) fue dicho con acompañamiento de todos estos gestos, sumamente característicos en cuanto al modo de hacerlos y el tiempo que duraron, era evidente que mi proposición originaba cuando menos muy serias dudas y que a juicio de mi apreciable compañero un fracmasón podía ser un hombre de bien.

(1) En español en el texto.

(2) En español en el texto.

(3) En español en el texto.

(4) En español en el texto.

(5) En español en el texto.

Yo quería bailar el siguiente vals con mi amable hospedadora y andaba en su busca cuando el señor (1) del cual me acababa de separar vino a ofrecerme una pareja que resultó ser nada menos que la señorita (2) con quien había bailado su rival. Era tanta la generosidad platónica del ofrecimiento que no pude rehusar y me comprometí para el próximo vals, no obstante que las muchachas enamoradas suelen ser muy estúpidas en sociedad para todo el mundo, excepto para sus novios. Mil cosas baladíes se pueden decir para divertir a una pareja que no esté dominada por un sentimiento tan imperioso; pero hacerse agradable cuando sí lo está resulta una tarea muy molesta y para llevarla a cabo se requiere mucha habilidad. Afortunadamente para mí éste no era el caso. Mi pareja era una de las muchachas más bonitas que estaban en el salón y además bailaba admirablemente. Era vivaracha y picotera; su delicada situación no parecía influir en ella; al parecer no sentía amor o estaba enteramente familiarizada con ese tierro sentimiento; mas para decir la verdad no era ni una cosa ni otra.

—¡Ah— me dijo en respuesta a unas preguntas que le hice,— desde hace tres años estoy comprometida para casarme con don Juan, y mi hermano, con quien estaba usted hablando, no ha dejado de oponerse a nuestra boda hasta esta noche!

He referido esta anécdota, porque no obstante ser de poca importancia puede servir para sincerar hasta cierto punto a las damas de aquellos países del oprobio que se ha hecho pesar sobre ellas tan sin rebozo. No cabe duda de que les gustan los galanteos y de que no se cuidan de ocultar su afición a ellos; pero en Guatemala, no menos que en cualquier otro país, hay muchas damas que son la excepción de la regla y además amables y virtuosas, a pesar de todas las apariencias. ¿Cuál es la reputación que está a salvo de las apariencias engañosas y de las deducciones injustificadas? Un observador armado de prejuicios habría escrito una historia divertida a propósito de la muchacha guatemalteca enamorada.

Los concurrentes habían formado grupos, poniéndose a tocar las guitarras y a cantar. Estaban sentados en los escaños en torno de la sala mientras disponían de la cena. En ésta me tocó estar al lado de una viuda joven, hermana de don., uno de los que antes habían formado el Poder Ejecutivo. Acababa de volverse a casar con un joven sin más recomendaciones que sus prendas personales y su reputación. La dama estimó que era suficiente, pero no así su familia, la cual le volvió las espaldas, según pude saber. A pesar de esto era considerada como una señora de alta categoría y ocupaba un lugar distinguido entre los convidados. Sin embargo, su situación doméstica parecía preocuparla y me refirió los pequeños proyectos que su marido y ella estaban haciendo para aumentar sus rentas. El principal era el cultivo de la cochinitilla. Con un capital de unos 3,000 pesos habían sembrado ya 2,000 nopales que debían producir, después del primer año y siempre que la cosecha no fuese mala, una ganancia anual equivalente a la totalidad del dinero invertido. Le expresé el deseo sincero de que el negocio tuviese buen éxito y por informes posteriores supe que sus cálculos no eran demasiado optimistas. Enfrente de nosotros estaban un viejo español rico que podía tener unos sesenta y cinco años y acababa de casarse en terceras nupcias con una chica de diez y siete, que se divertía en el extremo de la mesa con los más jóvenes de los galanteadores. Durante la comida había estado trinchanto con mucha diligencia y era divertido ver el orden, y la precisión con que hacía pasar los platos a los convidados. Igual actividad desplegó durante la cena, desempeñando su oficio como un hombre de negocios. Me dijeron que toda su vida lo había sido; pero ya estaba retirado y, según parece, dedicaba ahora a la mesa los cuidados que antes le merecía el mostrador. Con todo, al pobre viejo no le faltaban sinsabores. No había calculado, hasta después de su casamiento, que entre la edad de su mujer y la suya había una diferencia de medio siglo.

CAPITULO 20

INCIDENTES QUE ME OCURRIERON EN LA ANTIGUA. — REGRESO A LA CAPITAL. — TEATRO. VOY AL

Como mi estada en la Antigua tocaba a su fin, se convino antes de retirarse la concurrencia, en que dedicaríamos el siguiente día a visitar los más bellos lugares de los alrededores de la ciudad. Así fue que a eso de las ocho de la mañana todos estaban listos para salir. Muchos iban montados en sillas de doble asiento. Había una mula aperada en esa forma para doña Juanita y uno de sus criados. Se me insinuó que por cortesía yo debía proponerle llevarla en aquella mula. Hice la proposición y fue aceptada, pero no tuvo efecto. El criado montó en mi caballo encontrándolo tan rebelde que tuvo que apearse, y yo me vi obligado a renunciar a mi galante ofrecimiento en su favor. Después de caminar una milla y media por la ciudad y los suburbios, penetramos en unos oscuros senderos tan sombreados por los follajes exuberantes que difícilmente podían caminar por ellos dos jinetes apareados. Una milla más allá, al mismo pie del volcán de Agua, llegamos a un gran edificio muy quebrantado por los terremotos, pero que permitía ver los restos de un palacio, porque efectivamente lo fue. Desde allí se abarcaba el hermoso pa-

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.

norama de la ciudad y bien valía la pena repararlo, siempre que alguno de los incorregibles (1) fuese bastante audaz para hacerlo. Pasamos por una ranchería (2) o hacienda pequeña en que estaban preparando vainilla, la substancia que da al chocolate español el buen aroma que le es peculiar. Las vainas de esta planta, que son más o menos del tamaño del dedo de un niño, después de ser expuestas al sol y frotadas con aceite las ponen en rollitos cubiertos con hojas de plátano. La planta se parece a la vid y trepa hasta la copa de los árboles más altos; sus flores son blancas con mezcla de rojo y amarillo, y cuando éstas caen viene el fruto en forma de vainitas verdes, algo semejantes a los plátanos; luego se ponen amarillas y por último de color pardo. Se cosechan cuando están amarillas, antes de que empiecen a reventar; en seguida las dejan en montoncitos para que fermenten; después las ponen al sol, aplasiándolas con la mano y frotándolas de vez en cuando con aceite de coco, de palmera o de otra clase. Como para la producción de la vainilla se requiere humedad, calor y sombra, la Antigua se presta para su cultivo; pero la cantidad producida es muy insignificante; sin embargo, puede llegar a ser un artículo de exportación lucrativo y no dudo de que así será tan pronto como el comercio del país se siente sobre una base sólida.

Hacia el mediodía regresamos a casa para comer. Me fuí a la cocina a ver los preparativos a fin de observar la manera de guisar. Lo hacían todo en ornillas de carbón de leña; no había un fogón para los asados y una media docena de cazuelas de barro formaban toda la batterie de cuisine. (3) En el suelo estaba caído un pavo desmayado y otro lo miraba de pie con la mayor angustia. No recuerdo haber visto nunca a un animal mostrar tanto sentimiento como aquella ave desconsolada; su compañero, al cual habían propinado una dosis de aguardiente para pasmarlo, estaba destinado a morir en los paroxismos de la embriaguez, a fin de poderlo comer inmediatamente. Siempre había notado, tanto en aquel país como en México, que los pavos eran muy tiernos. Todos recordamos que Horacio receta un poco de vinagre para ablandar la carne; pero el procedimiento de la borrachera mortal no es quizás tan generalmente conocido. En una gran pieza contigua a la cocina estaban algunas criadas escogiendo cochinita y metiéndola en saquitos para enviarla al mercado. La cantidad era considerable y podía valer de 4,000 a 5,000 pesos.

Por la tarde vino a verme una de aquellas damiselas para hacerme una consulta médica. Como lo he dicho ya en alguna parte, es inútil que un inglés manifieste su ignorancia o incapacidad en cuanto al arte de curar, porque el pueblo lo considera bien enterado de todo lo que a él se refiere. Consentí por lo tanto en recibir a la paciente. Era una joven robusta de unos diez y ocho años, regordeta y colorada; sus grandes ojos de un gris oscuro eran vivos y chispeantes y todo su aspecto revelaba una salud vigorosa. Cuando entró en mi cuarto acababa yo de descabezar un sueño en una de las dos camas que estaban en él; la otra la había ocupado don José, mi compañero; pero se había ido después de terminada su siesta. Cuando un hombre sabe poco de un asunto, le resulta difícil juzgarlo aún estando bien despierto; y si está medio dormido, es casi imposible que se forme alguna opinión acertada. Luchando con estas dos dificultades me froté los ojos, y habiéndolos fijado en la enferma, me puse a pensar seriamente qué podría desear que yo le recetara.

Hay ciertos momentos y situaciones en que le es difícil al hombre más serio no ceder ante el sentimiento del ridículo; su displicencia es tomada por sorpresa, como penetra un rayo de luz en una habitación obscura, y se pone bruscamente alegre a pesar de sí mismo. He dicho que me estaba devanando los sesos por adivinar lo que pudiera tener la muchacha. Su aspecto podía ser todo menos el de una enferma, y como yo estaba lejos de ser experto en materia de flebotomía, me inquietaba la idea de que fuese ple-tórica y tuviese necesidad de una sangría. Me alegré de saber que no se trataba de eso y que solamente tenía un dolor de muelas. Digo solamente, porque ya me he referido a un específico contra ese penosísimo mal y lo apliqué con buen resultado en aquella ocasión. En obsequio de los que lo padecen, repetiré con mayor amplitud la manera de aplicarlo. El paciente debe acostarse con la cabeza apoyada del lado que duele; el operador introduce un poco de alcohol —ron es lo que se cree ser lo mejor— en el oído situado encima, hasta el tanto de una cucharada de sopa y se deja adentro hasta que desaparezca el dolor, lo que generalmente ocurre en el término de tres o cuatro minutos. La sensación que experimenta el paciente no es de ningún modo angustiosa; se parece al zumbido que produce la inmersión de la cabeza en el agua, pero aturde mucho más. La única vez que tuve que someterme a esta operación, no estoy enteramente seguro de no haber sentido un ligero aunque momentáneo desvanecimiento; pero sea como fuere, es lo cierto que no es peligroso y los que quieran hacer la prueba se aliviarán infaliblemente.

Por la mañana visité a don Gregorio Salazar, el Jefe Político; y habiendo obtenido de él en esta entrevista algunos informes para añadirlos al acopio de datos estadísticos que ya tenía sobre aquella parte de la República, resolví regresar a la metrópoli al siguiente día con don José. Tuvimos el placer de escuchar a doña María que regresaba también a la Nueva Guatemala para reunirse con su madre.

- (1) En francés en el texto.
- (2) En español en el texto.
- (3) En francés en el texto.

Salimos de la Antigua a las ocho de una de las mañanas más hermosas que he visto. Doña María iba en una silla de doble asiento al estilo del país, montada en una buena mula que guiaba un criado de la confianza de su familia. El día no tardó en ponerse sumamente caluroso y después de haber caminado unas dos leguas paramos para almorzar en una choza india. Separado de ésta había un cuartito cuadrado y en nuestra calidad de huéspedes nos acomodaron en él con el almuerzo que traíamos. Estaba muy bueno, gracias a la pródiga hospitalidad de doña Juanita, nuestra ex hospedadora. Cuando hubimos terminado de tributarle el merecido honor, don José se separó de nosotros para dormir la siesta a corta distancia de allí, debajo de una glorieta natural, en un extremo del jardín, porque nuestra conversación podía molestarlo. Yo fui demasiado galante para ponerme a dormir y doña María suficientemente fina para declinar el ofrecimiento que le hice de dejarla sola en la choza. De suerte que seguimos charlando muy amigablemente hasta la hora de partir. Me alegré mucho de saber que a pesar de no haber dormido había tomado un buen descanso porque era de una constitución delicada y sensible y su criado le había improvisado un lecho con su manta (1) y otros objetos peculiares del equipo ecuestre del país. Mis armas de agua (2) extendidas en el suelo me permitieron reposarme acostado. Frente a la puerta de entrada de aquel albergue rústico desprovisto de ventanas y a corta distancia de él había un naranjo con sus flores de color de perla y sus frutas doradas que brillaban al sol de mediodía; más allá estaba un seto de olivos cuyas hojas de plata se estremecían acariciadas por la brisa ligera. Visto por entre los follajes, el cielo parecía un reluciente manto azul, sin manchas ni nubes, y la línea de los Andes lejanos, suavemente esfumada en su borde, parecía un fleco aireo salido de los mejores talleres de la Naturaleza. Pero es imposible describir la hermosura y sosiego del paisaje, o los sentimientos que en mí despertó su contemplación. Recuerdo una cosa y es que parecía no haber más seres animados en la creación que mi compañera y yo.

Los que sólo están acostumbrados a viajar como lo hacen las personas ricas y lujosas en Inglaterra, las cuales disfrutaban de coches con muelles elípticos, cojines de crin con resortes metálicos, caballos de posta que llegan a la hora señalada y caminos macadamizados que las ponen a cubierto de un choque impremeditado contra una piedra o de un momento de retraso, difícilmente podrán apreciar el placer de una jornada en que a cada veinte yardas se presenta una nueva dificultad que vencer. Desde el lugar en que paramos el camino era de los de esa clase durante una legua; pero no la décima parte tan malo como algunos pedados de los que recorrí en mi viaje de México a Veracruz, y podía considerarse en el lenguaje del país, como corriente, (3) o muy pasable,

Pagué dos reales —alrededor de un chelín— por un sombrero lleno de duraznos a unos indios que los llevaban al mercado y supe que me habían costado mucho más de lo que valían. Eran bonitos y gustosos, pero de ningún modo como los que se cultivan en todos los jardines de Inglaterra, pareciéndose más a los albaricoques, así en el aspecto como en el gusto. Se ha exagerado muchísimo la deliciosa calidad de las que pudieran llamarse frutas europeas producidas en aquellos países. Al menos, a mí nunca me cupo en suerte comer alguna que fuese de un gusto igual al de las que en el viejo hemisferio alcanzan a la perfección por los efectos del cultivo.

Habiendo llegado a la capital hacia las dos, me fui por la tarde a conocer la principal Escuela o Universidad. El número de los estudiantes era bastante limitado, no pasando de 300; pero una gran parte de la juventud de la metrópoli, así como de las provincias, recibe una enseñanza particular. En realidad cuesta trabajo creer que el total de los niños que concurrían a las escuelas públicas no pasase de 672, de acuerdo con un dato oficial. Esta deficiencia había llamado la atención del Gobierno, que estaba buscando un Profesor del sistema lancasteriano y había mandado publicar una traducción del nuevo método para estudiar la lengua latina últimamente establecida en Francia. También había propuesto a la Universidad la apertura de un curso de Historia, conforme al método de Strass, (4) y estudiado el plan de una nueva Escuela militar, habiendo establecido ya una Academia de matemáticas y una Escuela de botánica; pero lo que parecía deber llamar más la atención de las naciones europeas, lo mismo que de las otras, era el encargo que había dado a sus representantes en los países extranjeros de que tratasen de formar una expedición científica, compuesta de astrónomos, geógrafos y naturalistas, “con el propósito —decía el Gobierno— de tener nociones más exactas del vasto continente de que nuestra República es la parte central”.

Domingo, 26 de junio.—Durante el día de hoy, además de las funciones religiosas de costumbre, hubo mucho ajeteo y muchas visitas. Estando yo leyendo sentado por la tarde en mi cuarto, el chino, mi criado, entró sin hacer ruido y deliberadamente se llevó todas las sillas, una a una, dejándome tan sólo la que yo ocupaba. Luego se plantó pacientemente detrás de mí, hasta que fastidiado yo de su intrusión

(1) En español en el texto.

(3) En español en el texto.

(2) En español en el texto.

(4) Juan Federico Straus, escritor y pedagogo alemán natural de Grünbergg (1765-1845). N. del T.

me levanté de la silla, aprovechando él al instante la oportunidad para apoderarse de ella también. Me asomé a la ventana y vi dos indios cargados con los muebles que iban de prisa calle abajo. Yo estaba tan bien dispuesto en favor de aquel pobre hombre a causa de su ruda honradez, que rara vez intervenía en ninguna de las cosas que hacía, porque casi siempre resultaban en mi provecho y comodidad; pero dudando de que así fuese en el caso de que se trata, lo llamé para preguntarle qué se proponía hacer.

—El coliseo, señor, el coliseo—(1) me contestó.

La familia tenía el propósito de ir al teatro y él había hecho bien; porque como no hay asientos en los palcos, los concurrentes acostumbran llevar sus sillas. Mi buena hospedadora había pedido su coche y a eso de las cinco de la tarde partimos todos juntos en muy alegre compañía.

Teníamos un palco de proscenio. No habían levantado el telón, pero ya estaba llena más de la mitad de la sala. Unas dos docenas de velas alumbraban la orquesta y había otras tantas en los pilares que dividían los palcos y platea. La escasez del alumbrado la suplían algunos boquetes en el techo del edificio, por los cuales penetraba tan profusamente la luz del día que las velas resultaban un gasto superfluo.

La pieza era algo relativo a la "Gloria de la Independencia" y abundaba en alusiones de las que un público inglés calificaría de "añaganas de aplausos". (2) Sin embargo, los actores eran iguales a los mejores que yo había visto trabajar en México, y el auditorio, en su conjunto, manifestaba al parecer tanta indiferencia por las piezas representadas, como afecta sentir la el público mejor educado en cualquier teatro europeo. Con las señoritas comí *sucket*, (3) como lo trae el diccionario de Johnson, (4) y no me disgustó la función. Nos sirvieron también de vez en cuando copas de champaña, que creo provocaron la envidia de algunos caballeros de la platea que habían estado fumando sin cesar y por lo tanto debían de tener bastante sed.

Una decoración no mal dibujada representaba el templo del sol, y uno de los actores que describía la indestructible gloria del Anáhuac acababa de decir que su brillo no sería nunca oscurecido, cuando estalló un aguacero tremendo, acompañado de rayos y truenos. La lluvia caía a torrentes sobre el teatro destartado, penetrando a chorros por los boquetes del techo. A los oyentes no les afectaban las palabras; pero reconociendo que los hechos eran cosas innegables, se juntaron al azar, formando grupos en la platea, o saltaron dentro de los palcos para librarse del aguacero. En Guatemala goza de poca protección el teatro; probablemente no mayor de la que disfrutaba en Inglaterra antes del tiempo de Isabel.

Me alegré de dejar aquel espectáculo de desolación, y habiendo tomado el coche con mis compañeros, me llevaron a casa. Yo abrigaba la esperanza de gozar de una buena cena y de las indescriptibles etcéteras de una estufa inglesa; esta esperanza fue defraudada en parte. Nos aguardaba una buena cena, mucho mejor que la que suelen tener en Inglaterra los que frecuentan los teatros; pero las etcéteras brillaban tristemente por su ausencia. El comedor (5) tenía dos puertas; una daba a un largo pasillo que comunicaba con la cocina y la otra al patio. Debí decir marcos de puertas, porque no las había. Los habitantes de aquel país suelen sufrir tanto del calor, que nunca se precaven contra la posibilidad de un tiempo frío o borrascoso; antes bien lo celebran como un cambio agradable y parecen "irritar con deleite" siempre que lo sienten. No teniendo yo ese temperamento, ordené a mi chino que colgase una cortina en el marco de puerta que daba al patio, con muchos encogimientos de hombros y escalofríos, de que no participaban mis compañeros, despaché mi cena; luego, cubriéndome con tres buenas mantas inglesas, no tardé en quedarme dormido, sin preocuparme del templo del sol ni ponerme a reflexionar sobre la gloria del indestructible Anáhuac.

CAPITULO 21

LA ADMINISTRACION DE CORREOS. — ESTADO DE LOS CORREOS. — DIVERSIONES. — LA POLICIA. — MI OPINION SOBRE LA MUERTE LAMENTABLE DE M. O'REILLEY.

Al siguiente día, 27 de junio, visité a Don Antonio Batres, Director General de Correos. Habitada uno de los mejores edificios de la ciudad, en el cual tenía también su oficina. Los aposentos eran hermosos y estaban bien amueblados, los pisos de mármol cubiertos aquí y allá de esteras y alfombras. Un gran amigo, muy voluminoso y fosco, algunos escaños con cojines colocados contra las paredes y en forma de sofás, constituían los principales muebles.

Ninguna de las dependencias del Gobierno estaba mejor manejada que el ramo de correos, tomando en cuenta el estado de cosas. Las cartas se llevaban con bastante regularidad, no sólo a todas partes de

(1) En castellano en el texto.

(2) Clap-Traps.

(3) Melcochas.

(4) Samuel Johnson, eminente escritor y lexicógrafo (1709-1784). N. del T.

(5) En español en el texto.

la República, sino también a México. Los correos recorren por término medio de diez a veinte leguas diarias según las estaciones, que pueden dividirse en dos períodos: el verano o estación seca, que empieza hacia fines de noviembre y se prolonga hasta mayo, y la estación lluviosa que dura los otros seis meses del año, más o menos. Durante el segundo período, a pesar de que los caminos se ponen casi intran-sitables, los correos logran hacer sus jornadas tomando caballos de refresco en las diferentes etapas; de suerte que puede calcularse que llegan, desde los puntos más lejanos, con una diferencia de tres o cuatro días.

La mayor distancia que recorre el correo desde la capital, dentro de la República, es hasta Cartago, la capital de Costa Rica, o sean 397 leguas que equivalen a 990 millas; México está a 371 leguas y el puesto más cercano de la Mar del Sur a 31. Las distancias que hay a éste y otros lugares se encontrarán más adelante. (1) El total de leguas, dividido por diez, dará un buen promedio del número de días que se emplean en los viajes desde la capital a los puntos mencionados. De suerte que la jornada hasta Cartago, tal como la hace el correo, dura unos 39 días, y a México 37. Los viajeros harán bien en dividir la distancia por cinco; porque lo más probable es que necesiten doble número de días para hacer el viaje. Puede ser que valga la pena decir también que la distancia de la capital a San Juan de Nicaragua, (2) en cuya vecindad se proyecta abrir el canal por la Mar del Sur, es de 254 leguas, o sean 612 millas. Las comunicaciones entre el Gobierno y los Estados federales se hacen por medio de los correos ordinarios. Entendí que éstos habían sido organizados y funcionaban todos antes de mi salida del país; pero no sé hasta dónde pueden haberlos afectado los disturbios civiles que por desgracia han prevalecido después.

Cuando se restablezca la paz, los medios de correspondencia dichos bastarán para la rutina general de los intereses nacionales o particulares en lo que atañe a la simple comunicación; pero habrá que vencer muchas dificultades e introducir muchas mejoras antes de poder establecer, entre los puntos lejanos de la República, relaciones comerciales en gran escala y de modo general. El tráfico que actualmente existe entre los respectivos Estados no cuenta con ninguna de las facilidades necesarias para un comercio floreciente, o siquiera para el intercambio de productos que por sus necesidades recíprocas debieran establecerse. Cierto es que tratándose de ciertos artículos europeos, como la cuchillería y los paños, el espíritu aventurero ha inducido a los comerciantes de la capital a enviar a las provincias, en épocas fijas, surtidos de los artículos que les han quedado sin vender y que los tenderos de provincias se arrebatan.

Jueves, 28.—Por ser hoy día de fiesta fuimos otra vez al teatro. Durante la función no ocurrió nada que merezca mencionarse. En la pieza había muchas alusiones políticas que respiraban ideas exaltadas de libertad e independencia. Como de costumbre, llovió con periódica exactitud; pero no tan fuerte como la vez anterior. A una media milla de la ciudad hay una plaza de toros. (3) Estaba cerrada, porque las corridas siempre son por la tarde; y como era la estación lluviosa estaban suspendidas, como sucede en México, hasta la vuelta del tiempo seco. Los palcos están cubiertos con un techo ligero de madera suficiente para librarse del sol, pero muy penetrable a la lluvia; y como las graderías inferiores están enteramente expuestas a las dos cosas, es muy conveniente aplazar el espectáculo para una estación más propicia. De suerte que no hubo corridas durante mi estada en la capital. Los toros y el teatro son las únicas diversiones públicas que ofrece la ciudad; pero la deficiencia la suplen los paseos campestres o jiras a la moda gitana que ya he descrito. De vez en cuando hay también pequeñas tertulias (2) amenizadas con baile y música, pero rara vez con un dispendioso ambigú. El goce de la vida pareciera consistir más bien en la indolencia que en el esfuerzo, en la comodidad que en la pompa. Esto no quiere decir que no haya, hasta en aquel pueblo primitivo, algunas de esas afectaciones de preeminencia, de esas envidias exacerbadas, de esos pavoneos de la vanidad que penetran forzosamente en todas las sociedades, marchitando las más hermosas flores de la vida; pero la Naturaleza no hace diferencias: lo mismo ataca el tizón a la regla azucena que a la vellorita, y la pasión roe de igual modo el pecho de la aldeana y el de la princesa.

En la ciudad no había más vino bebible: un poco de champaña que vendían algunos mercaderes franceses establecidos en ella con un cargamento de mercaderías compuesto de esa bebida, jarrones de porcelana muy espléndidos y juegos de té, ecritorios, cajas de tocador para señoras y otras chucherías, amén de encurtidos, salsas, mostaza preparada y otras golosinas. Mi criado había ido a comprar, entre otros de estos últimos artículos, dos docenas de botellas de champaña; las vendían al precio de diez y ocho pesos la docena, o sean seienta chelines, y él las pagó, contratando a un hombre en la plaza para que trajera toda la compra a la casa; pero infortunadamente lo perdió de vista en medio de la gente que era mucha por ser día de mercado. Después de hacer numerosas diligencias para encontrar al individuo tuvimos que resignarnos a perder el champaña.

(1) Véase el Bosquejo Histórico y Estadístico bajo el título **Comunicaciones interiores y exteriores**. N. del T.

(2) En castellano en el texto.

(3) En castellano en el texto.

Mi criado había cometido el disparate de emplear uno de los léperos (1) o mendigos del lugar. Menciono este incidente por ser la única picardía de que fui testigo y aún de que oí hablar durante mi estada o mis viajes en Guatemala.

Esos léperos son unos seres de los más viciosos y están lejos de ser muchos; y como son tan conocidos, porque se les ve parados en las esquinas de las calles, aún a medio día, con sus grandes sombreros gachos y sus mantas andrajosas que les sirven para abrigarse de día y dormir de noche, es verdaderamente asombroso que el Gobierno no haya tomado la precaución de quitarlos, o de proveer a su mantención mediante el trabajo forzado o cualquier otro sistema expurgatorio igualmente eficaz. Esto me hace recordar que la primera noche que pasé en Guatemala fui a hacer una visita con don Simón, el cual me previno que me cuidase de los malandrines; él tomó su machete (2) aconsejándome que llevase mis pistolas. Como era natural, acaté su consejo y seguí haciéndolo generalmente así. En México teníamos todos nosotros la costumbre de no salir nunca a la calle desarmados después de anochecido.

En el curso de mis viajes encontré que siempre era prudente manifestar la firme intención de defenderse; pero esto había que hacerlo con aire de indiferencia, como si el acto de hacer fuego contra un agresor fuese una cosa de cajón. También es prudente mostrar la facilidad y la precisión con que esto puede hacerse, tirando a menudo al blanco en presencia de los criados del país, de los holgazanes y otros peyotes en los lugares de parada. A esta práctica puede atribuirse la suerte que tuve de no verme nunca obligado a tirar de un gatillo en defensa propia, a pesar de no haber tenido otra cosa para protegerme de un ataque en muchísimas situaciones difíciles en que me encontré colocado.

Ignoro si el pobre Mr. O'Reilly, (3) el cual, como es bien sabido, fue asesinado en la cama por su sirviente, tenía la costumbre de dormir armado. Me temo que no tomaba la necesaria precaución de asegurar su puerta. Un pequeño cerrojo o la apariencia de la menor probabilidad de resistencia le habrían salvado posiblemente la vida; porque, como todos saben, la distancia que hay entre la tentación del crimen y su comisión es por desgracia tan corta, que tratándose de personas descuidadas es raro que no desaparezca.

Estoy muy lejos de querer filosofar sobre el acto execrable a que me refiero. Lo que me propongo es poner a otros en guardia contra la posibilidad de exponerse a una catástrofe tan espantosa. Quiero hacer otra insinuación y es la de que ese hecho no debería alegarse con justicia como una prueba del afrentoso estado social del pueblo en cuyo seno se perpetró. Menores tentaciones, nacidas de la codicia o del deseo de venganza, han tenido consecuencias igualmente deplorables en los lugares más civilizados del mundo; pero ya sea que ese horrible acontecimiento se originara en motivos particulares o políticos, sus fatales resultados para la infortunada víctima y sus inconsolables deudos no permiten atenuarlo ni diferenciarlo. A las partes interesadas no les importa que la muerte se deba al puñal de un asesino, al clima mortífero, a una bala de fusil o a la de un cañón de a veinticuatro. Pero morir en servicio del país, cualquiera que sea la causa, exige algo más que el solitario pesar de la familia.

De los que han prestado servicio en el asunto del "Reconocimiento de las nuevas Repúblicas de América", ¿cuántos han perecido víctimas del cumplimiento de su deber! Las relaciones escritas por personas desinteresadas demuestran los trabajos y fatigas que tuvieron que soportar en sólo sus viajes, sin contar los peligros del clima y de la odiosa venganza. (4) Sentiría aparecer bromeando sobre un asunto tan serio; pero a menudo he pensado que lo que tienen que hacer los embajadores en aquellos Estados ha abierto una nueva era en la diplomacia: deben desplegar tanto esfuerzo físico como mental; combinar la actividad de un correo con el reposo de un estadista; poseer un espíritu amplio y un occipucio sólido; un carácter flexible y una epidermis endurecida; una delicada sensibilidad y un estómago capaz de resistir el vómito negro.

CAPITULO 22

VISITO DE NUEVO AL PRESIDENTE. — DIFICULTAD DE REGRESAR A INGLATERRA. — LAS PRINCIPALES FAMILIAS RICAS. — IMPEDIMENTO PARA LAS RELACIONES CON LA GRAN BRETAÑA. — LAS DAMAS GUATEMALTECAS. — DON JOSE DEL VALLE. — EL ARZOBISPO. — LOS SENTIMIENTOS DE UN HOMBRE.

Hice otra visita al Presidente. Me informó con amabilidad de que había ordenado pasar notas a las diferentes oficinas para que me diesen, tan pronto como fuera posible, los datos que yo había solicitado. Mi partida estaba dispuesta para mediados del siguiente mes, porque deseaba aprovechar uno de los barcos mercantes que debían salir convoyados de Belice para Inglaterra el 1º de agosto.

(1) En español en el texto.

(2) En español en el texto.

(3) El Cónsul de su Majestad Británica. N. del A.

(4) De las personas enviadas oficialmente por el Gobierno a visitar aquellos países, once por lo menos perecieron por efecto del clima o de manera violenta N. del A.

Me habían dicho que pasar por el golfo de Florida en esa época y en un barco solo, era exponerse casi seguramente a una piratería de las más sanguinarias; y como el viaje a la costa sería casi imposible si lo demoraba mayor tiempo durante la estación lluviosa, tenía que escoger entre regresar inmediatamente o quedarme en el país hasta fines del año. En aquel entonces la situación política era todo lo favorable que podía esperarse: por consiguiente me incliné a emprender el viaje, haciendo todos los preparativos del caso.

Al leer los informes recibidos, me puse a considerar el carácter y las pretensiones de las personas más influyentes de la sociedad; quiero decir las más ricas; y habiendo oído hablar por casualidad sobre el monto de las propiedades y capitales que se atribuyen a algunas de ellas, me tomé gran trabajo para averiguar qué bienes poseían las demás. Con este objeto hice un catálogo de los nombres de las principales familias del país, y después de recabar la opinión de las personas mejor informadas sobre el asunto, añadí en él los datos relativos a las propiedades de aquéllas la naturaleza de éstas y las fuentes de donde proceden. Este catálogo se encontrará en el Apéndice; pero por motivos evidentes de delicadeza y prudencia sólo he puesto en él las iniciales y el *bout rimé* (1) de sus nombres.

De este documento aparece que el capital comercial de treinta y siete familias residentes en la ciudad porque todas tienen más o menos intereses comerciales alcanza a más de 1.500.000 libras esterlinas; y debe observarse que no se toma en consideración el valor del capital comercial de las demás ciudades y pueblos de la República, en los cuales hay algunas familias tan ricas como las de la metrópoli. No tuve los medios de averiguar el valor de esa propiedad; pero suponiendo que en cada uno de los otros cuatro Estados de la Federación el monto del capital comercial sea la cuarta parte del de la metrópoli, resultaría una suma de más de £3.000.000 aplicable directa o indirectamente a los fines del comercio exterior. Este capital tan sólo necesita de que se le ponga en movimiento, mediante el comercio exterior, para llegar a ser realmente útil a sus dueños y a los países que trafiquen con ellos. ¿Por qué no se ha hecho esto? En mi humilde opinión por el siguiente motivo. La principal nación hacia la cual volvió ansiosamente los ojos el Gobierno guatemalteco para obtener el reconocimiento de su independencia fue la Gran Bretaña; pero como ésta no recibió a su Ministro con este carácter, se suspendieron todas las proposiciones para celebrar un tratado. ¿Cuál ha sido la consecuencia? Un espíritu levantisco de ambición interna, que había permanecido oculto ante el peligro del grandioso imperio recientemente creado en México y que amenazaba esclavizar al país, ardió súbitamente. El Presidente y su partido fueron atacados y estalló la guerra civil. En Guatemala, el agente diplomático de cualquier potencia de prestigio habría podido apaciguar probablemente la querrela con un poco de acto. Sin embargo, esto no pasa de ser una humilde opinión, resultado de un convencimiento sincero, y, espero que no podrá ofender a las muchas personas a quienes la delicadeza del asunto afecta tan profundamente en Guatemala. Hay una cosa enteramente cierta y es que durante los primeros ocho meses posteriores a mi llegada con mi informe, la Gran Bretaña no tenía la posibilidad de reconocer la independencia de Guatemala, debido a algunas dificultades insuperables de carácter importante y confidencial que surgieron, y los informes posteriormente recibidos sobre el estado de desorganización del país, debido a las circunstancias existentes, han hecho que la inclinación a tratar, de parte del Gobierno británico, esté muy lejos de ser aconsejable, para decir lo menos. Por consiguiente no puede hacerse a nuestro país el menor cargo por la infortunada demora; y si el resultado de ella ha sido una calamidad para Guatemala, se debe tener la esperanza de que una reciprocidad de amistosas intenciones se establezca de nuevo cuando de las circunstancias aparezca que dicha República merece de parte de la Gran Bretaña esta consideración que tan ardientemente codició al principio y es de esperar que tenga el buen juicio de desear todavía.

Sábado, 2 de julio. — Habiendo empleado los últimos cuatro días, que fueron muy lluviosos, en compilar y arreglar los datos para mi informe, comí al día siguiente, domingo, con Don Mariano Aycinena, hermano del marqués. Tuve la ocasión de ver una comida del mejor estilo guatemalteco. La señora de Don Mariano y dos primas jóvenes de éste amenizaron la fiesta que terminó sin embargo a las seis de la tarde, hora en que la mayor parte de los concurrentes se retiraron, presumo que a dormir la siesta de que se habían visto infortunadamente privados por el largo tiempo que duró la comida y la circunstancia de haberse fijado para ésta una hora más tardía que la de costumbre. Las señoritas Piñol, las jóvenes a quienes aludo, tienen una tez de las más blancas y se parecen más a las mujeres inglesas en el aspecto general de sus personas que todas las que ví en aquellos países. Hay otras jóvenes de la familia, las Pavones, que también son lindísimas y de apariencia europea. Antes de mi partida todas ellas habían adquirido el título de las inglesas, (2) que parecía gustarles mucho. Al hacer estas observaciones particulares no pretendo dar a entender que las damas mencionadas sean las únicas beldades de la ciudad. Tendría que consignar los nombres de muchas otras si quisiese hacer una lista de ellas; pero esto sería una simpleza y por lo tanto lo único que debo decir es que la mayor parte de las mujeres guatemaltecas serían consideradas como bellas en cualquier parte del mundo.

(1) En francés en el texto.

(2) En castellano en el texto.

Lunes, 4 de julio. — Visité a Valle para pedirle explicaciones sobre algunos asuntos comerciales y estadísticos tratados en el último informe de la junta de comercio en tiempo del Gobierno español. Es un documento útil, porque permite ver lo que probablemente será el valor del comercio de la República una vez que ésta se tranquilice y asiente sobre una base sólida.

Al siguiente día, 5, el pobre Beteta, Ministro de Hacienda (ha muerto ya), me entregó el informe sobre el comercio actual, vertido por la comisión nombrada por el Presidente. Ese día me ocupé también en alquilar mulas para mi viaje. El arriero (1) pretendía que le pagase todo el dinero por adelantado. Convine en tomarle diez mulas a razón de diez y seis pesos cada una y lo hice conforme con un adelanto de cien pesos, porque yo deseaba reservarme una garantía del buen cumplimiento de sus compromisos; pero me equivoqué en esto. Dos días después vino a verme y me dio a entender, con algunos circunloquios, que si no le pagaba inmediatamente los sesenta pesos restantes, no me alquilaría las mulas. No me quedaba por supuesto más recurso que aceptar y me alegré de saber que la costumbre era adelantar a los arrieros su dinero. No puedo menos de decir que a pesar de tener de este modo la sartén por el mango, rara vez abusan de esta ventaja.

Sábado, 9 de julio.—Por el deseo de procurarme un mapa de las delimitaciones de los cinco Estados recientemente establecidos, me fuí a ver a Valle, la persona más llamada a ayudarme en este asunto; pero no fue pequeña mi decepción. Cierto es que se había hecho el deslinde por acto legislativo, pero aún no se había levantado un mapa para ilustrarlo. De suerte que tomamos uno de los Arrowsmith (1) que yo llevaba y trazamos en él con lápiz las divisiones. (2)

Domingo, 10.—Fuí a despedirme del Arzobispo, el cual me dio amablemente una carta circular de recomendación para obtener la hospitalidad y buenos oficios de los curas por cuyos pueblos debía pasar. Nunca olvidaré la bondad para conmigo de este prelado excelente. A pesar de haberme visto casi obligado a hospedarme en su casa, tan calurosa fue su invitación, tengo el sentimiento de decir que solamente lo ví tres veces durante mi estada en la capital. Al despedirme de él me expresó bondadosamente el deseo de que mi viaje a Inglaterra fuese feliz y de que regresara pronto a Guatemala.

De allí me fuí al Palacio a despedirme oficialmente del Presidente. Pude ver que estaba ansioso de adivinar cuál era mi impresión general, es decir, si ésta era favorable o no al estado en que se encontraba la República. El único asunto que podía dar lugar a una duda racional a ese respecto era el que se relacionaba con San Salvador, Estado en que habían surgido algunas dificultades acerca del nombramiento de un Obispo. El pueblo de San Salvador, considerando necesaria la creación de un obispado, nombró para desempeñarlo al padre Delgado sin anuencia del Arzobispo. Habiendo rehusado éste sancionar el nombramiento y por lo tanto consagrarlo, el asunto fue sometido al Cabildo Eclesiástico, el cual informó que la elección era ilegal. Discutido después el asunto en el Congreso, se convino en la necesidad de aguardar la resolución de la sede pontificia. Tal era el estado del asunto cuando salí del país. Yo no le habría atribuido ninguna importancia si no hubiese visto que aquella dificultad tenía algo preocupando al Presidente, por cuanto se creía que él había apoyado el partido del padre Delgado contra el de los eclesiásticos en general.

Como quiera que sea, los disturbios que han agitado posteriormente al país se pueden atribuir principalmente a los hechos referidos, y yo los he mencionado en esta ocasión, porque al salir de la capital me pareció que eran el único asunto acerca del cual cabía decir que existiese una diferencia de opinión. La desconfianza contra el Presidente y sus adeptos, entre los cuales figuraba la mayoría de las familias más antiguas y respetables, era pública y notoria; pero como los caudillos del partido de oposición hablaban tanto de liberalismo y de amor a la patria y hasta aquel entonces habían dado tan pocas pruebas reales de su hostilidad, no se podía temer con razón que hubiese malos resultados. Además, la alianza que el Gobierno tenía la grata esperanza de celebrar en breve, parecía deber asegurarlo contra cualquier ataque peligroso de sus enemigos internos, los cuales no se habían atrevido aún a declarar abiertamente su hostilidad.

El Presidente se tomó la molestia de convencerme de que las diferencias entre los clérigos de San Salvador y el Cabildo Eclesiástico de la capital, no podían traer consecuencias que destruyesen la pública armonía. En ocasión anterior se había servido pedirme mi parecer acerca de la conveniencia de enviar un Ministro a la Gran Bretaña, y ahora parecía estar resuelto a llegar a una resolución definitiva sobre el asunto. Como no era de mi incumbencia entablar negociaciones de tanta importancia, las insinuaciones amistosas fueron por lo tanto suprimidas in limine. (3) A Valle le habían ofrecido el cargo, pero lo había rehusado en acatamiento del principio, según me dijo, "de que podía ser más útil en su país". Debo hacerle la justicia de decir que esta observación fue la respuesta que dio a la cita que hice de uno de sus

(1) Barón Arrowsmith, geógrafo inglés (1750-1824) que publicó más de cien mapas notables. N. del T.

(2) Véase el mapa inserto al principio. N. del A.

(3) En latín en el texto.

escritos en el cual ensalza "el sacrificio de sí mismo en aras del bien público"; insistiendo en que por lo tanto debía aceptar el nombramiento. Se quedó en su patria y los futuros historiadores tendrán que discernir hasta dónde le fue útil a ésta por haberlo hecho así. Yo lo creo sinceramente consagrado a los intereses de su país, conforme a ese principio del sacrificio de sí mismo que le ha servido de norma, y sólo me toca expresar la esperanza de que por el bien público no rehuse en lo venidero ninguno de los cargos que le puedan ofrecer, así sea el solio presidencial.

CAPITULO 23

PREPARATIVOS DE VIAJE.—ME HAGO DE UN COMPAÑERO O ATTACHE. SALGO DE LA CAPITAL.

El Jefe Político de la Nueva Guatemala Don Gregorio Salazar me devolvió hoy (1) la visita que le hice en la Antigua. Como yo había resuelto salir para la costa el martes, empleé el lunes en mis preparativos de viaje. En medio de esta tarea se me ocurrió que nunca había pensado en que estaba para emprender un viaje arduo y tal vez difícil sin llevar un solo asistente; y considerando la naturaleza de mi empleo, empecé a preocuparme seriamente la idea de buscar alguna persona respetable para que me acompañase y pudiese hacerse cargo de mis papeles en el caso de que me ocurriese algún accidente imprevisto o de que me muriera.

Durante los últimos quince días había estado viviendo con la familia un joven de unos diez y nueve años de edad llamado Don Eugenio. Era el menor de los hijos de doña Vicenta, mi muy bondadosa y hospitalaria amiga, el cual acababa de regresar de San Blas a donde había ido, por encargo de su madre y en asuntos comerciales a ver a su hermano mayor, Director de la Aduana de aquel puerto mexicano, el cual vino también a Guatemala con Eugenio. Habiendo averiguado yo que a este joven lo iban a dedicar al comercio, se me ocurrió que llevándomelo a Inglaterra podría hacerle un favor y beneficiarme yo también con su compañía en el viaje, porque había pasado ya dos veces por el puerto de Izabal y era en todos sentidos un joven inteligente y activo.

La proposición que hice de llevármelo fue recibida con mucha gratitud por su madre y la demás familia, que se había aumentado recientemente con la llegada de doña Gertrudis, la Penélope de Sonsonate; porque no obstante que sus dos hermanos habían regresado, su marido estaba todavía en el puerto de San Blas. Aceptado mi ofrecimiento, tuve que demorar un día más mi salida para que pudiese alistar las cosas necesarias para el viaje del joven, lo que fue fácil, porque en todas las casas de alguna respetabilidad hay costureras casi constantemente, las cuales suelen estar arrojadas en el piso de los corredores interiores. Desde hacía varios días, tres o cuatro más que las de costumbre fueron contratadas para que me hiciesen muestras de algunos de los más curiosos bordados y trabajos de ornamentación peculiares del país. Entre estos últimos había pajaritos, monos y otros animales lindamente imitados en seda con mucha naturalidad. Para alistar la ropa que necesitaba mi compañero se llamaron unas seis costureras más y el grupo que formaban todas ellas tenía un aspecto muy curioso y original. Además, todas las criadas y otras muchas que se habían traído para ayudarles trabajaban en los preparativos del viaje: unas haciendo grandes cantidades de pastillas de chocolate, otras dulces (2) o fiambres, tales como pollos, lenguas y jamones que pusieron en dos grandes cestas, rellanando los intersticios con bollos de pan fresco de que hicieron una gran hornada. En el patio interior los criados estaban atareados alistando las sillas y los arreos de las mulas, que formaban un gran montón y parecían suficiente carga para los pobres animales, sin la adición de los pesados bultos que estaban condenados a llevar también. Al contar mis paquetes, dispuestos en cargas, resultó que se necesitaban por lo menos seis mulas más para transportarlos.

Al salir de México me había desembarazado de todo lo que no me era absolutamente necesario. Todas mis ropas usadas las había distribuido entre mis criados o regalado a amigos mexicanos, mereciéndoles a éstos mucho aprecio por su hechura y calidad y tal vez más por ser ambas cosas genuinamente inglesas. Lo único de que realmente sentía la pérdida era un galápago inglés, el último que me quedaba y que obsequié por la tarde del día de mi salida a mi estimado amigo don Domingo Saviñón, el cual como puede recordarse, me acompañó en mi primera jornada desde San Cosme. Algunos meses antes me había hecho aceptar un caballo muy hermoso, tan sólo por haberlo yo admirado en un paseo que hicimos juntos; y creo que de buena gana me habría dejado escoger otro de sus mejores caballos a cambio del recuerdo insignificante que le dejé. Me alegro de que le gustase tanto mi regalito; pero estoy seguro de que será la última vez que me despoje así de algo tan necesario al emprender una jornada de mil millas a caballo. He dicho ya que no había conservado nada superfluo, viajando con lo menos posible. Mi tren se componía de tres mulas para el transporte de mi cama y las de mis asistentes; cuatro para las provisiones, una cocina portátil y sus utensilios; tres que montaban los asistentes y seis para el equipaje; en total diez y seis. Cuatro eran realmente suficientes para mis bagages; pero quise llevar dos más para el caso

(1) El domingo 10 de julio. N. del T.

(2) En español en el texto.

de un accidente, precaución que debiera tomar todo viajero deseoso de llegar a su destino en determinada fecha; porque de lo contrario se expone a tener grandes atrasos y por último a mayor gasto que el que representa el alquiler de las bestias.

Martes, 12 de julio.—El ajeteo causado por mi viaje aumentó hoy por la circunstancia, ya conocida, de que don Eugenio debía acompañarme. Muchas personas de las más respetables de la ciudad vinieron a despedirse de él y a felicitar al pobre muchacho (no había de qué) por su buena suerte. Su afligida madre las invitó a todas a una gran cena, cuyos preparativos vinieron a aumentar las tareas de la servidumbre que ya eran muchas. Pedí una nueva remesa de vino de Champaña con este motivo y llegó felizmente a la casa; pero aún cuando no desapareció del mismo modo que el otro, tuvo una muy desagradable transformación, porque lo convirtieron casi todo en un porche muy dulce. La cena fue muy abundante y excelente. Unas setenta personas tomaron asiento en el comedor, (1) todas las que podían caber en él; las demás o sean las gentes jóvenes, se acomodaron en grupos, sentándose en el piso de las habitaciones y comiendo a lo gitano. Las carcajadas y el regocijo de aquellos grupos no armonizaban con la ceremoniosa gravedad que reinaban en la mesa. Por desgracia me habían puesto en la cabecera y tenía que estar gastando amabilidades con abuelas cubiertas de alhajas y hombres de consideración. Creo que Colman (2) dice que es triste, aunque muy honroso, estar sentado debajo de laureles; y confieso que de muy buena gana habría trocado mi puesto por un asiento en el piso de cualquiera de las otras habitaciones. Yo me había forjado la ilusión de tener una cena muy alegre, pero me resultó muy triste.

Cuando se hubieron retirado los convidados a la una de la mañana, hora sin precedentes en las fiestas guatemaltecas, me tomé la libertad de quejarme a una de las compañeras de mi amigueta doña María de que ésta hubiese dividido la concurrencia de modo tan desagradable, llevándose toda la parte alegre. Me contestó en broma:

—Supongo que doña María pensó que la presencia de un gran señor (3) nos habría asustado.

A las seis de la mañana me despertó el ruido que metían los arrieros cargando las mulas. Ví la larga y enjuta figura del chino plantada en el marco de la puerta, tan inmóvil como una estatua. Estaba aguardando que yo despertase; porque como toda la vida había servido a españoles, temía turbar mi sueño. Allí estaba ocioso y fijo como el meridiano de Greenwich y tan indefinible como su longitud. Lo consideré como mi punto de partida y me salí de la cama inmediatamente, muy preocupado por mi viaje y las disposiciones que debía dar para llevarlo a efecto.

A las nueve de la mañana cuatro de las mulas estaban cargadas y todo parecía listo para salir, excepto mi criado. Las noches frías y lluviosas que habíamos tenido durante las últimas tres semanas, lo habían afectado mucho. Nunca había visto fuera de las costas orientales de China y las occidentales de México y en ninguna parte gozó de tan buena salud como en Acapulco. El clima de Guatemala en aquella estación era casi mortal para él, porque rara vez marcaba el termómetro durante la noche más de 88 grados. El pobre hombre había pesado todas estas circunstancias en su mente y las había sentido en el cuerpo, y con alguna vacilación me suplicó que no lo llevase a ningún sitio más frío que Guatemala. Al insistir yo en que viniese conmigo a Inglaterra su cara cobriza se puso pálida, y para no dejarse ablandar, me aseguró resueltamente que no iría nunca allí. Tuve que conformarme con aprovechar sus servicios hasta la costa, a lo cual no hizo objeción, y diez minutos después ya estaba listo para emprender la jornada.

Sentía el chino gran desprecio por las ropas de todas clases y en aquella ocasión, además de los calzoncillos y de la camisa de algodón en que consistía habitualmente todo su indumento, se puso un par de botas de cordones a la Wellington y unos zahones celestes de tela de algodón delgada a la Wellington y también. Por lo general usaba un sombrero viejo inglés de ala muy angosta y que había perdido completamente el pelo, pero le quedaba el fieltro, permitiéndole gozar de lo que tanto le gustaba de toda la fuerza del sol. Yo me había comprado un sombrero de Guayaquil, hecho con una hebra fina peculiar de aquel país, tan fina como la de Liorna y mucho más durable; de suerte que le di uno de paja adquirido en la isla de Madera, muy liviano y con una ala de unas siete pulgadas. Se quedó pensando un minuto lo que debía hacer; luego miró a su viejo compañero con cierto cariño escrutador, y tirándolo de pronto adoptó resueltamente al sucesor con las ligeras pretensiones de éste a esa preferencia capital, completando así su vestimenta.

Había llegado el triste momento de la partida. Las últimas mulas desfilaban a paso lento pero firme aseguró resueltamente que no iría nunca allí. Tu instintivamente a sus compañeras y el sonido del cencerro colgado del cuello de la bestia que guiaba la recua.

Don Eugenio había recibido las reiteradas bendiciones y los repetidos abrazos de su madre y de sus hermanas y ya estaba montado en su mula para emprender la jornada. Yo me había despedido también

(1) En español en el texto.

(2) George Colman, autor cómico inglés (1762-1836). N. del T.

(3) En español en el texto.

de aquella hospitalaria familia. Al salir por la puerta cochera, me encontré con algo inesperado. A un lado de ella estaba doña María con la cabeza erecta los brazos extendidos, los ojos llenos de lágrimas; y como su cabellera medio desgreñada le caía en desorden sobre la nuca y los hombros, parecía una de esas imágenes de María Dolorosa (1) que adornan con tanta frecuencia las iglesias y las casas de aquellos países. Vanas fueron todas las palabras de consuelo que le dije; no pude sacarla del estupor en que la tenía sumida su pena. En respuesta a todas mis reflexiones murmuraba vagamente: "Mi hermano". (2) Seguía inmóvil, y como el espectáculo era ya demasiado doloroso me apresuré a salir de la puerta y me fuí caminando lentamente por la calle. La casa se extendía a lo largo de ella en una distancia considerable; tenía cinco ventanas en la fachada, y al pasar frente a la última que era la de mi alcoba y cuyos postigos estaban abiertos, miré hacia dentro y tuve el dolor de volver a ver a la pobre muchacha en la misma actitud y de oírla exclamar: "Mi hermano!" (3) al seguir yo adelante paso a paso. Comparando su aspecto con el de la noche anterior, en que su vivacidad y alegría dieron mayor brillo a la fiesta que celebró con sus amigas, no pude menos de ponerme a considerar lo inestable de la humana felicidad y me compadecí sinceramente de su dolor.

Al pasar por la plaza principal me encontré con el Arzobispo que andaba tomando el aire en su carruaje. Creo que no sale nunca a pie; y aunque se le tiene por un firme defensor de la causa de la Independencia, no pude menos de pensar que aquello era un resto de la grandeza del partido a que había renunciado.

Como yo iba enteramente solo ignoraba el camino que debía tomar para salir de la ciudad, pero lo adiviné por la posición del sol y el aspecto del paisaje que a menudo había contemplado desde la azotea (4) de la casa en que residía. No habiendo nunca andado por allí, tuve la agradable sorpresa de encontrar un pueblecito risueño y compuesto de algunas chozas en una alegre pradera, entre dos caminos llanos, pero sin huellas de tráfico, y todo rodeado de setos y postigos toscos. Lo abrigaban hermosos árboles, entre los cuales había naranjos que ofrecían la frescura de sus frutas y la de su sombra. Cerdos, niños y gansos andaban dispersos en el césped; debajo de uno de los árboles más corpulentos había una vaca y un asno mirándose el uno al otro como si estuviesen sumidos en mutua admiración, esperando tranquilamente el pincel de un Morland. (5) El paisaje me hizo recordar las aldeas que en mi niñez había visto en Inglaterra en las cercanías de su metrópoli y que ahora se encuentran en un nuevo pero espléndido cautiverio babilónico.

Habiendo soltado la rienda a mi caballito árabe en diez minutos me reuní con los rezagados de la comitiva. El primero a quien encontré fue Don Domingo, el hermano mayor de mi attaché (6) Don Eugenio. Se había quedado atrás para hablarme de sus proyectos acerca de este joven, que era el cadet del a familia. Yo sabía que su difunto padre era un español peninsular, el cual se había casado con una señora guatemalteca, doña Vicenta, cuya familia había acumulado grandes riquezas en haciendas, en que criaba innumerables recuas de mulas para el negocio de transportes que habían enriquecido grandemente a la familia, además del caudal que mediante privilegios exclusivos adquirió el padre en el comercio, gracias a su calidad de español. No obstante ser don Domingo el jefe de la familia por causa de los disturbios civiles que había destruido los antiguos privilegios de su casa había aceptado el cargo de Administrador de la Aduana de San Blas que le dio el Gobierno mexicano. Estaba por lo tanto bien enterado de los beneficios más sólidos que ofrece el comercio, y el colmo de sus deseos era que yo colocase a su hermano en alguna respetable casa mercantil en Inglaterra, a fin de que más tarde pudiese dirigir los negocios de su familia en el país y aprovecharse de las relaciones y de los conocimientos que lograrse adquirir durante su permanencia en Inglaterra.

Cerca de las cuatro de la tarde se despidió de mí para regresar a la capital. Al igual de su hermana doña María quiso manifestar sus sentimientos; pero la Naturaleza predominó aún en el sexo fuerte y todo lo que pudo decir, a la vez que cedía inconscientemente a la impaciencia de su mula que al parecer participaba de su emoción y seguía avanzando, fue: "Mi hermanito". Dí alcance a mi criado chino; pero me costó trabajo reconocerle, porque se había quitado el sombrero, colgándolo detrás de la silla, y se había liado un pañuelo en la cabeza. El sol se estaba poniendo y probablemente quería gozar de sus últimos rayos.

- (1) En español en el texto.
- (2) En español en el texto.
- (3) En español en el texto.
- (4) En español en el texto.
- (5) En español en el texto.
- (6) En español en el texto.

CAPITULO 24

DESCRIPCION DEL CAMINO.—TROPIEZO CON DON FRANCISCO SALAZAR LA HACIENDA DE MORALES.

Al cabo de media hora de cabalgar, el camino se puso escabroso y escarpado. Serpenteando falda arriba de una montaña llegamos a una altura de 800 pies; pasamos por un punto desde el cual se tenía una vista deliciosa de toda la ciudad y del paisaje que la rodea; y no obstante que tardamos dos horas en llegar allí, la población no parecía estar a más de dos millas de distancia en línea recta. Podíamos ver muy claramente, por supuesto, todas las calles y las iglesias, y por la situación de las últimas me parecía poder distinguir el punto preciso en que estaba la hospitalidad vivienda que yo había dejado.

Por los tres lados más cercanos, la ciudad estaba rodeada de abundante vegetación, y en el más lejano se extendían las llanuras ondulantes por las cuales pasé viniendo de Sonsonate. La vista que ahora gozaba era superior a la primera que tuve por ser más clara y comprensible. El yeso (1) o cemento blanco con que están enlucidos todos los edificios que no son de piedra, les daba un aspecto nítido y animado, y al brillar al sol contrastaban vigorosamente con los verdes follajes de los contornos. En aquel punto el camino se desvía de pronto de la ciudad, la cual no se vuelve a ver durante el viaje. Siguiendo adelante aparece a mano izquierda una extensión considerable de tierras cultivadas, y lo mismo a la derecha un poco más allá; pero a medida que avanzábamos ya no se veían ningunas y el país tomó un aspecto más agreste y escabroso. Recuerdo que en mi imaginación lo comparé a un campo arado de Brobdignag (2) y nosotros a Gulliveres que se abrían paso por los terrones, representados por los cerros abruptos que ahora ocupaban toda la superficie del paisaje.

Hacia las cinco de la tarde empezó a caer una llovizna que me indujo a cubrirme con una capa encerrada traída de México y que me había resultado muy útil en las diversas excursiones que hice después de haber entrado la estación lluviosa. Era de una tela de seda muy delgada y por lo tanto sumamente liviana y compacta. Me costó una onza de oro (£3 y 17 chelines); pero era el más barato de todos los objetos que compré para mi viaje, tomando en cuenta su utilidad.

Al cabo de una hora de caminar bajo la lluvia llegamos a una pequeña planicie descampada, a la derecha de la cual había dos o tres casitas en un corral con valladares rústicos. A un lado estaba la principal de aquellas viviendas; tenía al frente una galería abierta, sostenida por dos pilares de madera. Estaba ya ocupada con una cama en la cual se veía reclinado un viajero recién llegado, mientras su criado le preparaba un poco de chocolate. Eché pie a tierra; y como estaba mojado y tenía frío y hambre, me puse a pensar dónde podría acomodarme. Don Francisco Salazar (tal era el nombre del viajero) me ofreció entonces cortesmente un asiento en su cama, insistiendo asimismo en compartir conmigo el chocolate que le habían preparado. Trajeron después un plato de pollo admirablemente aderezado con una salsa de chiles verdes; un poco de vino y de coñac, procedentes tan bien de la cantina de Don Francisco, completaron una comida muy confortable. Cerca de las ocho de la noche llegó mi equipaje; la cama, no obstante venir empacada en una caja grande de cuero hecha a propósito se había mojado, inflándose las piezas de madera que ya no podían pasar por los ojales de las fajas de cuero, siendo esto parte de la complicada operación necesaria para armarla.

Como siempre tuve buen tiempo durante mi viaje a Acapulco, no había necesitado nunca de aquel mueble tosco fabricado en México; y ahora que sí me era indispensable, resultó totalmente inadecuado para el objeto. Don Eugenio insistió hondadosamente en que yo tomase su cama, que él mismo ayudó a armar, conformándose con el pedazo de cotí que en unión de los sostenes y fajas debía formar la mía. El aire estaba frío y húmedo, y habiéndonos resguardado ex parte con una estera que colgamos en la parte exterior de la galería, dormimos bastante bien hasta las seis de la mañana, reanudando nuestro viaje.

El caballero a quien debía agradecer la hospitalidad tan oportuna de la víspera era el hermano menor de don Gregorio Salazar, el Jefe Político, y tuve motivos para seguir felicitándome de haber hecho una gran adquisición con tan respetable compañero de viaje. Se dirigía a Belize para negocios de comercio. Podía tener unos veinte años y era alto, varonil y muy juicioso; sus movimientos eran puntuales como los de un reloj y sus palabras tan precisas como decorosas. Hablaba poco; pero con tanta cortesía y amabilidad y siempre tan al grano, que era lástima que no fuese más sociable y comunicativo. En suma era muy caballeroso y discreto.

Ayer caminamos nueve leguas y hoy, 14 de julio, hacia las seis de la tarde, llegamos a Omohita, una regular hacienda (3) perteneciente a una señora Morales. Allí nos quedamos por supuesto para pasar la noche, armando nuestras camas en la sala grande después de que se llevaron los restos de la cena, en la cual

(1) En español en el texto.

(2) Como todos saben, Brobdignag es el país de los gigantes en la obra inmortal de Swift.—N. del T.

(3) En español en el texto.

tomaron parte todos los habitantes de la casa sucesivamente, desde la dueña hasta los principales criados. En una de las puertas del a sala estaba colgado un almanaque en que se leían los más importantes acontecimientos de la revolución guatemalteca y la fecha de la independenciam de todas las Repúblicas del Nuevo Mundo. Como yo no había visto antes este documento, lo transcribo aquí:

INDICE DE LA CONQUISTA Y LIBERTAD DE AMERICA

Nombres de los Estados	Año de la Conquista	Día en que proclamaron su libertad	Duración de la esclavitud
Venezuela	1526	19 de abril de 1810	283
Buenos Aires	1516	25 de mayo de 1810	293
Santa Fé	1538	20 de julio de 1810	271
Cariagena	1520	18 de agosto de 1810	289
Chile	1535	18 de septiembre de 1810	274
Perú	1531	15 de julio de 1821	289
Méjico	1520	24 de agosto de 1821	300
Guatemala	1524	15 de septiembre de 1821	297
Panamá	1518	28 de noviembre de 1821	302

Dos cosas notables aparecen en este documento: una de ellas es que tantos de aquellos países se emanciparan de España en dos periodos diferentes, como obedeciendo a un impulso espontáneo; la otra es el sentimiento que revelan el tono y la intención con que está redactado, al aplicar al período de la dominación española la oprobiosa frase de "Duración de la esclavitud". Un monumento de esta clase, expuesto en el comedor de las haciendas de los países de la América del Sur, basta para revolucionar cualquier parte de ellos. Por supuesto que no puede colgarse sin la aprobación del cura párroco, el cual, en nueve casos de diez, es el llamado a interpretarlo también.

Unas dos leguas antes de llegar a aquella hacienda, al pasar por un bellissimo bosque de árboles corpulentos, divisé a un lado del camino un pequeño tronco, recién desvastado con el hacha, de una yarda de largo y de un pie de diámetro. Suponiendo que lo habían dejado allí por olvido, eché pie a tierra para examinarlo. La fibra era tan dura y compacta que resistió a todos los esfuerzos que hice con mi cortaplumas para cortarla, como si fuese de hierro. Era de un color muy oscuro, pero tenía vetas muy caprichosas y variadas. Considerando que se podían hacer con esa madera muy lindas papeleras, resolví traerla a Inglaterra como una muestra de las muchas y muy finas que hay en el país y de obsequiarla al Foreign Office. Dije a Don Eugenio que deseaba muchísimo llevarme aquel pedazo de palo a mi tierra y él se ofreció bondadosamente a ponerlo en su mula y a seguir a pie hasta el sitio en que debíamos parar. Con inmenso trabajo lo colocamos sobre la mula y fue todavía más difícil obligarla a llevarlo a la hacienda. Dos o tres veces estuvimos a punto de renunciar a la empresa; porque no teniendo lo necesario para sujetar debidamente el palo, rodaba sobre el lomo del pobre animal que parecía estar aún más dispuesto que nosotros a separarse de él.

A la mañana siguiente cuando estábamos ya para salir, me dijo el mayordomo que sentía que me hubiese tomado la molestia de llevar el palo; pertenecía a la señora Morales, pero lo encontraron demasiado pesado para transportarlo sin el auxilio de una rastra. Habiéndole contestado que yo lo había traído para mí, se fue a consultar el asunto con la dueña y luego me dijo que valía ocho pesos. Estaba destinado para hacer una de las mazas del trapiche de la finca; por consiguiente había llegado a su verdadero destino y me alegré de salir de él con tan plausible pretexto.

Antes de mi partida de la capital, Don José del Valle me había recomendado que llevase muestras de las diferentes maderas del país. De consiguiente encargué una papelería hecha con esas maderas, que eran diez y siete; pero el ebanista estaba ocupado en la fabricación de un nuevo púlpito y no pudo dar cumplimiento al encargo antes de mi viaje. El recuerdo de este chasco era lo que me había decidido a llevarme el palo.

CAPITULO 25

ME ENTERO DE LA LLEGADA DE UN CONSUL BRITANICO.—CORRO PELIGRO AL VADEAR EL RIO SITUADO ENTRE OMOHITA Y GUASTATOYA.

Viernes, 11.—(1) en un punto situado a dos leguas de Guastatoya y a diez de Omohita encontramos a un español llamado el señor (2) Valdero, que venía de la costa. Nos informó de la llegada a Belize de un barco de guerra británico trayendo a un Cónsul del Gobierno de Su Majestad, así como a tres comisionados y un secretario. La noticia me alarmó mucho, y cuando mis amigos se hubieron despedido de aquel señor. (3) me devolví y anduve con éste una media legua para ver si era posible sonsacarle algo más sobre los fines de aquella comisión; porque sus asertos me hacían temer, no sin buenas razones, que el objeto de la mía había sido enteramente descartado y esto por alguna causa del todo inexplicable para mí. Me separé de él a la orilla de un río de corriente rápida que yo había vadeado con dificultad poco antes de encontrarle y regresé para reunirme con mis compañeros que ya iban muy adelante.

Sin embargo, dando vueltas a aquella misteriosa circunstancia y meditando sobre la situación tirante que había entre las gentes de Belize y el Gobierno guatemalteco, con motivo de los esclavos pertenecientes a súbditos británicos, que se habían fugado refugiándose en territorio de la República; y sabiendo que el señor Valdero llevaba para Mr. Bayley cartas que podían dar alguna luz sobre estos asuntos interesantes, me devolví otra vez para darle alcance y rogar por su medio a Mr. Balley que me enviase con un extraordinario (4) todas las noticias que de Inglaterra le diesen en sus cartas sobre dichos asuntos y cualesquiera otros a que pudiera referirse el envío de la comisión. También deseaba tener los últimos informes sobre el negocio de los esclavos.

Sumido en estas reflexiones no tomé por inadvertencia el vado bueno y a unas veinte yardas de la orilla del río se hundió de pronto mi caballo en agua profunda; y como iba nadando contra la corriente, sumamente fuerte, y debilitándose con el esfuerzo, mi situación se hizo algo peligrosa. Al cabo de cinco minutos el caballo volvió a tocar el fondo; pero luego perdió pie dos o tres veces más. Por último y a causa de la inconsistencia y desigualdad del lecho del río, sembrado de muchas piedras grandes y tan áspero como una cantera, el pobre animal cayó y nos sumergimos los dos. Habiéndome desenredado de la silla, estaba resuelto a no soltar la rienda por temor de que el caballo me pasase nadando por encima, o, lo que era peor, que se me escapara, porque en este caso no me quedaba ningún recurso en aquella corriente tan impetuosa. Me colgué de la rienda hasta que el caballo volvió a tocar el fondo; monté de nuevo y seguimos adelante con la mayor resolución, hasta que habiendo tropezado el caballo en un fragmento de roca se fue de cabeza en el agua y yo con él. Pude sin embargo conservar la rienda; pero el animal, en el esfuerzo que hizo para levantarse, me dio tal golpe en la sien con uno de los cascos delanteros, que me dejó casi sin sentido. Con todo, no me solté por fortuna y cuando volví en mí estaba de nuevo en la silla. El agua que me caía de la cabeza me molestaba tanto que me puse a quitármela con las mangas. Al hacer esto comprendí mejor el peligro en que me encontraba, porque me enteré de que aquellos arroyos que me salían de la cabeza no eran de agua sino de sangre; y eran tan copiosos que me alarmé seriamente pensando que la herida no podía ser leve y que debía haber interesado la arteria temporal. Habíamos llegado a un lugar poco profundo y vi después que era el verdadero vado; pero sus orillas se parecían tanto a las del otro en que me había metido que me quedé algunos momentos dudando de que lo fuese; pero pronto salimos del agua y seguí galopando en pos del señor Valdero para darle alcance antes de sentirme demasiado débil, porque me seguía corriendo la sangre en gran cantidad. Topé dos indos que a juzgar por sus exclamaciones deben de haber creído que me habían atacado los salteadores y que iba huyendo de ellos; y mientras estaba pensando si me devolvía para pedir a aquellos infelices que me diesen los auxilios quirúrgicos que estuviesen a su alcance, a falta de otros mejores, oí que me llamaban dos o tres personas y tuve el gusto de ver que eran el señor Valdero y los de su comitiva.

Se habían alojado en una cabaña situada a corta distancia del camino y salieron al ruido del galope de mi caballo que iba a revienta cinchas. La primera cosa que pedí al echar pie a tierra fue un espejo, pero no lo había en aquella humilde vivienda; sin embargo, yo lo pedía con tal afán que el señor Valdero tuvo la bondad de abrir uno de sus baúles —cosa no poco molesta por la manera como se arreglan para viajar en aquellas tierras— y sacó de él un espejito ajustado en una cartera. Entretanto me habían lavado las sienes con aguardiente y agua y estaba tan desfallecido que me hicieron tragar una gran cantidad de alcohol puro y estuve a punto de ahogarme. Como yo lo suponía, el golpe lo recibí exactamente arriba de la arteria temporal; pero me aplicaron una venda con un tapón duro que hice yo mismo, apretándola tanto como se pudo, y la sangre fue estancándose poco a poco. Al cabo de una hora ya me encontraba

- (1) Debiera decir viernes, 15. N. del T.
- (2) En español en el texto.
- (3) En español en el texto.
- (4) En español en el texto.

bastante bien para reanudar mi viaje. Me fijé muchísimo en el vado antes de atreverme a volver a pasar aquel río falaz, y mi caballito temblaba a cada paso; su valor, siempre indómito, se había enfriado en aquella ocasión, y se le podía gobernar con un hilo, como dicen los jockies. Al llegar a la margen opuesta me alegré de ver que todavía estaba fuerte y brioso; y como ya había escrito la carta que deseaba enviar a Mr. Baylley, así como una nota para el Gobierno, me lancé al galope para reunirme con mis compañeros antes de que cerrase la noche, tocándome de vez en cuando la sien para cerciorarme de que no había nevado. La herida seguía sangrando ligeramente y llegué antes del anochecer a Guastatoya, aldea de unas 400 almas. En el centro de ella había una casa grande con la galería externa de costumbre y en ella pusieron el equipo. Después de la cena, que prepararon antes de mi llegada, sentí vértigo y dolor de cabeza pero no tardé en quedarme profundamente dormido.

No obstante que rara vez me falta el ánimo al día siguiente me sentí demasiado enfermo para seguir adelante, y por consejo de don Francisco y de mi joven attaché (1) resolví demorar mi salida hasta la tarde. Nunca olvidaré los bondadosos cuidados de la mujer criolla de aquel establecimiento. Mató una de sus mejores gallinas para prepararme un caldo; me hizo panada o atole de varias clases, me dio su mejor cama y envió al pueblo sus numerosos niños para que no turbasen mi reposo. Esto y una rigurosa abstinencia me aliviaron la fiebre que me había entrado, y a las dos de la tarde, dos horas después de enviar el equipaje bajo la vigilancia de Don Francisco, salimos don Eugenio y yo caminando despacio.

CAPITULO 26

NOS SORPRENDE LA NOCHE Y CASI NOS PERDEMOS DON EUGENIO Y YO EN MITAD DEL RIO CHIMALAPAN.—DESPACHOS TRAIOS DE LA CAPITAL POR MURILLO.—LO TOMO EN CALIDAD DE CRIADO.—LLEGO A LA CIUDAD DE ZACAPA.

Los campos por donde pasamos estaban extensamente cultivados. El país era una mezcla de feraces llanuras y selvas exuberantes, y al llegar al borde de una de las últimas nos encontramos en la margen de un ancho río. Había huellas de ganados en ella, pero no podíamos saber si aquello era un abrevadero o el vado; porque habíamos bajado hasta allí por un zanjón profundo o barranco, coronado a un lado y otro de árboles corpulentos y espesos matorrales. Teníamos que escoger entre pasar la noche en aquel sitio sin camas ni viveres, o intentar el paso. De suerte que nos fuimos vadeando cuidadosamente el río y a partir de unas treinta yardas éste era cada vez menos profundo, hasta salir a una isleta. Allí tuvimos el pesar de ver que para alcanzar la margen opuesta teníamos que atravesar un trecho tres veces más ancho que el primero, y que el agua era oscura y mansa, terrible pronóstico de su profundidad. Más allá, río arriba, parecía ser menos honda, y más lejos, en la otra orilla, había un descampado que podía ser la salida del vado. Atravesamos despacio, con el agua rara vez más abajo de las cinchas, llegando a un banco de arena. Desde allí el agua parecía ser aún más honda. Era evidente que todavía nos faltaba cruzar el lecho principal del río y de común acuerdo nos devolvimos inmediatamente.

Para hacerlo nos guiamos por unos árboles grandes de la orilla que acabábamos de dejar y en los cuales nos habíamos fijado adrede; pero la noche iba cayendo rápidamente y cuando llegamos al zanjón estaba tan oscuro debido a la sombra intensa, que no podíamos distinguir el paso. Mi joven amigo a quien empecé a embromar por el modo como me había guiado, echó pie a tierra, metiéndose en el bosque a tientas. Al cabo de largo rato regresó para decirme que había encontrado el camino. Me hizo regresar con él al sitio donde habíamos entrado en el río, y volviendo su mula a la derecha trepó por un talud escarpado. Después de andar algunos pasos nos metimos otra vez en la selva por un camino de herradura en que podían verse huellas de cascos bastante frescos.

Habiendo cabalgado media hora por cañadas sombrías y verdes prados, divisamos una luz. Era un pueblecito de indios y en él nos hicimos de dos guías, los cuales se vinieron precediéndonos con teas de pino que daban una luz deslumbrante. Bajando del pueblo llegamos en un cuarto de hora al vado que buscábamos. Fue mucha dicha que no nos hubiésemos ahogado probablemente todos, hombres y bestias. El punto por donde atravesamos el Chimalapán era bastante hondo, porque las aguas estaban muy crecidas a causa de los recientes aguaceros y era lo probable que después de algunas noches más de lluvia no sería ya visible el banco de arena al cual habíamos salido.

Al llegar a la orilla opuesta encontramos un camino tan estrecho, por motivo del a excesiva vegetación, que apenas podíamos pasar a la deshilada, y con dificultad lograban los peones apartar las ramas para que no pegasen en ellas sus teas. A un cuarto de milla del otro lado del río estaba otro pueblecito de indios y allí nos detuvimos mientras nuestros guías se proveían de nuevas teas. Pensando en las situaciones peligrosas en que habíamos estado, nuestro nuevo modo de viajar nos parecía perfectamente confortable y seguro y seguimos adelante a paso lento hasta llegar a nuestro destino, la aldea de Chimalapán.

(1) En francés en el texto.

En el centro del pueblo había un tinglado abierto por todas partes, amén de un boquete en el techo. Como llovió bastante durante la noche, esto nos causó mucha molestia, porque apenas había sitio seco para nuestras camas y el equipaje. Tuve allí el placer de recibir una carta de doña María, traída por uno de los criados de confianza de la familia. Se llamaba Murillo y tenía sangre africana. Era nacido y criado en la casa y se preocupaba en llevar las cargas de los productos de las haciendas de la familia a la capital y de traer el dinero de la venta o las mercaderías europeas que daban a trueque, llevándolas luego a los expendedores al por menor en las diferentes provincias. Con este motivo se le confiaban a menudo grandes sumas de dinero y no pude menos de agradecer altamente a sus amos que me lo hubiesen enviado para acompañarme, no sólo a la costa, sino también hasta Inglaterra en caso de estimarlo yo necesario. Aquel hombre, que había hecho el viaje muy rápidamente, recorriendo en dos días y a pie las treinta y cinco leguas, era un varonil y buen ejemplar de la casta de indio y negro. Era fuerte, sano y atlético; y habiendo sabido por Don Eugenio su joven amo, la buena reputación de que gozaba, me aproveché con mucho gusto de sus servicios, sobre todo porque el chino iba a dejarnos pronto en el puerto. Murillo estaba entendido de que debía acompañarnos hasta allí; pero al salir de su casa no tenía idea de que probablemente tendría que embarcarse. De suerte que le dije:

—Murillo, quiero llevármelo a usted a Inglaterra.

—Sí, señor, me voy (1)—me contestó inmediatamente con una sonrisa muy placentera.

Nada estipulamos sobre salario. En cuanto a la ropa no había nada que hablar, porque sólo traía unos calzoncillos y un par de sandalias.

Tuve el pesar de saber que el dolor y la angustia de doña María por el viaje de su hermano eran tan grandes en realidad como en apariencia. Su delicada constitución no había podido resistir las últimas emociones y estaba en cama desde nuestra salida. Recordé entonces algunas historias que oí referir acerca de la violencia de los afectos de la señorita. Cuando los españoles peninsulares creyeron necesario huir del país para ponerse en salvo, hace pocos años, su padre se fue a la costa; pero allí le dio la fiebre, tuvieron que traerlo a la capital en camilla y murió al cabo de quince días. Durante toda su enfermedad, que se había convertido en una especie de tifo, no fue posible impedir que la amable niña estuviese constantemente a su lado. Asistió a su padre moribundo con la mayor abnegación y se abrazó con tal frenesí a su cadáver que fue difícil separarla de él. Como podía temerse, se contagió del mal, pero la salvaron afortunadamente.

A la mañana siguiente salimos para Zacapa, que según pude ver en mi itinerario goza del título honroso de ciudad. Esta ciudad a siete leguas de Chimalapán y a medio camino entre la costa y la capital; de modo que puede decirse que es en Guatemala lo que Jalapa en México.

Antes de llegar a la ciudad tuvimos que descargar todas nuestras mulas y pasar el equipaje en una barca por el río torrencial que seguía cortándonos el camino. Aquel sitio era el paso común y los barqueros nos llevaron a la otra orilla sirviéndose de pértigas; las bestias las hicieron pasar a nado. En la barca, que podía tener unos quince pies de largo, se acomodaron otros pasajeros, entre éstos cuatro mujeres que al llegar al otro lado del río se fueron a unas veinte yardas de donde estábamos para bañarse. Eran muy buenas nadadoras y trataban de sumergirse las unas a las otras, retozando de todos modos en el agua, con la mira evidente de llamarnos la atención sobre su agilidad y sus hazañas. Mis compañeros y asistentes se cuidaron tanto de ellas como si hubiesen sido otros tantos patos chapoteando; pero para mí el espectáculo era tan curioso como nuevo, y, dadas las costumbres del país, muy decente.

Nos alojamos en casa del alcalde, habiendo llegado a la ciudad a las cuatro de la tarde. Mientras preparaban la cena, nos fuimos a pasear por las calles. Con los suburbios la población alcanza a 8.000 almas. Los víveres y artículos de primera necesidad son muy baratos; todo hombre tiene su caballo; hay dos iglesias, un cura y un coadjutor; la ciudad está hermosamente situada a unas treinta y cuatro leguas de Izabal. El alcalde, hombre de alguna instrucción había estado hablando mucho con extranjeros en los últimos tiempos. Era un compañero sumamente jovial y sus ideas de liberalismo eran tan generales como podrían desearlo los más diversos defensores de la emancipación moral. Me dijo que los señores Wright y Pistock, de eBlice, habían levantado un plano del camino de Izabal a Guatemala hacía próximamente un año.

A la mañana siguiente, antes de partir, me fui con don Eugenio a visitar a un joven español que iba de paso para la capital procedente de la costa, con el objeto de enviar con él cartas a la familia de don Eugenio, noticiándola de haber llegado las que nos trajo nuestro nuevo sirviente. Encontramos a las tres hijas de la casa en que se alojaba sentadas a las seis de la mañana, ante una mesa de cocina, haciendo papellidos (2) o cigarrillos de papel.

(1) En español en el texto.

(2) En castellano en el texto.

CAPITULO 27

SALGO DE ZACAPA PARA GUALAN Y DE ALLI SIGO PARA ENCUENTROS.

A cuatro leguas de Zacapa paramos para dormir en un pueblecillo miserable llamado San Pablo en donde vivían en chozas de cañas unos 300 indios notoriamente estúpidos, mal formados y muy pequeños de cuerpo. Entré en algunas de aquellas cabañas, sentándome a charlar con los habitantes; pero no pude sacarles nada. Conocían poco de la capital de Guatemala y nunca habían oído hablar de sus actuales gobernantes; sabían hacer tortillas, (1) o tortas de maíz, y beber aguardiente; (2) no porque fuera cosa común entre ellos la ebriedad, pero en la preparación de estos dos artículos parecía consistir todos sus goces de la vida. Nuestro alojamiento en aquel sitio fue por supuesto muy infeliz. Al reanudar el viaje, una mujer borracha nos pidió con mucha importunidad medio real para comprar aguardiente. Una petición tan poco juiciosa no fue por supuesto atendida, y a las seis de la mañana tuvimos la satisfacción de ver que ya íbamos caminando. Nos detuvimos en un pueblo llamado Zinzín para almorzar. La posada en que nos alojamos la manejaba una familia muy numerosa compuesta de la madre y seis hijos, la menor de las cuales tenía cinco años. Mientras la madre cocinaba en una choza aparte, sus hijas estaban tendidas en las hamacas o las camas de la vivienda principal. Estas niñas eran al parecer tan inocentes como bonitas; pero no seguirían siéndolo probablemente, porque su madre estaba lejos de tener una conducta ejemplar.

Continuamos nuestro viaje por un país poblado de grandes bosques y sumamente pintoresco, y después de caminar once leguas durante el día paramos en Gualán, alojándonos en casa de doña Santa María Zafra. Se juzgó conveniente renovar allí nuestras provisiones. Habían empacado el pan estando todavía caliente y se fermentó poniéndose ácido y duro. Hasta aquel lugar lo habíamos aprovechado bastante bien; pero como rara vez encontrábamos algo, salvo tortillas, (3) y era todavía menos probable que pudiésemos hallar pan en el resto del viaje, la señora se cuidó, no sólo de proveernos de ese alimento, sino también de los demás que pudiéramos necesitar.

Contiguo a la gran sala (4) había un cuarto donde estaban cuatro o cinco mujeres cosiendo u ocupadas en otros oficios ligeros como el de hacer puros (5) y cigarrillos. Las agradé mucho comprándoles gran cantidad de estas cosas, y supongo que el precio que les pagué por ellas debe de haberles hecho concebir una idea bastante alta de la generosidad del carácter inglés y esto era lo que yo deseaba. Me felicitaron por el gran cargamento de tintas, (6) o indigo, que llevaba a mi país; y al decirles yo que mis baúles no contenían ninguna clase de mercaderías, parecieron muy sorprendidas y ansiosas de saber lo que había en ellos. La hija de la casa, doña Francisca, una chica plácida, de buen carácter y casera, vino a cenar con nosotros, cedió su cama, que estaba en la sala y parecía servirnos con tanto placer como molestia habían sentido otras en iguales circunstancias. Entretanto nos estaremos de que tenía muchas relaciones en el pueblo y de que por alguna extraña coincidencia todas ellas habían resuelto visitarla al mismo tiempo. Señoras viejas y jóvenes vinieron a ver a la pequeña doña Francisca. Al principio parecía muy sorprendida de recibir tantas visitas inesperadas; sin embargo soportó su intrusión con mucha paciencia, al notar que tenían más curiosidad de ver al león que a la oveja.

A la mañana siguiente doña Francisca, se mostró también curiosa al ver los pocos objetos corrientes que contenía mi estuche de viaje, reducidos entonces a lo indispensable, porque en el curso de mis viajes me había costado poco trabajo inducir a los admiradores de esos adminículos a aceptar algunos. Con todo, le obsequié un peñecito que pareció gustarle particularmente y me honró con el encargo de traerle, cuando regresase al país, unas tijeras de las más finas que se fabriquen en Inglaterra. Ojalá que no se quede esperándolas.

Habiendo visto al siguiente día, 20 de julio, a don Juan Antonio, corresponsal de Mr. Bayley, de la casa de los señores Barclay, y también al cura don Miguel Reyna, el único padre (7) a quien encontré en su puesto en mi viaje desde Guatemala, salimos a las cuatro de la tarde, y pasando por una región que parecía un parque llegamos a unos tinglados que estaban en una altura en campo abierto, rodeados de grandes arboledas y matorrales; allí nos quedamos para pasar la noche. Aquel sitio de parada, situado a cuatro leguas de Gualán, se llama el Rancho de Iguana. Se soltaron las mulas para que aprovecharan el buen pasto durante la noche, y como yo me lo temía, se demoró nuestra salida una o dos horas por la mañana, mientras fue posible reunir las. Una de ellas se había extraviado y los peones, después de explorar el sitio en media legua a la redonda lograron traerla a fin, valiéndose de la yegua (8) que guiaba las mulas. A este animal lo educan para desempeñar este oficio y es enteramente necesario tener uno para cada recua. La joven guía (siempre se da la preferencia a una potranca de color claro para que la distingan mejor las

- (1) En español en el texto.
- (2) En español en el texto.
- (3) En español en el texto.
- (4) En español en el texto.
- (5) En español en el texto.
- (6) En español en el texto.
- (7) En español en el texto.
- (8) En español en el texto.

bestias de carga). se acostumbra a acompañar a su madre y después toma instintivamente la cabeza de la arria, haciéndolo con tanta más felicidad cuanto que sólo lleva la insignia de su oficio: un cencerro al cuello para atraer y mantener juntas a sus compañeras. Las mulas perciben el sonido de ese cencerro cuando no lo puede hacer el oído humano, y por temor de perderlo lo siguen, a un trote rápido, cuando se han quedado atrás pereciendo. Dada la abundancia del pasto, la demora que nos causó la mula no tenía más excusa que la juventud de ésta. Después de satisfacer ampliamente su apetito debe de haberse alejado en busca de golosinas, o se le pegarían las sábanas a consecuencia del hartazgo. Es probable que su pecado fuese alguno de éstos, porque los peones castigaron con dureza a la joven delincuente por la molestia que les causó; pero al mismo tiempo tuvieron la satisfacción positiva de poderme asegurar que era imposible llegar ese día más allá de Encuentros, que sólo estaba a cinco leguas de allí.

En esa distancia el paisaje era como el de un parque inglés en magnífica escala: verdes prados de una milla de largo y tan planos como una bolera, cortados por colinas ondulantes por cuyas faldas pasaba el camino; espléndidos árboles adornaban el conjunto. En las cumbres de algunas de aquellas eminencias había robles, pinos y otros árboles peculiares de regiones más frías, pero que crecen con la mayor exuberancia en un clima templado. Al pasar por la cima de una de las montañitas vimos una barranca profunda al través de la cual había caído uno de aquellos hermosos árboles, como para indicar lo factible que era unir las veredas que los viajeros tienen que seguir de cada lado de ella, obligándolos a dar un rodeo de dos millas por lo menos, sumamente escarpado y escabroso. Nosotros empleamos en esto una hora de duro batallar. Cerca del árbol caído crecen otros igualmente hermosos, y son tantas las facilidades naturales, que veinte hombres podrían hacer en un día un puente sólido sobre aquella barranca. En otros puntos es también posible acortar el camino con el mismo procedimiento sencillo. Durante las últimas dos leguas de aquella jornada se baja tan precipitadamente como se sube en las anteriores. Se sigue caminando cuesta abajo hasta llegar al pueblecillo de Encuentros, que debe su nombre a la confluencia del Motagua y el Mancegua, dos bellos ríos caudalosos. El viajero se encuentra de pronto en pleno clima tropical. La vegetación se hace tan espesa que cuesta trabajo abrirse paso. Las palmeras, los plátanos y otras plantas de los trópicos bordean el angosto sendero, hasta que al fin se ven, cuando se llega a sus mismas puertas, las pocas chozas de cañas de la aldea de Encuentros.

CAPITULO 28

LA ATMOSFERA CALIDA Y HUMEDA DE ENCUENTROS. — MODO DE PASAR EL RIO. — LLEGO A MICO

Los habitantes de Encuentros no pasan de cien y son pobres y míseros. El lugar es sumamente malsano y a no ser por el ancho y hermoso río que corre por uno de sus lados dando alguna idea de espacio y animación, podría uno creerse en el fondo de un pozo verde. No hay iglesia y sólo se dice misa una vez al año. La vecina principal, en cuya casa se alojan todos los viajeros, es doña María Barnes. Tiene una posada (1) donde encontramos a un peninsular llamado don Miguel Español, amigo de mi compañero don Francisco y comerciante acaudalado. Acababa de salir de Belize y confirmó la noticia de la llegada de Mr. O'Reilly, pero sin dar ninguna luz sobre el carácter de la Comisión. Don Miguel era un hombre caballeroso e instruido y cenamos con él en una especie de table d'hôte, (2) sentándonos tres en una cama; los demás se acomodaron sobre cajas y otros bultos de equipaje, arreglo que nos proporcionó también una mesa. Llovía mucho y así siguió sin tregua durante toda la noche. No tardó en llenarse el cuarto de ranas que croaban sin parar, contestándoles sus compañeras desde fuera. El ruido era tan ensordecedor que con trabajo podíamos oír lo que se hablaba, porque millares de croantes voces repetían la palabra agua; (3) y aunque aquellos afibios pedían más líquido con tanto afán nosotros opinábamos que había de sobra. A pesar de la continua lluvia hacía un calor sofocante y tuvimos que dejar la choza abierta, de suerte que el agua no sólo penetraba a chorros por la puerta, sino que también nos envolvía la neblina colándose por entre las cañas de las paredes. Si alguna vez ha habido una atmósfera excesivamente cálida y húmeda, tuvimos aquella noche la ocasión de experimentarlo. Nos levantamos al salir el sol, pero se habría dicho que nos movíamos en un baño de vapor. Habían tapado el equipaje y estaba pasablemente seco. Lo metieron en una de las barcas para pasarnos a la otra orilla del río.

Llevaron las mulas por entre la selva a un lugar situado a una milla río arriba, para que pudiesen salir a tierra en el propio vado, lo que no habrían podido hacer sin esta precaución, porque era necesario contrarrestar la fuerza de la corriente que tenía una velocidad de cerca de cinco nudos por hora.

- (1) En español en el texto.
- (2) En francés en el texto.
- (3) En castellano en el texto.

Nos embarcamos con el equipaje en dos botes; el más grande llevaba además todos los arreos de las mulas. Estando en medio río vimos que no había modo de hacer entrar las mulas en el agua. En la orilla opuesta un hombre agitaba el cencerro de la guía; pero las mulas tenían bastante entendimiento para ver que ésta estaba con ellas y no hacían ningún caso de las llamadas. Podíamos ver a los arrieros empujando la yegua al río y lograron hacerla entrar en él más de una vez; pero el animal salía estrepitosamente a la margen más cercana, a la misma que había dejado. Viendo aquel dilema, Murillo pidió que lo volvieresen a llevar a la otra orilla, porque decía tener la seguridad de hacer pasar todas las mulas. De suerte que se lo llevaron en la barca en que nos pasaron a nosotros. Al llegar al punto donde estaban las bestias, ató una cuerda al cuello de la yegua y ésta lo siguió tranquilamente al río y se fue nadando tras él; las mulas la siguieron por supuesto, pero tenían que bregar rudamente contra la corriente, y al igual de la guía, nadaban manteniendo la cabeza casi río arriba; pero aun haciendo este esfuerzo contra las corrientes, algunos de los animales más débiles salieron a considerable distancia del punto a que se proponían llegar, aguas abajo. En una hora se volvieron a cargar y entretanto pasamos por un zanjón, que era la salida del vado, y llegamos a una choza en la cima de la cuesta; y siendo la hora de comer aprovechamos el tiempo y lo que allí había.

El chino, que entre sus numerosas habilidades se preciaba de saber cocinar, tenía ya bastante adelantada la preparación de un curry, reemplazando el chile con este polvo. Probó ser un artista competente y nos reaprovisionó de pollos vivos, colgándolos despiadadamente por las patas de las pistoleras y la baticola de su silla, a extremo de que parecía montado en un lecho de plumas. Como las aves se quejaban de su situación, él les decía muchos aforismos originales, muy del gusto de los arrieros. Ya había sentido entre ellos plaza de gracioso y en su aspecto había algo tan grotesco que la mayor parte de los que formaban la comitiva apenas podían contener la risa al verlo. De suerte que todo lo que decía, por sandio que fuese, resultaba un buen chiste.

Habiendo tardado en el camino dos días más de lo que esperaba, temía que la goleta (1) que el General Codd, intendente de Belice, había tenido la amabilidad de enviar a Izabal regresase sin mí, al ver que yo no había llegado en la fecha señalada. Por este motivo don Eugenio se adelantó para informar al capitán de mi próxima llegada; pero al llegar nosotros a Mico, la penúltima etapa hacia la costa, tuve la sorpresa de hallarlo allí, charlando muy alegremente con la sobrina del posadero. Muy acertadamente se había enviado a un indio a desempeñar la comisión, por consejo del dueño de la venta, el cual dijo que el joven no podría pasar la montaña antes del anochecer, porque su mula no era muy buena y la selva estaba llena de pantanos y barrancos peligrosos. Me alegré de saber que el posadero había mostrado tanto acierto y discreción y nos preparamos para pasar cómodamente la noche.

La joven, que se llamaba doña Juana Toribia Samaya, era la vida y ornamento de aquel sitio lúgubre pero pintoresco. Había llamado la atención de otros viajeros europeos y me mostró una Biblia que le había obsequiado el Cónsul de los Estados Unidos, en la cual estaba escrito su nombre completo, tal como lo he copiado, junto con el donante. Parecía encantada del regalo, aunque no le era de mucha utilidad, porque, según creo, me dijo que no sabía leer. De su conversación con don Eugenio resultó que dos años antes habían tenido el gusto de conocerse. Nadie podía verla sin admirar su belleza; era también muy prudente y me dio un consejo personal que desde luego me desconcertó, causándome sorpresa. Me dijo que después del anochecer no saliese descalzo, porque había serpientes que algunas veces trepaban a los postes del marco de la puerta y cuya mordedura causaba una muerte instantánea.

El dueño de aquella posada (2) se llama don Manuel Manzano y todos los que arriban a Izabal y desean seguir tierra adentro, deben dirigirse a él con el objeto de conseguir mulas para el viaje.

CAPITULO 29

PASO DIFICIL DE LA MONTAÑA.—LLEGO A IZABAL.—ENCUENTRO A MR. O'REILLEY.—RECIBO UNA CARTA DEL SEÑOR DE SOSA, MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES.—EL FUERTE DE SAN FELIPE.—SALIENDO DEL GOLFO.—DESEMBARCO EN BELICE.

Al día siguiente, sábado 23 de julio, salimos a las nueve de la mañana para emprender el paso tremendo de la montaña. En todo tiempo es laborioso; pero durante la estación de las lluvias casi no se pueden pintar las dificultades que presenta.

La tarde anterior, antes de llegar a Mico, pasamos por un campo de las más espléndidas palmeras que he visto. Guacamayos y otros loros, así como diferentes pájaros de soberbios plumajes, tacho-

(1) En español en el texto.

(2) En francés en el texto.

naban los árboles más corpulentos y rompían a ratos el silencio profundo del paisaje con sus gritos estridentes y aterradores. De vez en cuando un gran mono atravesaba como una flecha el sendero y asomándose detrás del tronco de un árbol nos hacía muecas cuando pasábamos; de pronto por entre los enmarañados juncos, oíamos o creíamos oír deslizarse algún animal y alargábamos instintivamente la mano hacia las pistoleras. Podía ser un tigre, porque no escasean en aquellas soledades salvajes. Entre tanto las pobres mulas se hundían a cada paso hasta la cincha en la ciénaga profunda, y cuando el suelo estaba firme era tan resbaladizo por la humedad que casi no podían tenerse en pie.

Al dirigirnos a la montaña bajamos a unas grandes llanuras que lindaban con selvas. Habíamos caminado una legua después de salir de Mico cuando se notó que faltaba una de las mulas que traían el equipaje. Se la buscó durante media hora sin que apareciera; había quedado en una de las selvas por donde pasamos y lo único que se podía hacer era regresar para buscarla. En aquel apuro mi fiel Murillo dió otra vez un paso al frente. Llevando una vara en la mano para no rebalar en las estrechas y oblicuas veredas que a menudo corrían al borde de precipicios y sin más ropa que unos calzoncillos cortos, hizo dos o tres preguntas pertinentes al capataz de los arrieros y penetró rápidamente en lo más espeso de la selva. No había transcurrido media hora cuando lo vimos venir a lo lejos con la mula perdida. Yo había estado temiendo mucho que no pareciera y por supuesto que llevase el único equipaje cuya pérdida podía ser una calamidad, es decir, mis papeles. Por una coincidencia extraordinaria este era cabalmente el caso y ninguno se alegró tanto como yo de ver la mula. La pregunta hecha por Murillo al arriero denotaba el conocimiento que tenía de la índole de estos animales y su competencia y utilidad como guía en viajes tan difíciles como aquel. Le había prepuntado de qué hacienda era, sabiendo que al perder la recua tomaría instintivamente el rumbo de la misma y en esa dirección iba en efecto cuando la encontró y la trajo.

Empleamos ocho horas de trabajo rudo en pasar la montaña; unas cuatro para subir y otras tantas para bajar; porque el camino era lo bastante variado para impedir un avance uniforme en cualquier dirección. Las pocas llanuras que había eran profundas cañadas en que las bestias no encontraban suelo firme y se hundían casi siempre en el lodo. En las laderas se pegaban algunas veces con la carga en los angostos desfiladeros de roca, o se hundían con las cuatro patas tan metidas en las cavidades que no podían moverse. Cuando esto sucedía, los arrieros las descargaban y entre todos las extraían de su prisión. Cada paso era un trabajo; cada pata se sacaba de un hueco, hasta en los sitios más firmes, para ponerla al borde de otro en que caía a causa del lodo grasoso de la superficie. Muy a menudo los pobres animales quedaban detenidos por la carga o la panza, porque el hueco era tan profundo que no pisan a fondo. En estos casos tuve alguna dificultad para manejar mi caballo, porque siempre procuraba poner los cascos fuera de los huecos, siendo así que la calidad del camino no lo permitía. Al principio se enfureció y amenazaba despedazarse; pero poco a poco, a medida que lo fui obligando a meterse en los huecos, empezó a caminar muy contra su gusto. Era el único caballo de toda la caravana y me habían aconsejado mucho que fuese en una mula; pero yo sabía lo que importaba ir bien montado y tuve motivos para felicitarme de no haber cedido en aquella ocasión ni en ninguna otra.

A dos leguas del mar me aventuré a meterme solo en la selva con la grata esperanza de ver las aguas que comunicaban las costas que pronto iba a dejar con las otras a las cuales me dirigía. Ya había treminado lo arduo de la jornada y los follajes tropicales anunciaban las regiones bajas del Puerto de Izabal. La rapidez de mi caminata me hacía pensar que ya debía haber llegado si subiese seguido el buen camino, y la posición del sol me indicaba que no podía estar equivocado; pero como aún faltaban tres horas de luz y el sitio era de una belleza romántica, eché pie a tierra y le di agua a mi caballo en un arroyo que cruzaba la vereda. Al volver a montar pasó un indio, el cual me dijo que no estaba lejos del camino y que los arrieros debían pasar a corta distancia de allí, o tal vez por aquel mismo lugar. Como procedía de Izabal lo detuve para hablar con él acerca de este pueblo. Sabía de la llegada de una goleta inglesa el día anterior por la tarde y, según pude averiguar, que en ella venía Mr. Reilley. Al cabo de media hora mi compañero, mirando por entre la selva, dijo:

—ALLÍ ESTAN (1) —pero nada pude ver —LAS MULAS, SEÑOR. (2).

Transcurrieron dos o tres minutos antes de que yo lograrse distinguirlos. Iban pasando a los lados por entre la maraña salvaje de la selva. Una hora después entramos en Izabal. Saliendo de los bosques y durante una milla o dos, las últimas, pasamos por callejuelas cubiertas de verde césped que debían de ser bastante transitables cuando no estuviesen tan cenagosas como entonces.

(1) En español en el texto.

(2) En español en el texto.

Como lo indica su nombre, el lago Dulce no es de agua salada. Tiene una hermosa extensión de treinta millas por veinte y ofrece un lindo panorama cuando se viene bajando hacia la costa. Como la caleta que conduce al pequeño golfo (Golfito) que se comunica con el Atlántico es muy estrecha, su boca no es visible y las márgenes del golfo están por consiguiente formadas —hasta donde alcanza la vista— por vertientes cubiertas de espesos bosques que se alzan gradualmente en un espacioso y verde anfiteatro.

La goleta estaba fondeada a una media milla de la playa y embarrancadas en ésta había tres o cuatro embarcaciones más pequeñas y algunos botes y canoas. El pueblo se compone de treinta casas medianamente construidas con aspecto de chozas y diseminadas en un cuadrilátero de un cuarto de milla. Algunas de ellas están a treinta yardas de la orilla del agua; la marea es muy ligera. La población se compone de unas 100 almas, sin contar los militares que sirven en la defensa del pueblo; no pasaban de veintisiete, entre oficiales y soldados, los que había entonces.

La única casa pasablemente cómoda es la de Mr. Benson y a ella nos encaminaron. Al entrar en el patio exterior me encontré con el pobre Mr. O'Reilley. Nunca olvidaré la alegría que mostró al verme. Había sufrido mucho en su viaje por el golfo y estaba muy temeroso del que tenía que hacer hasta la capital. A la verdad, por mi aspecto podía convencerse de que no era cosa corriente; porque mi chaqueta blanca de algodón y mi cara estaban salpicadas y cubiertas de barro que habían perdido su aspecto natural; mis botas o polainas de cuero eran una masa de arcilla medio seca, y mis calzones ingleses, también de cuero (generalmente los usaba, para montar a caballo, sin botones en las rodillas), habían tomado igualmente aquel extraño color. Teníamos por supuesto mucho que hablar, y habiéndonos dejado solos nos pusimos a conversar. Supe que la Comisión que había llegado a Belice era la encargada de investigar las leyes de las Indias Occidentales y no tenía nada que ver con las que se habían enviado a las nuevas Repúblicas. Mr. O'Reilley me dijo que en su calidad de Cónsul no debía intervenir para nada en lo que yo tenía que hacer; al contrario, le habían ordenado pedirme todos los consejos y auxilios que pudiese necesitar como un recién llegado que ignoraba la política y las costumbres del país, y también me aseguró — lo cual no era poco consuelo en mi situación del momento — que en Inglaterra no se creía firmemente que yo cumpliría bien el encargo que se me había dado. A mi vez lo enteré del estado exacto de las cosas en la República; le di mi caballo y mi equipo de viaje que para él era valioso, porque no traía silla de montar ni polainas; le obsequié también los demás objetos que podían convenirle, inclusive el chino. El me dio un filtro y algunas otras cosas útiles para viajar, y después de este intercambio de buenos oficios nos separamos al día siguiente, domingo 24 de julio, a las siete p. m., hora en que me embarqué en la goleta que lo trajo a él de Belice.

Pocos minutos antes de salir de la casa me llegó un correo extraordinario del señor Sosa, Ministro de Relaciones Exteriores, con el cual me envió una cajita con muestras de los diferentes tabacos producidos en el país, arreglados en forma de cigarros. Debí decir que ayer visité a D. Indalecio Pergamo, Comandante del pueblo. El pobre hombre padecía de fiebre intermitente; estaba acostado en su hamaca y terriblemente flaco. Al parecer, apenas le quedaba un minuto de vida. Me asomé a su casa para despedirme de él antes de embarcarme; pero se hallaba inconsciente y lo dejé por muerto. Aquello era un triste ejemplo de lo malsana y mortífera que es la costa de Izabal.

Logramos proveernos de unos pocos pollos que con algunas cebollas, chiles verdes y un poquito de pan fresco fueron nuestras provisiones para el viaje. El lugar donde nos embarcamos, que figura en los mapas con el nombre de Bodegas, está a diez y siete millas del primer estrecho. Hacia las siete de la mañana siguiente llegamos al uerte de San Felipe, a la margen izquierda del estrecho y saliendo de él. A bordo de la goleta había cinco hombres del Capitán, el cual bajó a tierra para mostrar sus papeles al Comandante del Fuerte. La batería constaba de cuatro cañones de a catorce y veinticuatro que dominaban el río en ambas direcciones. El Fuerte está situado en alto y detrás de él hay cinco o seis viviendas mediocres; la del Comandante es un poco mejor que una choza, y comprendida la Guarnición había allí menos de treinta personas.

El Comandante, hombre de unos cuarenta años, de la casta de criollo y negro, era muy cortés y nos hizo servir un desayuno. Le brindé una buena recompensa, pero no quiso aceptar ninguna. Por lo tanto obsequié a su hija, una muchacha rolliza que poseía en alto grado todas las supuestas perfecciones de la belleza negra y llevaba un turbante formado por un pañuelo ordinario. Yo se lo quité, y como tenía en el bolsillo un hermoso pañuelo de seda china color de castaña, se lo arrollé en la cabeza, dejando que ella lo anudase a su gusto, lo cual hizo en un periquete y con tanto desembarazo como si estuviese acostumbrada a ataviarse de aquel modo, preguntándome qué otra cosa tenía que darle. Se mostró particularmente deseosa de poseer mis zapatos y se los puso para probar-

los, haciéndome prometer, puesto que ya conocía yo el tamaño, traerle unos cuando regresase de mi país, debiendo recordar que debían ser del mismo color del pañuelo. Este coqueteo, que tuvo en presencia de los habitantes reunidos del Fuerte, causó mucha diversión y gusto. El Comandante se reía entre dientes de la habilidad de su hija y estaba satisfecho de la conducta afable y cortés de ésta para con los extranjeros. Los soldados, que también eran africanos, mostraban su aprobación, haciendo visajes y charlando, y nos embarcamos llevándonos las bendiciones y los buenos deseos de todos, especialmente los de la señorita prieta, cuyas últimas palabras fueron:

—No se olvide de los zapatos.

El estrecho paso entre el Gran Golfo que dejamos y el Golfito en el cual estábamos a punto de penetrar, lleva el nombre del Fuerte y se llama el río San Felipe. Está formado de montañas cubiertas de bosques que se alzan en ambas márgenes; la distancia entre una y otra varía entre tres y cinco millas a lo largo del canal. El golfo grande estaba tan terso como un espejo; pero al entrar en el río la corriente era bastante rápida.

Hacia las siete de la tarde de hoy, 25, llegamos, impelidos por una buena brisa, a siete millas de la barra, anclando en la parte más angosta del río. En aquel punto las dos márgenes estaban revestidas de altas montañas umbrosas. El mástil de nuestra pequeña embarcación se enredó en las ramas de los árboles que se proyectaban sobre el agua. A eso de las diez de la noche estalló una tormenta de truenos y rayos, que duró sin interrupción hasta la mañana siguiente. Las detonaciones eran espantosas y los relámpagos casi nos cegaban; el calor era intensísimo, pero resultaba imposible tener abiertas las escotillas, porque la pequeña cámara habría sido inundada por la lluvia. Don Francisco y yo probamos a dejarlas cerradas, pero no pudimos aguantar y no nos quedó más recurso que el de sentarnos sobre cubierta, expuestos al rigor espantoso de la tormenta. Después de aquella noche infeliz anclamos a las cinco de la mañana siguiente frente a la Vigía, situada a nuestra derecha. Un poco más adelante vimos en el agua algunas estacas largas que marcan el curso del canal. En aquel punto la goleta tocó el primer banco de arena de veinte yardas de largo sobre una barra de cinco y medio a seis pies. Este banco se extiende al través de una pequeña bahía de unos tres cuartos de milla de ancho, junto a la salida del canal que en algunas partes no tiene un cuarto de milla de anchura. Lo cierto es que mirándolo desde la bahía parece un riachuelo que corriese en el fondo de una barranca cubierta de bosques. A veces se varan los barcos en la barra durante tres o cuatro días; la brisa del mar sopla sobre ella diariamente de las 10 a las 11 a. m., lo que aumenta la profundidad del agua, porque repele la corriente del río; de modo que las embarcaciones que calan más de lo de costumbre en la barra, fondean del lado interno de ésta y trasladan su lastre a estribor, mediante lo cual ganan otro pie de agua. Un buen viento nos llevó a las once a la punta Manawick y a la una estábamos frente a los Siete Cerros. Durante el resto del día y toda la noche no avanzamos, porque tuvimos el viento del Nordeste directamente en contra y siguió lo mismo durante todo el siguiente día 28.

Teníamos las caras horriblemente quemadas y llenas de ampollas a causa del calor y estábamos muy cansados del viaje, no obstante que se le consideraba como bastante favorable. Lo hicimos en cinco días y rara vez se emplean menos de cinco a ocho en ir a Belice y de ocho a diez desde este lugar a Izabal; porque en el último caso se tiene la corriente en contra en los puntos en que el viento sería más útil, pero lo detienen las altas vallas que circundan el estrecho canal; de suerte que es menester salirse del barco y remolcarlo con inmenso trabajo a lo largo de la orilla, luchando con las ramas de los árboles y las obstrucciones que presenta la aspereza natural de las márgenes.

CAPITULO 30

MIS SENTIMIENTOS AL LLEGAR A UNA COLONIA BRITANICA.—ME LLEVO EL CHASCO DE NO ENCONTRAR UN PASAJE EN LOS BARCOS DE LA CAOBA.—UN ATAQUE DE FIEBRE.—ME RELACIONO CON EL INTENDENTE Y LOS HABITANTES.—LA FIEBRE AMARILLA HACIENDO ESTRAGOS EN JAMAICA.—ENJAMBRES DE PIRATAS EN EL GOLFO DE FLORIDA.—TOMO UN PASAJE EN EL BUQUE MERCANTE "MARGARET".

Eran las cinco de la tarde cuando desembarcamos en Belice. Al pasar junto al fuerte que protege la boca del río y toda la ciudad me llamó mucho la atención la lozanía de algunos niños hijos de los soldados de la Guarnición. Nos llevaron a la única posada del lugar, regida por Mrs. Ebrington, inglesa de buena presencia, gorda, rubia, de cuarenta años de edad y viuda de un Oficial inglés. Las habitaciones tenían también las características peculiares del confort inglés. El aparador estaba cubierto de copas de todas formas, desde las de champaña, con su talle de dandy hasta las de ron, de ancho fondo. Mesas de caoba, de pulido aspecto, con sus respectivas sillas y simétricamente dispuestas, invitaban a los huéspedes a gozar de comidas bien preparadas y excepcionales. Me senté

frente a una de ellas y eché mano de un periódico. Era el **TIMES**, y con satisfacción indecible me dí a pensar que ya estaba en Inglaterra. Dos negritos despiertos eran los criados; la propietaria estaba ausente, pero nos sirvieron los fiambres que había en la despensa y los honramos grandemente, porque durante los dos últimos días casi nos morimos de hambre. Mis compañeros guatemaltecos se mostraron encantados de la cerveza negra, prefiriéndola al champaña y a las bebidas más raras que contenía la bodega. Por la tarde regresó nuestra buena hostelera y nos puso en posesión de toda la casa, rogando a otros dos caballeros que estaban alojados en ella que se mudasen a unas habitaciones que les consiguió en la ciudad. Nos alojamos cómodamente, pero lamentando la pequeñez y poca altura de los cuartos.

El clima de Belice es sumamente cálido. Lo cierto es que el termómetro marcó por término medio en el día y la noche 95° durante nuestra estada allí, que fue de dos semanas más de lo que yo pensaba. Resultó que los barcos de la caoba estaban todos a punto de zarpar, por tener que hacerlos hacia el 1° del mes, conforme a su contrata de fletamento. Durante toda la tarde me ocupé activamente en conseguir un pasaje en alguno de ellos, pero tuve la pena de saber que no quedaba ninguno. Una fiebre biliosa que me atacó a la noche siguiente vino a aumentar mi congoja. Don Eugenio estaba también en cama y la perspectiva de nuestro viaje se hizo cada vez más incierta. Aquel día tuve la honra de comer con el General Codd, el Intendente, en cuya casa conocí al Mayor Shaw, su edecán, caballero cuya amabilidad y hospitalidad atestiguo con gran placer, así como las de su buena señora. Ambos contribuyeron muchísimo a hacer agradable mi permanencia en el puerto.

Lunes, 8 de agosto.—Hoy hicimos una excursión por agua al interior del país. Para esto se alquilieron dos grandes canoas; en una iba la comitiva y en la otra pusieron nuestras provisiones. A unas doce millas agua arriba del río que lleva el nombre de la ciudad, desembarcamos en la choza de un negro para almorzar y de allí seguimos navegando a lo largo de siete millas más. Pasamos el día a la gitana en uno de tantos sitios rodeados de verdura que abundan en las márgenes del río. Durante la excursión sólo encontramos algunos negros montados en balsas cargadas de árboles de caoba que llevaban a la playa del mar, donde los labran con hachas a escuadra antes de embarcarlos. La mayor parte de los buques estaban ya cargados y pronto para hacerse a la vela; pero había algunos centenares de trozas más o menos listas para ser embarcadas y así las iban preparando en vista del siguiente embarque general, o para cualquier oportunidad que se presentase. La fiebre que me había dado era muy peligrosa. Por lo común el paciente se cura o muere en veinticuatro horas. Habiéndome salvado, me sentía muy débil, pero con buen ánimo, y aquella pequeña excursión contribuyó mucho a dármele.

Miércoles, 10.—Me encontré con un Capitán de la marina mercante de Jamaica, el cual me dijo que la fiebre amarilla estaba haciendo allí estragos sin precedentes; que muchos oficiales de los barcos de Su Majestad estacionados en la isla habían enfermado, marchándose a Inglaterra. Hizo especial mención de dos que acababan de morir y a quienes recordé haber visto en México, añadiendo que era poco probable que viniese a Honduras ningún barco de Su Majestad durante algunas semanas. Ya sólo quedaban en Belice tres o cuatro buques, de los cuales dos iban a salir solos para Inglaterra, el **MARIA** y el **MARGARET**; los otros dos se dirigían a Nueva York y Boston.

Yo había oído referir las cosas más espantosas sobre las piraterías en el Golfo de Florida; pero por muy aterradoras que fuesen, no parecían peores que el plan de ir a Jamaica para aguardar allí un pasaje a Inglaterra. Mi objeto era llegar a la patria con mi informe y resolví correr el albur de embarcarme en uno de los buques surtos en el puerto. Con este fin alquilé una canoa para ir a bordo, pero a poco navegar se vió claramente que nuestra débil embarcación no podía resistir el oleaje que había. Manifesté mis temores a los dos boteros y me costó trabajo persuadirlos de que regresasen para tomar una embarcación más grande. Así lo hicieron, y no obstante ser esta otra tres veces mayor, estuvo a punto de zozobrar en la barca del río. Con la mayor dificultad llegamos a bordo de los diferentes barcos, porque el mar estaba sumamente alborotado a causa de una gran marejada.

Al regreso dije a los dos negros que remaban que la canoíta se habría ido seguramente a pique.

Los dos convinieron en ello con la mayor indiferencia, pero añadiendo con intelectual satisfacción:

—¡El señor sabe nadar!

Respondí que aun cuando sabía nadar de poco me habría servido, porque la bahía estaba llena de tiburones.

—¡Ah, sí; sí, señor, muchos tiburones!— me contestaron haciendo otra mueca.

El Capitán americano era un hombre cortés y estaba muy deseoso de llevarme con él, lo mismo que un joven comerciante que había venido de Boston a Belice trayendo un cargamento de pescado seco y otros artículos del que pensaba vender una parte en Jamaica; pero había renunciado comple-

tamente a ir allí por temor de la fiebre. Ambos convinieron en que era posible un ataque de los piratas; pero añadiendo que con la adición de mi comitiva podríamos tal vez hacerles frente con buen éxito. Al propio tiempo me mostraron su armamento que consistía en dos cañoncitos, tres fusiles, una pistola de arzón y tres espadas.

Los barcos ingleses estaban un poco mejor armados; pero como yo no me puse a reflexionar sobre las terribles ventajas que me ofrecían a este respecto y el MARIA zarpó al siguiente día, no tuve más recurso que valerme del MARGARET, el único que quedaba ya. Había sido construido en los Estados Unidos para el Gobierno colombiano y tenía 280 toneladas. Llevaba cuatro cañones de doce y era un barco notablemente bueno y fuerte a causa de haber permanecido algunos meses en Belice, su casco estaba cubierto de broma y esto iba a entorpecer su navegación; tuvo también la mala suerte de perder dos capitanes durante su estadía en el puerto. Uno de ellos murió de la fiebre en casa de mi hostelera y el otro pereció en un arrecife, una semana antes de nuestra llegada, durante un paseo a uno de los cayos que circundan la ciudad. Las rompientes volcaron el bote y los sobrevivientes decían que vieron a un tiburón llevarse al pobre hombre. No puede saberse si estas circunstancias tuvieron algún efecto en el ánimo de los marineros de Belice, tan supersticiosos, probablemente, como todos; pero cuando tomé mi pasaje resultó que sólo se pudieron enganchar cuatro, siendo así que se necesitaban doce para maniobrar el barco. Este tuvo sin embargo que hacerse a la mar el 15, porque estaba empezando la estación de los huracanes. Los otros buques aparejaron el 1º; pero al MARGARET le permitieron sus aseguradores quedarse dos semanas más por ser muy velero, según me informaron. El resto del tiempo que permanecí en Belice lo empleé en reunir datos sobre el comercio que allí se tiene con Guatemala.

CAPITULO 31

DESCRIPCION DE BELICE

Cuando los ingleses vinieron por primera vez a la costa de Honduras a cortar palo de tinte y caoba, las necesidades de los colonos de Belice eran tan pocas que los barcos solían venir en lastre y acostumbraban echarlo en la boca del río, a fin de agrandar la barra y obstaculizar la navegación. Se decretó después que todo el lastre debía descargarse en cierto punto, a una media milla de la margen derecha; y habiéndose acumulado allí con el tiempo, aumentando con substancias marina, vino a formar la isla en que se construyó el fuerte. Por consiguiente, el suelo de esta isla es genuinamente británico.

El pueblo ocupa los dos lados de la boca del río, unidos por un puente de madera. En el extremo del Sur está la iglesia, edificio bonito y decorativo, y la casa del Gobernador, hermosa y amplia, sobre una altura junto a la orilla del mar. Lo bien ventilada y cómoda que es esta vivienda me llamó la atención. Una ancha escalera colocada en un vestíbulo espacioso conduce al piso alto en que colgaban dos hamacas de red a fin de aprovechar la brisa marina que cuando está abierta la puerta de la sala pasa directamente por entre la casa. No había en ella ningunas cortinas ni alfombras y todos los muebles tenían un aspecto sólido, frío y sencillez; hasta los pisos eran de una madera ordinaria, pero no poco resbalosos. De modo general, yo recomendaría a todo el que vaya a aquellas tierras y necesite construir una casa que tome ésta por modelo. Salvo tres o cuatro moderadas excepciones, toda la población se compone de edificios de madera montados en postes, sin sótanos, y rara vez tienen más de un piso. Están colocados junto a la playa y se diría que los hubiera dejado allí una gran marea extraordinaria, después de traerlos de las márgenes del Támesis situadas entre Rotherhithe y Blackwall.

Mi hospitalario amigo el mayor Schaw tuvo mucha dificultad para conseguir una casa. La que estaba ocupando debía servir de Escuela. En la forma y los materiales se parecía al juguete con que se pretende representar el arca de Noé; porque era toda de madera y el techo bajaba uniformemente del centro a cada lado y en toda su longitud. Tenía ochenta pies de largo, catorce de ancho y trece de alto. El mayor vivía en ella por tolerancia; toda vez que los niños necesitaban el aula; pero creo que había hecho un contrato para que le mandasen su casa de Nueva York. Lo cierto es que la mayor parte de las del pueblo habían sido construídas en esa ciudad.

Los habitantes de Belice tan sólo trafican en materias primas. Las mesas de caoba de mi hostelera habían sido manufacturadas en Inglaterra, siendo así que la madera de que estaban hechas había hecho un viaje de más de 15,000 millas antes de llegar a su último destino, situado en la misma costa en que había crecido. Uno de los troncos más grandes que se han exportado a Inglaterra fue adquirido en Liverpool por la suma de £378 y se supone que produjo al fabricante por lo menos £1,000. Si se le cortase en chapas habría que pagar de esta suma £550 en salarios a los artesanos británicos.

Al Norte de la ciudad está el Cuartel, detrás y en contorno del cual, en una circunferencia de

3 o 4 millas, el país está cubierto de bosques y ciénagas, haciéndolo enteramente inaccesible para amigos; y como por consiguiente sólo puede ser atacado desde el mar y el Fuerte es lo bastante grande para colocar en él artillería capaz de repeler una flota formidable, Belice debería ser considerado como una llave muy importante de aquella parte del continente.

Los habitantes europeos, que tal vez no pasan de treinta familias, están divididos en dos clases. Los de la ELITE (1) habían dado un baile al cual no fueron invitados los otros, y estos estaban muy empeñados en sobrepujar con el poder de sus bolsillos la fiesta de que creían haber sido excluidos tan sin razón. Estas rivalidades existían desde hacía algún tiempo, pero nadie pudo decirme en qué se fundaban. Sin embargo, algunos fueron bastantes audaces para decir que sus vecinos, los del partido encopetado (no respondo de la veracidad del aserto), eran contrabandistas en gran escala; que temían el establecimiento de un gobierno estable en Guatemala, porque ya no podrían meter sus mercaderías en Omoa e Izabal, como habían solido hacerlo durante tantos años, y que en realidad deseaban que todo siguiese tranquilamente a su sabor, mirando con odio la idea de las nuevas casas de comisión que estaban formando en La Habana y otros lugares, de las cuales mis informantes eran al parecer partidarios declarados y ardientes, así como grandes abolicionistas de la esclavitud y defensores de la libertad del trabajo, en tanto que los otros, según afirmaban ellos, eran los más hostiles a la República Central, por haber dictado ésta una ley que no sólo libertaba a los esclavos en su territorio, sino también a los de otros países que llegasen a él. Este era en verdad un mal muy serio que se debía remediar, porque los esclavos pertenecientes a los habitantes británicos de Belice se habían pasado a Guatemala en número de doscientos o trescientos. Es justo repetir que el Intendente de la colonia, General Codd, hizo lo posible para obtener su devolución, sin lograrlo. Mi opinión firme, pero honrada, era que el Gobierno de Guatemala debió haberlos devuelto, y se abrigaba la esperanza de que el asunto se arreglase rápida y satisfactoriamente mediante la celebración de un tratado entre la Gran Bretaña y dicha República.

Como Colonia británica Belice no tiene tanta importancia por las ventajas especiales de que goza para cortar palo de tinte y caoba en virtud del tratado de Versalles del 3 de septiembre de 1786, como por ser el puerto de depósito natural para el comercio entre la Gran Bretaña y la República Central.

El río Belice es navegable en canos hasta un punto desde donde se va por tierra en dos días a otro río que desemboca en el lago de Términos, el cual se comunica con el río Tabasco y éste con el lado de Guazacualco, que se pone a su vez en contacto con el de Alvarado por medio del río San Juan. De suerte que en el caso de una guerra con México o cualquiera otra potencia que llegase a bloquear el golfo, la ciudad de Belice podría abastecer a Tabasco, Oaxaca y todo el reino de México de mercaderías por medio de la navegación interna, salvo dos días de transporte por tierra. Se ha levantado un mapa de esta colonia mediante los estudios hechos por Du Vernay, y ha sido publicado por Laurie y Whittle.

La caoba exportada por los colonos británicos puede calcularse en unos setenta barcos cargados a razón de 120,000 pies cada uno y cuyo valor es de £400,000 anuales aproximadamente. El de los productos guatemaltecos tael como índigo, cochinilla, etc., que se exportan, alcanza a tres veces más. Se supone que las ventas de una casa de comercio en Belice, son, por término medio, de £... 15,000 mensuales en moneda corriente, la vigésima parte de lo que se vende, lo cual significa que las ventas de los géneros británicos importados para el abastecimiento de dicha Colonia y Guatemala, alcanzan por lo menos a £2,500,000 en moneda corriente, o sea alrededor de 1,500,000 libras esterlinas. La mayor parte de las importaciones y exportaciones comerciales de Guatemala se hacen por el puerto de Isazabal, situado en la culata del golfo Dulce, y por el de Omo, a mano izquierda de la entrada del mismo golfo. Entre la colonia inglesa de Belice y esos lugares las mercaderías se llevan en goletitas de cuatro a siete toneladas y unos siete pies de calado, que cobran de 150 a 200 dólares a la ida y otro tanto a la vuelta, empleando de cuatro a diez días en cada viaje. En una dirección tienen que luchar con la corriente que sale del golfo y en la otra con el viento del Nordeste que sopla durante nueve meses del año. La distancia, que es de unas 200 millas, podría ser recorrida en 24 horas por un vapor.

Sábado, 14 de Agosto. — Hoy llegó de Izabal una de las goletas con mercadería y cuatro pasajeros. Estos nos trajeron cartas de la capital, entre ellos una para don Eugenio por la cual tuvimos el gusto de saber que su hermanita había recobrado el ánimo y estaba mucho mejor. Aquellos pasajeros eran comerciantes, y habiendo empleado diez días para venir de Izabal parecían extenuados por el viaje. No encontraron más alojamiento en tierra que una casita de unos docos pies cuadrados situada en el muelle, en la cual tres de ellos estaban tendidos sobre el piso con sus gorros de dormir o pañuelos en la cabeza y sin más ropas que una camisa y pantalones de lino. Uno de ellos estaba tan extenuado que ni siquiera podía fumar y al parecer ninguno de los cuatro lograría reponerse de los trabajos que habían pasado y de los efectos del calor que estaban aguantando.

Los guatemaltecos sufren excesivamente en estos viajes a Belice, que consideran muy peligrosos, y se asegura que de cada cinco personas que los emprenden, tres perecen indefectiblemente en ellos; pero considero esto como una exageración; creo que es aremos más cerca de la verdad diciendo una de tres. Sin embargo, en el caso de los funcionarios diplomáticos y públicos que allí llegaron de los Estados Unidos durante mi estada en el país, murieron dos de tres, por efecto del clima. El viaje de regreso de Belice a Guatemala es peor que el de ida. La dificultad de subir los angostos estrechos y el golfo, a causa de la fuerte corriente, hace el viaje sumamente fastidioso, toda vez que por muy contrario que sea el viento, no se puede evitar el arrastre de la corriente.

CAPITULO 32

ME EMBARGO PARA LA INGLATERRA. — A PUNTO DE NAUFRAGAR EN EL CAYO DE AMBAR GRIS. — EL BARCO PASA SOBRE LOS CAYOS COLORADOS. — CALMA FRENTE A LA HABANA. — SALIMOS DEL GOLFO. — LA TRAVESIA DEL ATLANTICO. — DESEMBARCO EN DEAL

Como debíamos embarcarnos al otro día fui a hacer una visita de despedida al Intendente, con quien estaba muy obligado por sus muchas amabilidades; y el lunes 15, a eso de las dos de la tarde, me presenté a bordo del barco que debía llevarnos a Inglaterra. No nos dimos a la vela hasta el siguiente día, porque la tripulación no estaba completa. El patrón era un señor Smith, de Glasgow, hombre sagaz y de buen carácter. Había sido Contramaestre en otro barco y se le indujo a tomar el mando del Margaret; el Contramaestre de éste era un joven inteligente y activo, miembro de la tripulación del bergantín. Había rehusado hacerse cargo de él; pero con la habilidad de que dio pruebas en el viaje demostró su perfecta competencia para el oficio. Temprano de la noche llegaron a bordo tres o cuatro marineros más y el piloto. Habiendo navegado diez y siete millas por entre los cayos, anclamos el 17. Después de haberse marchado el piloto, la noche se puso muy borrascosa y luego se desató un huracán. Estábamos frente al cayo de Ambar Gris y como soplabla un viento fuerte del Nordeste procuramos virar, pero falló la maniobra y pasó mucho tiempo antes de que pudiésemos intentar la segunda vez. Por gran fortuna tuvo buen éxito, porque faltaba espacio y el barco habría naufragado caso de fallar de nuevo la virada.

El 23, a la puesta del sol y frente a la punta occidental de Cuba, el Contramaestre conversaba conmigo, mirando por encima de la borda del buque. De pronto tuvo un sobresalto, mandó gobernar a sotavento y recoger las velas. No tardé en saber que íbamos pasando sobre un bajo de arrecifes que resultaron ser los Colorados. No teníamos espacio suficiente para virar por ningún lado e íbamos resbalando sobre ellos tan suavemente como era posible. Bajaron el bote grande y pusieron en él el anclote con un cable de sólo tres pulgadas de grueso. Comprendí inmediatamente que no era bastante fuerte para sacarnos de allí y logró del Capitán que se emplease otro de seis pulgadas. Por gran fortuna siguió mi consejo, porque tuvimos que halar con tanta fuerza que por un momento creímos que el cable iba a romperse. Por fin aflojó de golpe el anclote y creímos que se había roto y que todo había concluido; pero los del bote notaron que estábamos a flote y nos dijeron que virásemos en redondo, lo que hicimos al instante alegremente. En seguida levamos el ancla, alzamos las velas y nos alejamos.

A las dos p.m. del siguiente día vimos un barco inclinado que venía hacia nosotros a todo trapo; pero al llegar a dos millas de distancia cambió de rumbo. El 25 y el 26 estuvimos sin viento frente a la isla de Cuba y con grandes temores por los muchospiratas que infestan la costa. El Capitán, el Contramaestre y toda la tripulación contaron historias sobre los actos sanguinarios de esos malandrines, a medida que cada nueva ensenada o altiplanicie marcaba el lugar en que los habían perpetrado. Refirió el Capitán que yendo él para Belice lo había abordado un barquito tripulado por treinta hombres fingiendo que tan sólo querían saber si había españoles a bordo. Le dijeron que era inútil oponer resistencia, porque al disparo de un arma de fuego vendrían más embarcaciones y los degollarían a todos. Salió del aprieto a costa de algún saqueo de las cosas que deseaban del cargamento.

—Pero, ¿qué le pasó al Eliza? —dijo otro.

—Le horadaron la quilla, echándolo a pique frente a Yucatán —respondió un tercero—, y Jem, que pudo escapar internándose en el país, vio después los cadáveres sin cabeza de sus compañeros en la playa.

El tema de la conversación, los 98° que marcaba el termómetro y la calma chicha que facilitaba la venida de los piratas a remo, imposibilitando nuestro escape si nos atacaban, hacían que nuestra situación fuese muy poco agradable. Para acabar de tranquilizarme, al salir de Belice me habían obsequiado algunos periódicos ingleses, en cuyas noticias marítimas tuve el gusto de leer algunos ejemplos deliciosos de las hazañas de aquellos ladrones. Recuerdo que una de ellas me llamó particularmente la atención. Se refería a lo acontecido pocos meses antes en la bahía de Matanzas, frente a la cual podíamos tener la dicha de llegar dentro de veinticuatro horas. Se trataba de un barco de unas 300 tonela-

das que encontraron encallado a tres millas del mencionado puerto. Había sido saqueado y echado a pié, horadándole la quilla; la cubierta estaba llena de manchas de sangre y el periódico añadía: "Se supone que toda la tripulación fue asesinada". Aquel modo de perecer era tan indecoroso y repugnante que de buena gana me habría trocado mi puesto por el del más infimo de los oficiales de la armada de Su Majestad, en el caso de un combate desesperado; porque al menos hubiera podido morir honrosamente y mi nombre y mi muerte se habrían consignado para satisfacción de mis deudos; pero si llegaba a ocurrir algo de lo que presumíamos, éstos no iban a tener ni siquiera ese consuelo. Además, el Gobierno perdería los frutos de mi misión, y careciendo de informes sobre los motivos a que obedeció mi conducta, podría haberla condenado por haberme yo expuesto en esa forma. De suerte que convine con el Capitán en que me desembarcase en La Habana, con la esperanza de hallar allí algún barco de Su Majestad o de poder conseguir un pasaje en un navío que fuese convoyado hasta salir de aquel golfo peligroso; pero sucedió que al pasar precisamente frente a la boca del puerto sopló un viento favorable que nos prometía un buen viaje y nos llevó en la noche a treinta leguas de la gran entrada o ensenada que está en el extremo Sur de la costa de Florida.

Allí nos quedamos otra vez sin viento y aquel era sitio en que esta situación ofrecía mayor peligro para los barcos en todo el golfo, por que las mareas los llevan en una hora y a razón de cinco nudos por hora directamente contra las rocas y bajíos, en los cuales es seguro que naufraguen o sean saqueados por los piratas que infestan aquellos parajes. A duras penas son libramos de ser arrastrados a esa trampa, y al amanecer del siguiente día divisamos desde nuestro palo de proa media docena de barquitos que salían hacia nosotros a toda vela. Si no hubiese soplado de pronto y por fortuna un buen viento que nos llevó a razón de siete nudos por hora, no obstante que por su pesado cargamento de caoba el barco era lerdo, nos habrían dado alcance; pero pensando que lo conseguirían en el curso del día, pasamos revista a nuestras fuerzas. Yo había asumido el cargo de Comandante en Jefe y Director de la artillería. Exhibimos seis fusiles, pero todos herrumbrados e inservibles: dos estaban sin baquetas, tres sin piedras de chispa y todos tenían las cazoletas quebradas. Había muchos tiros de metralla y nos proponíamos prodigarlos a los barquitos cuando se nos acercaran; pero la cantidad de pólvora que con dificultad se estaba sacando debajo de las ropas de algunos tripulantes y una multitud de colchones, era de una deficiencia lamentable.

Cuando hubimos arreglado nuestro material de la mejor manera posible, el Capitán y yo nos retiramos a la cámara para celebrar un consejo de guerra. Me hizo entonces una pregunta muy embarazosa, después de decirme con alguna calma que él nada sabía de la tripulación:

—¿Cómo sabe usted —me dijo— que peleará?

Me dio fuertes razones para sospechar que no querría hacerlo y luego siguió diciendo:

—Sin embargo, no será por falta de quién le dé el ejemplo; yo lucharé hasta derramar la última gota de mi sangre, porque de seguro los piratas no me darán cuartel y lo más probable es que lo maten a usted.

Cuando volvimos sobre cubierta divisamos una embarcación a unas seis millas de distancia, a estribor y a proa. Al acercárenos vimos que estaba atestada de hombres. El Capitán empezó a dar pruebas de la seriedad de su determinación; habló de manera cariñosa y alentadora a los tripulantes y nos preparamos para entrar en combate. El lugre nos pasó por la proa y luego se nos arrimó muy cerca, a babor y a tiro de fusil. Los dos cañones que teníamos en esa banda se cargaron con metralla, clavos herrumbrados y pedazos de hierro, y yo me había encargado de hacer el primer disparo, dándole fuego a la pieza con un cigarro que estaba fumando de prisa con ese objeto. Por temor de que los piratas fuesen a creer que los cañones no estaban cargados habíamos puesto dos hombres a la par de ellos, a fin de que desde lejos los viesan atacando bien las cargas. Antes de venirse sobre nosotros, los del lugre apocaron las velas; en el castillo de popa tenía éste un gran cañón giratorio de bronce, y si nos hubiese abordado llevaba bastante gente para acabar con nuestra tripulación, aunque hubiera sido tres veces más numerosa; pero ya fuese que no le agradase nuestro aspecto belicoso, o que lo distrajeran de su propósito dos grandes barcos que a la sazón estaban a la vista, el lugre se conformó con pasar a nuestro lado en silencio sepulcral, desplegó las velas y puso la proa a la ensenada en que por la mañana habíamos visto a sus compañeros.

El Margret tenía todo el aspecto de un bergantín de guerra. En cada banda tenía seis portañolas, de las cuales cuatro carecían de cañones, pero se dejaron abiertas para hacer creer que estaban adentro. Es muy probable también que otra maniobra que se hizo contribuyera a nuestra salvación. Al acercarse el lugre alteramos nuestro rumbo en uno o dos puntos, como si quisiésemos arrimarnos a él; porque sabiendo que no podíamos escapar, creímos que lo mejor era asumir una actitud imponente. La opinión general era que debimos nuestra salvación al temor que de este modo inspiramos. Durante algunos minutos reinó el silencio. Los tripulantes se quedaron mirando al pirata y en seguida se fueron tran-

quilamente a sus quehaceres o a sus camarotes. Al observarlos, dije para mis adentros: "Estos chicos tienen que ser marineros ingleses y no cabe duda de que pelearán; porque, como todos saben, el perro dogo muerde, pero rara vez ladra".

En el timón estaba un irlandés, marinero inteligente y activo, con el cual solía yo conversar durante las fastidiosas noches de luna, tendido en un banco, a un lado de la bitácora. Los marineros lo llamaban el niño mimado del Capitán considerándolo como a su patrón, pero yo le decía Pat. Era el mejor marino del bergantín y con su don de mando y su talento vivaz ejercía gran influencia en la gente del castillo de proa. Uno de los tripulantes, hombre de pequeña estatura y mutilado, que se había enganchado tan sólo para regresar a su casa en Inglaterra y estaba siempre en el rol de los enfermos, no obstante que no teníamos Médico a bordo, había asumido una actitud sediciosa y el Capitán me rogó que arreglase el asunto por medio del Pat. Este lo manejó como un estadista; porque a la vez que pudo restablecerse la unión, relevó a la parte más débil de todo castigo e incapacidad, lo cual era tanto de desear para nuestro resguardo, a causa del Estado poco satisfactorio de nuestros recursos físicos.

En lo sucesivo tuvimos a menudo la ocasión de ver, cuando se pasaba revista a toda la tripulación, que los esfuerzos del mutilado eran muy útiles, así como de notar, para su mejor reputación, que nunca más volvió a dar la menor señal de desobediencia.

Para celebrar nuestra incruenta victoria se obsequiaron algunos fuertes grogs a la tripulación, que Pat distribuyó en el banco que había detrás de la caña del timón, con especial permiso del Capitán, porque todas las velas estaban desplegadas y navegábamos sin ningún tropiezo. Entre tanto gobernaba el barco el protegido de Pat, un marinerito que vino en busca del asiento de la botella y luego se fue alegremente a reasumir su tarea.

No salimos del golfo hasta el 31, diez y seis días después de nuestro embarque de Belice. Durante catorce habíamos estado constantemente expuestos a un ataque de los piratas. Las principales guaridas de estos malandrines están en la isla de Pinos, al Suroeste de Cuba, a lo largo de toda la costa de Yucatán y en ambas márgenes de todo el golfo de Florida. Los esfuerzos que hacen los norteamericanos para exterminarlos no se pueden encomiar lo bastante. Han logrado hacer mucho por medio de vaporcitos de guerra que les han permitido seguirlos en las estrechas caletas donde se refugian y acabar con ellos. La única parte en que también encuentran albergue seguro es la isla de Puerto Rico, y desde ésta y los puntos antes mencionados, hacen constantes correrías por Belice y la Costa de Mosquitos. Teníamos noticia de que a principios del año, de setenta a ochenta habían sido ahorcados en Jamaica; pero por muy laudables que sean los esfuerzos de los barcos de Su Majestad en el empeño de suprimirlos, aún queda mucho por hacer. Los españoles son los únicos que los consienten y asilan en su territorio. En la bahía de Matanzas al Este de La Habana, y en otras partes de los dominios españoles, es público y notorio que las autoridades están confabulados con los piratas y comparten sus nefandas ganancias.

El 7 de septiembre habíamos hecho la quinta parte de la travesía, según la estima, y los marineros mumuraban por la escasez de víveres y el agotamiento total del licor. Yo les había dado la última botella el 1º del mes y compartido con ellos mis provisiones, de las cuales quedaban a la sazón dos cabros y un cerdo; ya habíamos matado otro puerco y dos más fueron barridos por las olas en la tempestad del cayo de Ambar Gris. Sin embargo, mi satisfacción, al verme fuera del alcance de las garras de los piratas, hacía que estas dificultades fueran para mí de poca monta. El 14 encontramos y abordamos el Mary and Jane of Costime, de Boston, y le compramos carne y galleta por valor de unas cinco o seis libras esterlinas, que nos costó hacer aceptar al patrón. Este se llamaba Usher Dyer y se dirigía a la Martinica con provisiones; pero infortunadamente no le sobraba una gota de licor.

19. — Estábamos a los 39º y 52' de latitud y los 54º y 58' de longitud. Soplabo un viento fuerte y en toda mi corta experiencia náutica no había visto nunca el mar tan alborotado. El siguiente día fue tranquilo y al otro nos azotó un huracán durante el cual vimos un bergantín que iba para Terranova; estaba al habla, pero era inútil intentar comunicarse con él. Hasta el 26 habíamos visto tres bergantines y una goleta y en esta fecha, con un viento de nueve nudos, pasamos tan cerca de un barco que pudimos leer su nombre, pero sin ponernos al habla con él. Al siguiente día hablamos con el Packet, de Nueva York, que venía de Jamaica. Había perdido el palo de mesana en un temporal al 10, y nos informó de que dos buques que se dirigían a Liverpool habían sido saqueados por los piratas en el golfo. Hacia las doce del día 5 estábamos a unas tres leguas al Sur de Scilly, y después de haber tenido al siguiente día, frente a la costa de Sornwall, la mayor tempestad de nuestro viaje, llegando a punto de naufragar en el faro, navegamos felizmente por el canal y desembarqué en Deal, a las 7 de la noche del 8, llegando a Londres el 9, día en que se cumplían dos años de haber salido yo de la metrópoli para desempeñar las respectivas comisiones en México y Guatemala.